



La otra crisis: Ciudadanía y Democracia



Texto: ANA NOGUERA
Edición: Obra Propia S.L.
ISBN: 978-84-15453-55-0
Depósito Legal: V-1057-2012
1º edición: marzo 2012

INDICE

EL DILEMA ÉTICO:

¿Estamos preparados para desarrollar nuestra ciudadanía? Pág 4

EL DILEMA POLÍTICO:

¿Es posible una Democracia Cosmopolita? Pág 43

EL DILEMA ECONÓMICO:

¿Hay felicidad en una crisis económica? Pág 102

EPÍLOGO:

Y ahora, ¿hacia dónde debemos caminar? Pág 142

Bibliografía: Pág 154

EL DILEMA ÉTICO:

¿Estamos preparados para desarrollar nuestra ciudadanía?

Si asumimos una visión catastrofista del ser humano, estamos acabados.

La vida se hace inútil.

Yo también me siento interiormente incapaz de ser optimista,

pero hay que serlo, cueste lo que cueste.

Hay que mantener la confianza en el futuro.

Rita Levi-Montalcini

Premio Nobel de Medicina 1986

Todo siglo tiene su revolución. Los inicios del siglo XX fueron desconcertantes y difíciles para Europa. Las dos guerras mundiales asolaron el territorio, dividieron a sus conciudadanos, expandieron el horror y la muerte bajo el infierno de un holocausto que debería haber sido tan inimaginable bajo los parámetros humanos como irrealizable, constituyendo la etapa negra más desoladora de nuestra historia común; los conflictos posteriores producidas en el corazón de Europa, en los Balcanes, configuraron nuevos mapas y naciones, las apariciones de nacionalismos o la desaparición de los bloques, suprimiendo la cicatriz generada durante la guerra fría.

De las cenizas, Europa pudo resurgir con fuerza, paso a paso, con avances solidarios y cohesionados, con el ojo y la memoria atentos para no repetir errores e inhumanidades, con la esperanza de caminar hacia adelante. El hijo que nació de esa Europa fue el Estado de Bienestar: el logro de la Democracia y los Derechos Humanos, de la universalización de la protección social y de la autonomía de la persona como individuo, y su participación libre como ciudadano en la sociedad. De las necesidades y la capacidad de participación de los ciudadanos se fueron consolidando los Derechos; las necesidades de los individuos son, como dice Max Neef, pocas, finitas, identificables y universales, es decir, no dependen de la época ni de la cultura, lo que cambia son los instrumentos para satisfacer esas necesidades, lo que llamamos satisfactores. Los expertos han determinado que esas necesidades son nueve: subsistencia,

protección, afecto, comprensión, participación, creación, recreo, identidad y libertad; y la participación es de las más relevantes porque su satisfacción lleva implícito la satisfacción de otras, es decir, resulta transversal, por eso la participación resulta una pieza clave para nuestra felicidad. Tenemos necesidad de participar con nuestro entorno y cuando lo hacemos nos sentimos felices, lo contrario es estar aislado. Cuando se determinan esas necesidades, detrás de cada una aparece un derecho.

Pero lo que nos parecía intocable, hoy está en peligro. Las conquistas, los derechos, los avances, la prosperidad social está jugándose en el casino de la Economía especulativa, del Mercado sin rostro, del Dinero sin dueño aparente.

El siglo XXI ha comenzado con nuevas turbulencias para Europa. Una crisis galopante que nadie predijo pese a tener eminencias en la materia y una ceguera en las relaciones internacionales que ha empequeñecido más a una Política sin los grandes líderes del final del siglo XX. A modo de una nueva guerra mundial, con otro formato, aflora la insolidaridad, el partidismo, el recelo y otras cuestiones que, en otro momento, condujeron a enfrentamientos violentos y hoy se debaten en los parlamentos.

Las calles comienzan a llenarse de ciudadanos indignados que protestan, que reclaman otra democracia, que se resisten a perder un Estado de Bienestar que, a fuerza de cotidianidad, no se habían percatado de su existencia y su importancia;

ciudadanos a los que les han arrebatado su felicidad y prosperidad, el sueño de ser eternamente ricos, y todo ello sin ninguna razón ni explicación.

Europa está desorientada y desconcertada, dando palos de ciego sin decidirse por el camino de la desagregación de sus naciones o la formación de una Ciudadanía conjunta. Europa se ha perdido relamiéndose las heridas en la felicidad consumista; aplicando recetas amargas e impuestas en contra de sus propias señas de identidad.

Para salir de la crisis del siglo XX, Europa caminó con decisiones valientes y sólidas, políticamente revolucionarias (bajo el nombre de reformas), que supusieron el logro de una cultura propia y admirada: la democracia representativa y los derechos sociales. Partía de un territorio destrozado, unas heridas sangrantes, unas ciudades bombardeadas, unas fronteras frágiles, unas economías exprimidas y una sociedad enfrentadas. El peor escenario posible. Y salió de él.

Pero hoy, Europa no da dos pasos sin tropezar. Mira hacia atrás con el riesgo de una tortícolis histórica; sabe que no puede desandar lo andado pero no aplica lecciones a los errores cometidos. Lo más grave es que su miopía, nuestra miopía, no comenzó con la crisis sino en los años de bonanza: ahora simplemente hemos agrandado nuestras debilidades.

Las nuevas revoluciones del siglo XXI se están produciendo fuera de nuestras fronteras europeas. Nosotros aún estamos sumidos en una crisis económica de la que no sabemos cómo salir, que tendrá consecuencias en los derechos sociales, y que pone en jaque el poder democrático de la Política. Dos nuevos bloques ciudadanos constituyen la atención y el foco mundial: el pueblo árabe y China.

Los ciudadanos árabes están desarrollando su revolución en busca de libertad y justicia, poniendo en jaque el orden internacional. Han iniciado sus revueltas en solitario, sin necesidad de la ayuda y los consejos de los países desarrollados, es más, están organizándose y manifestándose frente al estupor y la incredulidad europea. El mundo árabe ha iniciado un camino que no tiene vuelta atrás, arrollando dictadores, exigiendo democracia, y, en algún caso, como Libia con procesos similares a una guerra civil, o el desastre humanitario que viven en Siria.

Por su parte China es la revolución callada y discreta hasta convertirse en el mercado productor y consumidor, a un mismo tiempo, más potente del mundo. No sólo por su número de habitantes sino también por la capacidad económica de la que ahora mismo disponen. Se han convertido en el primer cliente de nuestras tiendas de lujo y en un modelo empresarial a imitar, según muchas de las declaraciones públicas, pues en esta época convulsa parece que olvidamos carencias graves como la ausencia de democracia, la falta de libertad de expresión o el trabajo sin derechos laborales.

El siglo XXI ha empezado fuerte. Con sorpresas, crisis, cambios, convulsiones. La Historia no termina nunca de escribirse. Pero el foco de atención del progreso, el crecimiento y el optimismo ya no están en Europa: el mapa neoeconómico nos ha desplazado del centro de atención.

¿Hacia dónde vamos?

En el año 1997, Alfonso Guerra publicó el ensayo “La Democracia Herida”. Un libro de reflexiones ante el final del siglo XX, un siglo que terminaba alcanzando *“lo más altos exponentes de civilización y las más grandes muestras de barbarie”*; una manifestación de rebelión contra el nuevo dogmatismo: el pensamiento único. Una “Democracia herida” es el análisis de la pérdida de los valores del humanismo y una sociedad dominada por el discurso del beneficio. Dice Alfonso Guerra: *“la segunda mitad del siglo XX ha traído una pérdida general de la confianza. Actualmente se vive una crisis de valores. ... Hay un cierto miedo a la libertad”*¹

Trece años después, a finales del 2010, Josep Ramoneda publicaba su libro “Contra la indiferencia”, donde advierte del mal de las democracias actuales: el totalitarismo de la indiferencia. *“El resultado final es que desaparece la noción de bien común y la propia política es un bien de consumo más. ... Se buscan proyectos individuales, no colectivos. ... Cada cual piensa estrictamente en sí*

¹ Guerra, Alfonso. “La democracia herida”. Espasa. 1997.

*mismo y en su entorno inmediato. ... En el trasfondo de la cultura de la indiferencia está por encima de todo, la mercantilización absoluta de la sociedad*²

Esa cultura de la indiferencia resulta mortífera para la Democracia y para el papel social de la Ciudadanía. Resulta preocupante ver la desolación como sentimiento generalizado, la indignación que transmiten los medios de comunicación y el descrédito como consecuencia de las organizaciones políticos. Daños más profundos que los que produce la propia corrupción en el sistema, pues resulta imposible combatirla cuando el sentimiento de impunidad y de inutilidad se impregna de la actividad social y política. Si tratamos de definir la infelicidad, nos encontraremos muy cerca de la indiferencia, la imposibilidad de sentir nada como propio.

¿Qué les está pasando a nuestras democracias? ¿Qué ocurre en los países desarrollados con la desafección y desencuentro entre la política y la ciudadanía, entre los representantes y los representados?

¿La Abstención significa indiferencia, disgusto, rechazo, desinterés por los asuntos públicos? Quizás es un cocktail de todo un poco.

² Ramoneda, Josep. “Contra la indiferencia”. Círculo de Lectores. 2010

¿Qué ha pasado durante estos años? Seguimos anclados en las mismas reflexiones y preocupaciones de los años noventa del siglo pasado, inmersos en una espiral que nos imposibilita caminar en línea recta. Conocemos los problemas, sabemos dónde están las debilidades de nuestro proyecto político y colectivo, hemos desenmascarado las amenazas a nuestras democracias, cada día más débiles y cansadas, y muchos coincidimos en el diagnóstico, pero somos incapaces de avanzar porque no hemos creado la argamasa que una la “indignación”, que reclama Josep Ramoneda, para convertirla en un proyecto político.

Lamentablemente, en lo que hemos avanzado estos años, es en la desarticulación de la sociedad civil, en el desprestigio de la política y en el poder cada vez más incuestionable del mercado, como único dios castigador con las plagas de la miseria y el desempleo. Pero todos coincidimos, como dice Tony Judt en su libro, que “Algo va mal” y que vivimos una época de “política de pigmeos”.³

No es un sentimiento de hoy, no es nuevo, no es de ahora; se remonta a tiempo atrás, ¿a los años noventa?, pero su profundidad es cada vez mayor. A mayor individualismo, más decepción.

Sabemos que el siglo XX fue la época de las mayores transformaciones sociales; el siglo de la Política y la creación del Estado de Bienestar (como sinónimo de

³ Judt, Tony. “Algo va mal”. Taurus. 2010.

felicidad, no de riqueza; y la felicidad se da cuando nos acercamos a satisfacer las necesidades básicas citadas): el siglo de Europa. Pero aún así, acabó con el mal sabor de boca al temer que todo estaba en peligro. Hoy, pasada una década del siglo XXI, el futuro es más incierto que nunca y la decepción más profunda cuando nos percatamos de la posibilidad de que los derechos conquistados y la arquitectura social construida puedan derrumbarse.

En las elecciones europeas, observamos que la Abstención se convierte en el partido vencedor de cualquier país, porque (siempre se dice) las cosas europeas no nos gustan o no nos afectan electoralmente. Pero también, en las elecciones nacionales, el grado de desafección hacia la política es notable, suele aumentar si la economía va bien, pues parece que al ciudadano/a no encuentra motivo para participar, y suele producirse un rechazo frontal si las cosas económicamente van mal porque la política se convierte en inútil; la pregunta que cada vez planea más entre la ciudadanía es “¿a quién voy a votar?”, produciéndose una mezcla compleja de factores pero, sobre todo, la falta de credibilidad con lo que los políticos dicen y hacen.

Y se producen situaciones que dejan perplejos a los principios democráticos (y desconcertados a los teóricos de la Democracia), cuando las elecciones las ganan personajes peculiares, a veces sin escrúpulos, con descaro y desvergüenza, y conociendo todo el mundo su amplia capacidad de manipular, maniobrar y deformar la realidad. Personajes que comienzan una “cruzada” contra el sistema

democrático que los ha situado en el poder, mezclando intereses privados y públicos, controlando los medios de comunicación e información, utilizando empresas amigas o afines para usos de campaña personal y negocios escandalosos, con poder para comprar opiniones y favores, que rozan continuamente la legalidad y sobrepasan la moral, y que, paradójicamente, nadie los defiende pero ganan mayorías absolutas.

¿Qué sentimientos, valores, o intereses espera conseguir el ciudadano/a que ejerce este voto?

Hemos construido sociedades cuya cultura de valores es parte del problema de la corrupción que nos rodea. Nuestro éxito individual se mide continuamente por la riqueza económica: es lineal. No es la inteligencia, ni el esfuerzo, ni el buen trabajo, ni la bondad y la honestidad, ni la sencillez y la honradez, los valores que se premian y se recompensan. Es el lujo, el dinero, la avaricia, la codicia, el engaño, la riqueza fácil e ilimitada la que se premia socialmente, incluso la fama más sorprendente de personajes sin ningún mérito reconocido. La corrupción se castiga cuando se conoce de forma descarada y descarnada: cuando a uno lo han pillado con las manos en la masa reiteradamente. Si no es así, parece que los indicios que indican que allí hay fuego no son suficientes y no sirven; socialmente hacemos la vista gorda, miramos a otro lado e incluso pensamos con algo de malicia y de envidia que uno haría lo mismo; la presunción de

inocencia ha pasado de ser un derecho civil a convertirse en un escudo que protege descaradamente el delito.

El lujo desproporcionado, las cuentas en paraísos fiscales, el dinero negro, las comisiones ilegales, comprar obras de arte desproporcionadas, tener los cuartos de baño de oro, y un sinfín de excentricidades ventiladas en los medios de comunicación con un cierto regusto de admiración no es vivir bien, no es tener cubiertas las necesidades, incluso las del ocio y el disfrute. Eso no es la sociedad del bienestar, sencillamente es una desvergüenza. Pero seguimos sin poner límites a la especulación, a los contratos multimillonarios de personajes famosos, a multiplicar sueldos y prejubilaciones, a pagar en televisión por zánganos que no trabajan, a crear un mundo de lujo inalcanzable para los ciudadanos normales. Ante eso, la indiferencia que muestra la ciudadanía resulta demoledora y dañina porque se convierte en la mayor impunidad para la inmoralidad, en algunos casos refrendada en las urnas. No resulta suficiente con que los ciudadanos se despreocupen de la política, se sientan apáticos y lo resuelvan diciendo que “todos son iguales”. En cierto modo, se produce una posición cómoda que sirve de escudo a no comprometerse ni a aceptar también ser criticado.

Los ciudadanos no sólo tienen derechos, también tienen responsabilidades. En este caso, la indignación es un elemento de responsabilidad.

Y, de repente, como si hubiera caído una cerilla en un bidón de gasolina, se prende una llama imparable en forma de indignación ciudadana. Ya no hay límite, ya no hay aguante, ¡basta! Se ha pasado, como un puñetazo en la mesa, del “todo vale” a “no vale nada”, el hartazgo, que estaba silenciado en una indiferencia insana y preocupante, surge como un rugido convertido en una indignación irritante e injusta.

Muchos celebramos la llegada de esa “indignación” en forma de protesta ciudadana, reflexión, crítica y debate, pero preocupados porque las formas se comieran al fondo del discurso, en que la llamarada fuera efímera, en que no hubiera detrás más reflexión que una situación de malestar individual y, sobre todo, que la indignación resultara injusta por confundir lo inservible con lo valioso, los derechos obtenidos con refutables y a las personas honestas (que las hay y muchas en cualquier actividad, incluida la política) con la inutilidad generalizada. No hay mayor injusticia que no saber discriminar.

Pero, ¿qué ha pasado para que se produzca este cambio en la actitud de la ciudadanía? La grave situación económica, sin duda alguna.

La situación económica del llamado Primer Mundo es angustiosa e incierta. Vivimos pendiente de las noticias para saber cuántos recortes y ajustes se van a producir; se despiden funcionarios, se rebajan derechos del Estado de Bienestar, cierran empresas, el desempleo aumenta, la precarización es cada vez mayor, se diluye la clase media y se abre una brecha más ancha entre ricos y pobres. Los

cimientos del Estado de Bienestar europeo, que son el corazón de su cultura y su naturaleza, están en peligro.

Lo que resulta más desconcertante es que nadie sabe cuándo terminará, qué ocurrirá, cómo saldremos de esta crisis. La incertidumbre se une al sentimiento de injusticia provocando desconcierto e indignación. El tiempo pasa y no se toman sanciones contra quienes provocaron la crisis por especular, al mismo tiempo no se ven las medidas que eviten que esto se reproduzca, y los vaivenes económicos agitan las economías familiares, los sueños personales, los proyectos a corto y medio plazo, y la sensación de estabilidad y bienestar. Se ha roto la felicidad.

Pero además, la actual crisis mundial financiera y económica ha venido a desnudarnos, no sólo de nuestras protecciones, sino de nuestros valores, y no me refiero a los morales que están bajo mínimos, sino al valor del coraje. Tenemos miedo de todo y por todo: de quedarnos sin empleo, sin pensiones, sin coberturas, sin seguridad. Tenemos miedo del otro, del de fuera o del vecino. Desconfiamos de los políticos, los banqueros, los jueces, ... de todo aquel que parece saber más que nosotros porque ostenta el poder; es la crisis de la representación. Nuestra máxima felicidad estaba en el consumo y ahora hemos de apretarnos el cinturón, lo que nos genera insatisfacción; nuestra sociedad ha desarrollado la competitividad basada exclusivamente en el estatus social del dinero y ahora no sabemos medir otros triunfos o quehaceres. Hemos

desarticulado la red social que nos “daba calor”, haciéndonos sentir parte de la sociedad y de la historia porque en la época de máximo beneficio económico es mejor disfrutarlo en solitario, ahora que ha venido el frío sólo somos individuos desprotegidos y desorientados.

No sabíamos que ese tejido social no era prescindible, al contrario, era la única garantía de nuestra protección y orientación.

Ya sabemos que la modernidad es indisoluble de la figura de la persona autónoma; va en contra de la actitud ilustrada cualquier intento de supeditar la conciencia individual a una realidad superior. Pero nos hemos excedido en una defensa de la libertad, convirtiéndola exclusivamente en individualismo. A veces no nos damos cuenta que nuestra elección está absolutamente mediatizada, pero la ceguera de nuestra individualidad nos impide verla; sólo con la colectividad, la confrontación de pareceres, la actividad conjunta podemos decidir “libremente”. Dice Ramoneda que “es la capacidad de elegir la que nos hace humanos”⁴, a lo que yo añadiría que elegir con justicia nos hace ciudadanos.

La actual crisis económica se ha convertido en otra crisis de mayor calado: en una crisis política.

⁴ Ramoneda, Josep. “Contra la indiferencia”. Círculo de Lectores. 2010

- Los partidos políticos se han quedado antiguos para dar cobijo a la participación ciudadana y a las voces plurales.
- Tenemos la sensación real de que el poder está en manos no democráticas como son los mercados, los bancos y el capital financiero.
- La democracia representativa se debilita cuando la corrupción, la propaganda y el electoralismo hacen mella en el sistema.

Todo eso es real y lo sabíamos. Veníamos denunciándolo y parecía que a nadie le importaba. En España llevamos 30 años de democracia, con grandes logros y avances en el bienestar, pero también con debilidades y flaquezas producidas por el desapego ciudadano ante una representación política que se ha convertido en “clase y élite”, en un cúmulo de privilegios.

Hemos pasado de la indiferencia a la indignación de forma tan ciclónica como se pasa de la euforia a la depresión. Hace tres años éramos ricos, listos, los mejor preparados, con más derechos sociales y libertades, individualistas y hedonistas, para pasar de golpe a la depresión y al sentimiento extremo de que “nada merece la pena”. ¿Dónde está el trasfondo moral en este proceso? ¿Qué hubiera ocurrido si no aparece una grave crisis económica? ¿nos importaría poco la debilidad democrática y la corrupción de muchos políticos o que siguieran gobernando los mercados y la especulación, siempre y cuando “lo mío” estuviera bien?

Entre quedarnos colgados en la nostalgia pensando que cualquier tiempo pasado fue mejor, cosa que nunca es cierta, a destruir radicalmente todo haciendo cenizas de los 30 años democráticos, hay pasos intermedios y sabios. ¿O acaso no hemos conseguido bienestar: educación y sanidad universal, becas y ayudas, progreso social, derechos y libertades? ¿Borramos el trabajo solidario de ong's o de organizaciones y asociaciones cívicas? ¿Lo tiramos todo y a todos?

La realidad que la indignación refleja es que: no sirven los políticos, ni los sindicatos, ni las organizaciones, ni la democracia representativa. Tan injusto es lo que está ocurriendo con esta crisis como juzgar a todo el mundo por igual. El mayor peligro de nuestras democracias es el escepticismo: no creer en nada, y no se cree cuando no sabemos distinguir lo verdadero de lo impostado.

El uno de septiembre de 1996, Manuel Rivas recoge en el periódico El País una entrevista entre Mario Vargas Llosa y Jorge Semprún, recopilada en el libro "Dos peces en el agua", de la que destaco el siguiente diálogo:

"Hay un serio peligro en una desmovilización cívica generalizada de la clase intelectual", dice Vargas Llosa. "Si la política carece de ideas, de debate ideológico, se va a empobrecer tremendamente. Sin los aportes intelectuales, la sociedad se va desinteresando y el resultado de todo eso es una abdicación generalizada que deteriora la democracia hasta convertirla en una caricatura. Es un peligro de las sociedades democráticas. La democracia se deteriora y puede incluso desplomarse".

"Creemos que la democracia está arraigada en nuestro entorno", dice Semprún. "Pero si repasamos la historia del siglo XX vemos que la democracia es algo combatido a diestra y siniestra como, el enemigo principal. Y hoy tiene problemas

nuevos. La democracia es frágil, muniquesa, capituladora. Se salvó de milagro en Europa".

Es importante subrayar que los enemigos de la democracia, los pecados capitales antidemocráticos (especulación, segregación, privatización, recorte de derechos, privilegios, individualismo, etc.) siempre están al acecho, no descansan. Es imprescindible transmitir el mensaje de que en la defensa de la democracia real, no hay descanso. O lo que es lo mismo, para evitar esa imagen agotadora, la preocupación por lo público debe ser inherente en nuestra felicidad. La palabra *idiota* proviene del griego con el significado de “privado, uno mismo”, usándose para denominar a un ciudadano privado y egoísta que no se preocupaba de los asuntos públicos, de la política.

Como apunta Daniel Innearity ⁵, “sin espacio público, en sentido estricto, el poder es entendido como dominación; el Estado como instancia de los controles sociales; y la opinión pública como lugar de las manipulaciones mediáticas”. Efectivamente, así nuestra esfera pública queda reducida a un conjunto de “espectáculos de aclamación”.

Hemos de recuperar los espacios públicos de pensamiento y debate; cuestionarlo todo de nuevo; crear equipos, dentro y fuera de los partidos políticos; recuperar la voz pública (como bien hacen infatigables algunos comentaristas) con aquéllos que siempre han tenido la cabeza en plena ebullición. Y no tener miedo

⁵ Innearity, Daniel. “El nuevo espacio público”. Espasa Hoy, 2006

a hablar de todo: las estructuras actuales de los partidos políticos no responden a las demandas sociales ni resultan creíbles en la actual democracia representativa: ¿los cambiamos?

¿Dónde está Europa? ¿Hacia dónde va? ¿Quién la gobierna? ¿Qué y quién es el mercado que no sabemos ponerle nombre pero rige todos nuestros destinos más inmediatos? ¿Por qué se empeña en fastidiarnos la vida? ¿Sigue existiendo la Izquierda? ¿Hasta dónde puede una Democracia soportar el gobierno de Berlusconi y seguir conservando la estructura democrática? ¿Cómo pueden sobrevivir los partidos políticos con el mayor grado de desafección y falta de credibilidad de toda su historia?

Tenemos que mirar hacia atrás respirando hondo para coger algo de fuerzas al comprobar que la Historia no se ha parado, que sigue evolucionando, que si el desarrollo del ser humano se cuenta por siglos, los avances han sido imparables. Pero, como nuestra propia humanidad es tan finita como nuestro cuerpo mismo, necesitamos contar los avances en años, y ya comenzamos a sufrir tortícolis mirando hacia atrás en busca de periodos socialmente beneficiosos.

Hemos tenido ciertos destellos de luz y de esperanza como fue el triunfo de Barak Obama: el nacimiento de una nueva era internacional, una forma distinta de hacer política. Un negro en la Casa Blanca significó el triunfo de muchas luchas y muchas épocas, sobre todo, el triunfo de la lógica de lo valioso sobre los prejuicios: un enorme avance de la sociedad de EEUU. Pero la euforia nos

ha durado poco, apenas dos años, desde enero del 2009. Ahora se habla de fracaso, como si Obama no fuera el mismo que ganó: un hombre inteligente, sensible, con convicciones, comprometido. Pero al fin y al cabo un hombre. Sometido a las presiones de quienes sólo miran por sus beneficios y pretenden que sólo cambie lo pequeño para que no cambie lo grande.

Para que los proyectos tengan continuidad, hace falta más que un hombre: un equipo, muchas manos, una red social, una pedagogía política, y ¿algo en qué creer?

Quizás el problema está en que se nos ha ido olvidando por el camino que nuestra debilidad como humanos es la finitud, y por eso necesitamos creer para trascender más allá de comprar un objeto de consumo. Comprar es fácil, inmediato, satisfactorio, sin esfuerzo. Creer es difícil, requiere reflexión, convicción, trabajo. Pero además las creencias sociales necesitan espacio social donde practicarlas. Y no lo tenemos.

No lo es la televisión, no lo es la universidad, no es el partido político. Porque a cada objeto se le ha dado su “utilidad” práctica y mercantil; la televisión busca el entretenimiento; la universidad se especializa en la formación para trabajar; y el partido político busca el poder por el poder mismo.

Es seguro que necesitamos una lectura moral de todo lo que estamos viviendo, rebuscar en el baúl del pensamiento racional por qué hacemos las cosas y qué

objetivo social (no individual) pretendemos conseguir. Y una vez retomemos el hilo de nuestro progreso moral como seres humanos, estaremos obligados a ser consecuentes con los principios adoptados. Y quizás éste sea uno de los puntos más difíciles de nuestra existencia: la coherencia. Conseguir que lo individual y lo colectivo nos produzca satisfacción al mismo tiempo significa renunciar a la escala de valores que hemos adoptado. Dejar de ser *idiotas*. Para eso resulta imprescindible que la sociedad, en su conjunto, se rebele; deje de proteger al egoísta, al machista, al especulador, reprenda al que viola los principios colectivos y no vea como modelo a seguir a aquel que triunfa pasando por encima de los derechos ajenos.

Si no lo hacemos, seguiremos confundiendo conceptos tan importantes como la libertad con la exigencia, la felicidad con el consumismo, la tolerancia con la indiferencia, la política con la demagogia, el triunfo con el dinero. Y seguiremos encogiéndonos de hombros ante las aberraciones que se producen en nuestras sociedades actuales esperando que sean engullidas por el desagüe. Mientras individualmente no nos molesten demasiado, socialmente poco nos importa. El problema es que no sólo somos individuos, sino que para, nuestro bien o desgracia, somos seres sociales, productos sociales, unidos a la sociedad en la que vivimos y vivirán nuestros herederos. Podemos ayudar a construirla mejor o podemos sufrirla como un caparazón que llevamos a cuesta, salvo que para el

caracol o la tortuga su caparazón no es algo pesado e inhóspito que arrastrar, sino un lugar de protección donde habitar.

Hace falta que la voluntad política y la acción social encuentre un punto de confluencia.

Sabemos que necesitamos avanzar, además de en cantidad, en la calidad de la Democracia, porque existe una grave crisis de legitimidad debido fundamentalmente a dos causas: por un lado, las poderosas decisiones que se toman sin ningún carácter democrático pero que convulsionan la vida social y política de los ciudadanos; por otro lado, la apatía, el desencanto y la impotencia que la ciudadanía siente en relación con el comportamiento de sus representantes políticos; andamos tan en la superficie de lo que significa la Democracia que, en innumerables ocasiones, utilizamos el procedimiento democrático para dar “apariencia” a decisiones no democráticas.

Nos enfrentamos al poder creciente e imparable de la globalización económica que toma decisiones políticas y sociales bajo los únicos criterios de la restringida y miope Racionalidad Financiera. Sin decisiones democráticas, sin valoraciones éticas, con el único principio del “todo vale” y teniendo como única religión el consumismo, la globalización económica ha consolidado al dinero como objeto de culto sagrado y único fin a conseguir. Citando a José Saramago: *“la globalización engullirá al ratoncito de los derechos humanos”*.

Siendo cierto que la Democracia básica es procedimental y que es imprescindible para garantizar la libertad individual, además de un sistema político, la Democracia también se caracteriza por defender un sistema de valores basados, en mi opinión, en la justicia social. Por eso mismo, la Democracia es un continuo proceso en desarrollo que se debe trabajar, cuidar, ampliar, profundizar. No es sólo una cuestión de reglas electorales ni de procedimientos como la economía no es sólo una cuestión de número o beneficios, ni las relaciones sociales son números del pasaporte, falta el relato moral, falta la motivación, el elemento que nos ponga en marcha hacia la misma dirección. Ni siquiera es una cuestión de mayorías. La verdadera fiesta de la democracia no es el momento de las elecciones, es todo el proceso entre elecciones, y el tratamiento que dan esas mayorías a las minorías que, no por serlo, son menos representativas de una parte de la sociedad.

Frente a la crisis económica internacional y la debilidad de los países europeos para actuar de forma común y cohesionada hay consenso en la solución: una gobernanza mundial. Hace falta un sistema político representativo y democrático, capaz de frenar a la especulación y los vaivenes de un mercado internacional que no tiene límites ni fronteras, con un poder político que represente a los ciudadanos en su conjunto. Pero saberlo no es suficiente para realizarlo. Los inconvenientes son muchos,

aunque ninguno procede de su viabilidad procedimental, sino de los intereses particulares, de la imposibilidad en ponerse de acuerdo en que el bien común es mejor para todos que el egoísmo particular para cada uno. Las naciones se están comportando como individuos ahondando más en las divisiones que en las similitudes, buscando encontrar la salida más beneficiosa desde el cortoplacismo propio en lugar de la construcción de un proyecto común: nacionalismos, identidades, etnias, religiones, Se buscan valores comunes para formar grupos frente a otros grupos, no existe la conciencia universalista de los derechos comunes.

Nuestros avances científicos y técnicos han sido y son imparables. Nunca hubiéramos imaginado la proyección meteórica que la Humanidad ha experimentado en estos últimos 200 años; la investigación, la ciencia, la técnica son ilimitadas para el cerebro humano: no hay límites para convertir lo que era ciencia-ficción de las películas más imaginativas en realidad científica y técnica. Tal y como lo plantea Daniel Innerarity ⁶, “el saber está en todas partes. A nuestro alcance hay más saber del que podemos saber”. Pero no estamos seguros de al servicio de qué o de quiénes está todo ese progreso; estamos en situación de erradicar el hambre, minimizar el impacto de nuestras actividades sobre el medio, agilizar la circulación de la

⁶ Innerarity, Daniel. “La democracia del conocimiento”. Paidós Ibérica, 2011

información, operar a un enfermo entre varios cirujanos situados a miles de kilómetros unos de otros, pero el mundo no mejora a la velocidad imaginada.

En cambio, ¿hemos avanzado de la misma forma en la Moral? No estamos en el mundo de Einstein o de Leonardo da Vinci, pero en cambio sí seguimos con las mismas discusiones morales de Kant o Hobbes, de Rousseau o Tocqueville; seguimos bajo los mismos dilemas de egoísmo versus altruismo, individuo versus sociedad, privado versus público. Es más, hay ocasiones en las que parece que el ideario de la Razón Moderna e Ilustrada a favor de la autonomía y la moral haya retrocedido o incluso se cuestione como imposible de alcanzar. Hasta los Derechos Humanos hay que defenderlos de forma vehemente cada día pues se pone en cuestión su permanencia frente a la voracidad económica, argumentando incluso la amenaza que impide superar la crisis por culpa de los derechos.

Podríamos buscar la respuesta a nuestros problemas éticos de ahora en el pensamiento de los filósofos clásicos. Sófocles advertía que “la democracia tiene unos principios y cuando éstos se derrumban, la democracia se tambalea”. Efectivamente, las democracias precisan de razones, de un suelo firme, de unos principios, pero también de mitos que ayuden a su pervivencia, a la conformación de una cultura democrática ya que, de lo contrario, pueden quedar en un mero marco constitucional vacío de contenido, de auténtica vida democrática.

Como ha advertido Fernando Rodríguez Genovés, al alertar sobre los adversarios de la democracia liberal, antes de comenzar a debatir sobre el futuro de la democracia es necesario preservar ciertos bienes políticos, inherentes al concepto democrático, que sería imprudente ponerlos en riesgo. Como si se tratara de los diez mandamientos democráticos, Rodríguez Genovés señala los siguientes diez bienes políticos:⁷

- 1) La igualdad de todos los individuos ante la ley.
- 2) La aceptación del individuo como sujeto básico de derechos así como de libertades políticas.
- 3) La existencia de un espacio social abierto, la sociedad civil.
- 4) Gobiernos representativos que cumplan los mandatos y voluntad de los ciudadanos.
- 5) La concepción de una idea de ciudadanía entendida como salvaguardia del cumplimiento de los derechos y los deberes de los ciudadanos.
- 6) El establecimiento del imperio de la ley y de la lealtad constitucional que generen seguridad y estabilidad en la sociedad y las instituciones.
- 7) Disposición de las estructuras del Estado con autonomía y división de poderes.

⁷ Rodríguez Genovés, Fernando. “La democracia liberal y sus adversarios: los términos de un debate», *Debats*, Institución Alfonso el Magnánimo, 2002.

- 8) Delimitación inequívoca de los ámbitos de lo público y lo privado.
- 9) El reconocimiento no paternalista de grados en la participación y el respeto a la distinta voluntad de intervención en los asuntos públicos.
- 10) Rebajar la tensión política en la convivencia ciudadana.

Para Rodríguez Genovés, los presupuestos presentados serían más o menos extensos, pero no sobra ninguno, puesto que el debate sobre la democracia hay que realizarlo, no sobre la cantidad, sino sobre la calidad. Porque lo que hemos obtenido hasta el momento no puede ser cuestionado ni refutado, no suponen un exceso como piensan los detractores de una mayor democracia, ni tampoco el punto de llegada, sino más bien todo lo contrario: son los requisitos necesarios pero no suficientes para comenzar nuestra andadura democrática.

Sin embargo, en nuestro país, con la conquista de la democracia, confundimos los medios con el fin y pensamos que era la estación término después del viaje duro de los años de dictadura. No entendimos que la Democracia se cultiva, se alimenta, se profundiza y a de reelaborarse permanentemente para que siga siendo un medio eficaz de convivencia, justicia y libertad.

Efectivamente, si entendemos que la democracia es un estilo de vida, hemos de hablar necesariamente de virtudes ciudadanas, como también hemos de

reconocer que no hay democracias si no se educa para vivir en ellas. Como señala Juan Carlos Mougán: “la democracia, y con ella, el perfeccionismo democrático, adquiere verdadero significado si entendemos que nuestros compromisos sociales y políticos no son una consecuencia de estructuras o reglas naturales previas que los determinan”.⁸

¿Sobre qué ética estamos sustentando nuestra Democracia, nuestra sociedad y a nosotros mismos?

La llamada “cultura de masas”, es decir, consumo masivo e información globalizada y mediatizada, ha configurado un individuo con unas peculiaridades específicas de lo que conocemos como post-modernidad, pero alejadas de los valores necesarios para desarrollar una sociedad participativa y democrática. Nuestros rasgos definitorios actuales son la generalización del ludismo consumista, la apatía hacia lo político, el desprecio a lo público, el culto al yo y a la propia imagen, la desafección ideológica, la conciencia sobre la finitud de la vida, entre otras cuestiones de índole similar. Según Gilles Lipovetsky⁹, estamos ante un nuevo significado del “individualismo” que se produce cuando el capitalismo productivista cede su lugar a un

⁸ Seoane (Julio), Mougán (Juan Carlos) y Lago (Juan Carlos). “La democracia como un estilo de vida”. Editorial S. XXI. 2009.

⁹ Lipovetsky, Gilles. “Ensayos sobre el individualismo”. Alianza. 1987.

capitalismo consumista, puesto que, como señala Juan Manuel Ros ¹⁰ en sus análisis sobre la filosofía de Lipovetsky, “se produce una desubstancialización de los valores e ideales de la figura antropológica moderna del *homo economicus* y su sustitución por la postmoderna del *homo psicologicus*, esto es, el tránsito de un individualismo competitivo, moralista y revolucionario a un individualismo hedonista, narcisista e intimista”.

Efectivamente, siguiendo el mismo análisis recogido por J.M Ros sobre las reflexiones de Lipovetsky, “una nueva moral social se impone cuando la experiencia del bienestar personal prima sobre cualquier otro mandamiento, cuando el deseo subjetivo de pasarlo bien pesa más que el cumplimiento militante de la obligación”. Es decir, encontramos que los valores permisivos, hedonistas y psicologistas han relevado a los valores dominantes del industrialismo burgués y del protestantismo cultural básicos en el desarrollo del capitalismo como son la disciplina, la austeridad y el sacrificio. Estamos pues, como dice Lipovetsky, ante un “individualismo narcisista” como figura ética predominante en nuestras sociedades actuales.

La transformación de este individuo se asienta sobre un proceso de personalización uniformadora, es decir, una suma de lógicas adversas que producen una de las paradojas de nuestra época (que no la única): “la

¹⁰ Ros, Juan Manuel. “El *homo democraticus* en el imaginario postmoderno”. Debats, “Imaginaris democráticos”. Institutió Alfons el Magnànim. 2010.

personalización individualista se impone ahora, a través de la cultura de masas, como la nueva lógica socializadora”. La afirmación de la singularidad, la individualidad, la voluntad en la esfera privada, la autonomía y la personalización se refuerzan a través de la cultura de masas, es decir, la sociedad de consumo y la cultura de masas ofrece el derecho a la libertad y la elección de productos como autonomía individual y muestra de la independencia privada mientras que cada vez más como individuos perdemos singularidad, participación, cohesión social y decisión democrática. Nuestra individualidad uniforme (términos opuestos) crece a medida que nuestra ciudadanía disminuye en su dimensión social reforzado por “el hilo conductor que se persigue a toda costa y que constituye la meta de la civilización consumista: la búsqueda individual de la felicidad”, nos dice Ros, quien advierte que “la profecía que en su día hiciera Tocqueville sobre la democracia del futuro compuesta, por una parte, por poderes cada vez más penetrantes, invisibles y paternalistamente benévolos; y, por otra parte, de individuos cada vez más volcados sobre sí mismos, lábiles y sin convicción, parece cumplirse en el narcisismo postmoderno”.

Deberíamos pensar con calma si estamos cumpliendo adecuadamente nuestros deberes como ciudadanos, porque, como dice Adela Cortina “no basta con votar a nuestros representantes políticos o pertenecer, e incluso actuar, en asociaciones o entidades para poder considerarnos verdaderos

ciudadanos. Se trata, más bien, de vivir lo público y comunitario, lo que afecta a la ciudadanía como algo propio, como parte de uno mismo y, por lo tanto, de participar en el sentido de formar parte. Participar, formar parte de la comunidad, supone operar con los demás miembros de la comunidad para lograr que la comunidad viva, progrese y funcione; supone cooperar”.

Para ello, como señala Jürgen Habermas es necesario una “formación democrática de la voluntad” ¹¹a través del diálogo racional. John Rawls también defiende la importancia de la deliberación en el buen funcionamiento de una democracia; la deliberación como un elemento indispensable para hablar de una auténtica democracia (porque existen desacuerdos, distintos puntos de vista, valores, diferentes doctrinas). Pero, ¿cómo llegar a la deliberación? Principalmente, a través de participación ciudadana, de una información no sesgada veraz y objetiva, de una educación cívica, y fomentando la no crispación; una serie de requisitos que nuestras democracias representativas actuales no cumplen ni siquiera en los mínimos, lo que es la base moral de la desafección ciudadana.

La ética que sustenta la actual sociedad y que da valor al concepto de ciudadano es el corazón central del desarrollo real de nuestras democracias. No estamos hablando de su funcionamiento, si es representativo o directo, sino de su credibilidad en las formas y en el fondo, de su naturaleza

¹¹ Habermas, Jürgen. “Conciencia moral y acción comunicativa”. Península. 1985.

verdadera, porque, como recuerda Gregorio Peces Barba, “no hay verdadera democracia sin suficiente participación de los ciudadanos, ni los individuos son considerados ciudadanos si no es en un régimen democrático”.

El espacio también es un valor esencial para la participación, y el urbanismo no es imparcial. La ciudad es el crisol de la participación, la cuna, el sustrato natural; en este sentido, la ciudad compacta fomenta la participación y la ciudad difusa lo dificulta. La propia sociedad ha generado diferentes obstáculos que dificultan la posibilidad de participar; son obstáculos económicos (falta de financiación), políticos (desinterés del poder), legales (legislación insuficiente) y sociales (falta de práctica y debilidad de los movimientos sociales, incluyendo la falta de tiempo). A estas circunstancias, hay que añadir que la ciudad en la actualidad se ve amenazada por un triple proceso negativo contrario a la participación: la fragmentación (que separa unas áreas de otras incomunicando a los individuos y promoviendo las incompatibilidades), la disolución (que supone la ocupación indiscriminada del territorio generando áreas dispersas que dificultan las relaciones) y la privatización (que genera espacios acotados y privados en los que se desarrollan las actividades tradicionalmente colectivas fomentando las diferencias sociales). Este triple proceso genera insostenibilidad social y aísla, no sólo a los individuos entre sí, sino también a los elegidos con los electores.

Por tanto, ¿podemos combinar el individualismo narcisista en una sociedad democrática? ¿Qué mínimos aceptamos para considerarnos ciudadanos? ¿Podemos desarrollar otro tipo de individuo con una cultura del consumo? Da la impresión de que el individuo actual está hecho “a medida” de las necesidades del sistema, pero ahora nos encontramos con un sistema en crisis que está poniendo en jaque los derechos y oportunidades conseguidos. Para Edgar Morin en “El espíritu del tiempo”, el consumo ha de ser individual, por eso, la cultura de masas favorece la atomización y no la cohesión; paradójicamente, la uniformidad colectiva es disgregante porque necesita multiplicar los consumidores por eso se fomenta la aparición de nuevas necesidades individuales. Dice Morin, “la identidad común del público se halla en los valores de consumo”.

Para que se produjera un individuo hedonista y consumista, no solamente debían existir las bases económicas del sistema que lo propiciaran, sino también las condiciones políticas y sociales para que se desarrollara, es decir, el individuo no sólo debía “querer” consumir, sino “poder hacerlo”.

Después de la 2ª Guerra Mundial, Europa vive la época de mayor justicia social de toda la Historia de la Humanidad: el Estado de Bienestar, la conquista de derechos humanos más amplia y estable nunca vista, donde la alianza entre el mercado y/o las fuerzas económicas y el Estado y/o las fuerzas políticas consiguen el mayor fruto de igualdad y justicia social. El

Estado de Bienestar es el gran logro de la Socialdemocracia europea, supone el pacto entre los intereses privado-económicos y los político-colectivos; un pacto basado en dos claves: el pleno empleo y la demanda de consumo, cuyo éxito va tejiendo una red de protección social que garantiza que haya derechos que no queden a merced del mercado (como la educación y la sanidad), básicos para la igualdad de oportunidades, que exista una política fiscal distributiva como garante del equilibrio de justicia social, y que existan medidas para los que no pueden entrar en el mercado por circunstancias personales o sociales, garantía de la solidaridad social. Igualdad de oportunidades, justicia y solidaridad social fueron las motivaciones morales que construyeron el armazón político del Estado de Bienestar. Ahora bien, a medida que se conquistaban logros sociales, se obtenía mayor felicidad individual desprovista de moralidad y cohesión social, ¿por qué? Entre otras razones, porque la base del éxito del Estado de Bienestar que se apoya sobre la economía se realiza sobre la demanda del consumo como motor de producción, lo que ha ido invirtiendo la ética de la justicia social por la ética del consumo y, por tanto, reconvirtiendo a ciudadanos/as de cultura socialdemócrata defensores de la igualdad y solidaridad social en ciudadanos/as hedonistas defensores únicamente de sus derechos individuales y exentos del sentido de las responsabilidades colectivas. La estabilidad social basada en el consumo individual ha multiplicado de forma exponencial los beneficios monetarios pero ha producido también la mayor y más rápida

transformación moral del individuo en sólo una generación. En el zénit de mayor éxito económico, antes de la actual crisis financiera especulativa que está haciendo temblar los cimientos de Europa y la solidez de sus valores y cultura moral, nosotros, la Ciudadanía, habíamos experimentado una transformación ética de primer orden.

El Estado de Bienestar fue desdibujándose políticamente, atraído por los cantos de sirena del consumo ilimitado y de la riqueza social basada en nuevos productos “de primera necesidad” que sustituían los derechos, así comenzó a crearse un ciudadano/a pasivo, poco defensor de causas sociales, cuya felicidad la obtenía alargando la mano hasta el escaparate, que confundió necesidades con deseos. ¿Dónde está el límite entre la necesidad y el deseo, entre el bienestar y el lujo, entre la justicia y el hedonismo?

En definitiva, confundimos bienestar con consumo y desarrollo con crecimiento, poniendo en juego no sólo la integridad moral de la conducta colectiva, sino la posibilidad del planeta de resistir esa presión consumista depredadora que destruye ecosistemas sin pestañear. Serge Latouche dice que hay tres elementos que han propiciado el consumismo “diabólico”: la publicidad que crea el deseo de consumir, la venta a crédito que da los medios, y la caducidad acelerada y programada de los productos que renueva nuestras necesidades ficticias.

El agotamiento del proyecto moral del Estado de Bienestar es como “morir de éxito”; el individuo ha encontrado su máxima felicidad en la combinación de Derechos y Mercado, sin preocuparse de los desequilibrios que han podido producirse. Cuando no existe un proyecto social de motivación moral, hay individualidad. Hemos confundido la elección con la libertad. Hemos pasado de una ciudadanía social activa que logró la conquista del Estado de Bienestar a una ciudadanía social pasiva que practica “el derecho a tener derechos”; seguramente resulte una afirmación polémica en el momento actual de crisis económica, pero que visualiza la época dorada que hemos vivido donde nadie asumía responsabilidades (ya no hablemos de dimisiones políticas o empresariales al frente de gestiones fracasadas, irregulares o delictivas), promoviendo una cultura del individualismo de los derechos, pero incapaz, como señala Adela Cortina, de fomentar en la vida cotidiana una cultura de la responsabilidad. Esta cultura sólo se fomenta si entendemos que existen vínculos entre todos los seres humanos; no se trata de predicamentos o de moralina, sino de las relaciones que unen a las personas en un mundo único y global.

En cierto modo, se había llegado al cénit: ¿qué más había que reivindicar? ¿Por qué hay que movilizarse? Las grandes causas como el feminismo, la seguridad social y vital como la sanidad o las pensiones, los derechos individuales han avanzado notablemente; no existe Motivo (en mayúscula)

que alce la movilización, por eso, incluso los programas electorales no llevan grandes compromisos o reivindicaciones, sino puntualizaciones o puntos de vista diferente. Cuando ha existido una razón esencial, sí hemos visto a la ciudadanía movilizarse, salir de nuevo a la calle, exigir y elevar su voz, como ocurrió con las manifestaciones y protestas en torno al atentado del 11 de marzo del 2004 en Madrid.

En esta crisis se abre espacio para nuevas causas de carácter global: la gobernanza política.

El ideal universalista que rige los principios de los Derechos Humanos, consolidando la supremacía del individuo, no ha servido para relacionarnos, para sentirnos identificados en un proyecto común, para encontrar los eslabones de la cohesión en el hecho básico de ser, en primer lugar y sobre todo, seres humanos. Frente al universalismo, el comunitarismo siempre se ha encargado de recordar que las personas aprendemos a serlo en comunidad, y que de ella tomamos los valores que orientan nuestras vidas; somos seres comunitarios que necesitamos la protección de una comunidad conocida y reconocida, próxima y respetada, para ejercer nuestras responsabilidades sociales. Ahora bien, sólo el universalismo puede garantizarnos nuestra capacidad de elección, de decisión y de autonomía que nos hace plenamente iguales. Peligrosamente, en la construcción europea, mientras sus defensores buscábamos el universalismo como garantía de derechos, los detractores de la

democracia liberal promulgaban un discurso comunitarista que se confundía clara e intencionadamente con el nacionalismo, creando una hostilidad manifiesta ante un espíritu europeo global.

¿Por qué buscamos la uniformidad en la agrupación? ¿Qué tiene, por ejemplo, el fútbol que no tiene la política? A la hora de conformar nuestra colectividad, pesan más las necesidades psicológicas de identificación y los sentimientos de pertenencia al grupo que los recursos sociales como la solidaridad y el compromiso. En realidad, el fútbol no deja de ser un juego sin compromiso ideológico, que lo utilizamos como recurso para agruparnos, sentirnos cobijados, fuertes en la unión, identificados con símbolos de éxito. Podemos hablar de fútbol en cualquiera de nuestros ámbitos sociales (el trabajo, las clases, los amigos, la familia, ...) sin que su discusión suponga ruptura o confrontación; eso no ocurre con la política cuyo grado de identificación ideológica exige defensa de ideas, confrontación, compromiso y “descubrimiento” frente al otro. Quizás por eso al fútbol se le perdonan sus excesos de fichajes millonarios, negocios, especulación, ... porque no nos sentimos “responsables” de tales actuaciones mientras que en la política sí.

En esa conformación de personalidad individualista, hay un paso más allá marcadamente diferente al consumo que ahonda aún más en la fragmentación social de la ciudadanía: vivimos al día, indiferentes a lo social, protegidos en nuestro propio comunitarismo y felices al huir del compromiso.

En la tensión actual entre la Política y la Economía, los poderes democráticos frente a los especulativos, el ciudadano se encuentra indignado pero debilitado, independiente pero solitario en un pulso donde, de momento, parece que la Democracia y la Política llevan las de perder. Probablemente, necesitemos ahora ser ciudadanos comprometidos, sabios, solidarios, formados, y bien organizados. ¿Podemos cambiar nuestros valores adquiridos culturalmente en la misma sociedad de felicidad consumista de la que proviene esta crisis?

Sabemos que para salir de esta crisis económica y política necesitamos: una ciudadanía responsable, más y mejor Política, más Democracia, una Economía con valores éticos y la cohesión de todos en un problema de gobernanza mundial. Sabemos lo que necesitamos, disponemos de recursos técnicos para desarrollar desde una Gobernanza Mundial a una Democracia Participativa e Informada, la pregunta es si nosotros estamos preparados “moralmente” para afrontar este reto. Quizás hemos llegado al límite de nuestra propia moral que nos imposibilita poner en marcha los recursos éticos y políticos demandados porque van en contra de nuestra individualidad, tal y como la hemos desarrollado, o quizás la crisis económica actual suponga el revulsivo necesario para recuperar el significado real de términos éticos como el de Justicia, y comencemos a separar el trigo de la paja para descartar lo superfluo de lo imprescindible.

Hoy, resulta imposible crear una solución ética y política que no pase por la construcción de instituciones globales. Y no parece viable la creación de una Democracia cosmopolita,... a no ser que los movimientos globalizados, espontáneos pero organizados a través de nuevas formas de comunicación como las redes sociales, con protestas únicas en distintos puntos de los continentes, sintiéndose más que nunca “una misma clase social”, representados por ciudadanos anónimos, cansados pero indignados, manifestándose al unísono el 15-0, sean el germen emotivo de una racionalidad posterior que comienza a modelarse.

EL DILEMA POLÍTICO:

¿Es posible una Democracia Cosmopolita?

*“Tan pronto como alguien diga de los asuntos de Estado,
¿qué me importan a mí?,
podemos estar seguros de que el Estado está perdido”.*

Jean Jacques Rousseau

El contrato social.

La desafección ciudadana y la falta de interés en la Política no se produce únicamente porque el individuo se encuentre flojo de moral, sino que también se dan las circunstancias adecuadas para que las dificultades de participación y la debilidad de la Democracia hagan mella en un ciudadano más preocupado de su bienestar personal en peligro que de la res pública. La duda, como siempre es, qué ha sido antes si el huevo o la gallina, es decir, la falta de instrumentos participativos de los partidos políticos y de las instituciones es causante del poco interés ciudadano o el nuevo ciudadano tiene otros intereses y lo hacen alejarse de la vida pública. De todas formas, lo importante no es qué ha sido primero, porque probablemente sean distintos puntos de vista y aspectos del mismo problema. Como advierte Eric Hosbawn se ha sustituido la democracia liberal por la soberanía del mercado por lo que el concepto “ciudadano” ha sido sustituido por el de consumidor. Ése es el verdadero problema: hemos cambiado, ya no somos los mismos, y, en cierto modo, a todos nos vino bien mirar hacia otro lado: los ciudadanos pensábamos en nuestras cosas manifestando rechazo a la política con cierto sentido de “pureza” y no querer ser contaminados pero eso nos ha permitido libertad de movimientos y deseos, mientras que los políticos han dejado de cultivar la pedagogía y praxis democrática porque resulta más fácil tomar decisiones sin pasar los filtros ciudadanos, quedando reducida la Democracia a un sistema puramente procedimental cada cuatro años, donde el ciudadano acaba eligiendo o rechazando un gobierno, normalmente entre dos platos de un menú similar, sin

entrar en la cocina ni conocer los ingredientes de elaboración. Resulta significativo que en una democracia como la norteamericana la política se haya polarizado en dos partidos con denominación confusa, Demócrata y Republicano.

Así, hemos llegado a lo que Adela Cortina denomina una vida política “partidizada” pero no politizada. O si lo vemos desde el otro punto del ángulo, desde la ciudadanía, comparto con Alfonso Guerra su reflexión sobre el proceso de debilitamiento de los fundamentos de la Democracia, que ha propiciado en los últimos años, “la evolución de la democracia desde una concepción colectiva a una individualizada. Se ha ido evolucionando poco a poco desde una democracia de lo público a una democracia de lo privado”. Efectivamente, porque de la misma manera que nos referimos a una vida política “partidizada”, también podemos hablar de una sociedad “corporativa” en lugar de colectiva. Lo vemos cada día con las manifestaciones o protestas que ocurren en cada uno de los países desarrollados; resulta difícil agrupar a la sociedad civil en torno a una causa común, sino que más bien, las protestas se suceden de forma corporativa, representadas por los colectivos afectados: la educación con sus profesores al frente, la sanidad con médicos y enfermeros, la administración con los funcionarios, hasta la policía (como ha ocurrido en Portugal) protesta unida ante las medidas gubernamentales. Pero no hay causa común que unifique unas protestas corporativas cuyo origen es el mismo motivo. A la sociedad civil le ha

resultado difícil comprender que lo que le afecta al vecino, tarde o temprano, le afecta a uno, pero comienzan a darse los primeros pasos cuando se forman nuevas protestas ciudadanas en manifestaciones, concentraciones o asambleas, convocadas sin líder ni siglas, a través de nuevos medios de comunicación personal como las redes sociales, que se propagan como la pólvora, en torno a las que se reúnen miles de personas sin conocerse previamente, pero que comparten un malestar, una indignación dirigida al sistema, y que ya empieza a extenderse de forma coordinada a nivel mundial. El motivo común de la indignación ya está en la calle; durante años, la clase social que se ha visto fragmentada en estratos o estamentos vuelve a reunificarse en torno a la protesta social, como ocurriera antaño. Mientras, los partidos, con sus líderes y expertos al frente, se ven sorprendidos por una movilización que no esperaban y que creían reservadas a países sin democracia.

Cuando falla la conexión entre ciudadanos y representantes, entre la Sociedad y la Clase Política, cuando se rompe el cordón umbilical que da sentido a la Democracia Representativa, se produce lo que ahora vivimos: desconfianza, falta de credibilidad, baja estima, desconocimiento, falta de entendimiento, indiferencia y, por último, indignación. Pero lo que no puede producirnos es sorpresa, porque ambos lados del matrimonio ciudadanía-política sabíamos que esto estaba ocurriendo con nuestra aquiescencia. Y como ocurre en una relación que se rompe, surgen las críticas, la desconfianza por cualquier cosa, la

incomprensión. Pero, mientras el bienestar económico siguiera ofreciéndonos felicidad, hemos buscado “al amante” en otros lugares: el ciudadano en el consumo y el político en el poder, desvirtuando la razón y la esencia de cada protagonista, lo que ha abierto la puerta a corruptelas, engaños y mentiras, fraudes, pantomimas “pseudodemocráticas”, poder por el poder en su más bajo estilo. Pero sólo hemos descubierto esta realidad de forma descarnada cuando hemos dejado de ser “ricos, guapos y felices”.

La crisis financiera actual ha dado paso a otra crisis: la política, que, en realidad estaba antes, latente. Ha desenmascarado un problema que conocíamos pero no hemos “prevenido” y que tiene dos aspectos. En primer lugar, a finales del siglo XX, el escenario de nuestras democracias representativas se sustentaba sobre un creciente individualismo alimentado por el consumismo como equivalente a la felicidad y la razón egoísta del sujeto por encima del interés colectivo, que conllevaba el desinterés por los asuntos públicos y la falta de participación política. En lugar de corregir estos defectos, a las direcciones de los partidos políticos les venía bien la separación entre ciudadanía y políticos, porque así resulta más fácil el control de las decisiones. Cuando las cosas iban bien, no parecía importar la calidad de la política, pero en momentos de crisis, el desinterés se convierte en indignación porque no hay gobernanza mundial capaz de frenar la avaricia de la especulación, supeditándose el poder democrático al económico.

Norbert Bilbeny advierte que “de los dos grandes mitos de la política moderna occidental, Estado y Mercado, sólo se mantiene firme el último”¹². El problema del Estado, como sigue diciendo, no es sólo de tamaño, sino de fondo, el de la democracia, porque “la política no puede ser ignorada sin que repercuta globalmente en perjuicio de lo público, sólo la necesidad de lo público justifica la existencia de la política”.

Hoy, los partidos políticos se encuentran sin respuestas globales, incapaces de poner en marcha las ideas escritas porque los engranajes están oxidados. El divorcio entre ciudadanos y representantes ha degenerado en: unos partidos políticos que fían su suerte a la distorsión de la imagen publicitaria y no al contenido de sus propuestas, a los vicios como la corrupción y el nepotismo fruto de la falta de transparencia y de no rendir cuentas públicas, a la sustitución del “buen político” por los “cargos orgánicos” de los partidos; la modernización de los partidos ha consistido en un “lavado” de imagen, en incorporar marketing y tecnología para difundir mensajes simplistas y enlatados, mientras sus estructuras y relaciones humanas se han anquilosadas y envejecido. Los partidos se han sumido en el somnífero de un pensamiento único, de un agotamiento ideológico. A ello contribuye el fenómeno de que los mensajes simples y enlatados tienen su cierto rédito electoral; hay votantes que aprenden y repiten frases engañosas, titulares exagerados, mensajes que enmascaran la realidad

¹² Bilbeny, Norbert. “Filosofía política”. UOC. 2008.

pero tienden a ser fácilmente comprensibles, emotivos y repetitivos. Esos mensajes se han acompañado siempre de imágenes, el producto más importante de transmisión de nuestra época; el político se preocupa más de salir en la foto que de lo que se diga sobre él, entre otras cosas, porque sabe que no hay tiempo para la lectura, la reflexión o la documentación de datos; todo es rápido, fungible, efímero; por eso, la imagen, la puesta en escena, la mueca vale más que un titular. ¿De qué se ríen los políticos? Se ríen cuando ganan, cuando pierden, cuando entran en juzgados, cuando son acusados, cuando son criticados: ríen porque es una forma de transmisión de un mensaje de fortaleza y de éxito.

La banalización destruye el contenido como la compostura a la sencillez. La demagogia funciona como anestesia del razonamiento crítico.

Los partidos, instrumentos vitales de la sangre democrática, no han sabido modificar sus estructuras adaptándolas a la complejidad de la sociedad actual. Ya no existe una definición de “clase” nítida y simple; los problemas globales afectan por igual a derecha e izquierda; el electorado es volátil dependiendo del tema; los mítines y la vida orgánica del partido no atraen al ciudadano; y ya no se necesita un partido de masas (con militantes aguerridos) para llevar el mensaje puerta a puerta. Se ha invertido la pirámide del partido político, no existen partidos “de masas” sino de “cuadros”. Ahora bien, el partido de “cuadros” es legítima y eficazmente representativo en la compleja sociedad

actual; su problema reside en la falta de explicación de sus propuestas, en la falta de coherencia y compromiso con sus programas y en la falta del “buen hacer” de sus representantes; Al igual que a cualquier otra profesión vocacional, sea médico o maestro por ejemplo, se les exige una ética de la profesión, los políticos deben responder también, no sólo a una ética de la convicción, sino también a una ética de la responsabilidad y del comportamiento.

La motivación de la relación del ciudadano con el partido político ha cambiado y su desconfianza se produce fundamentalmente porque el partido político no es un lugar de debate, de discusión, de análisis, sino de disciplina orgánica que superpone el “todo por el partido” por encima de la suma de opiniones: ¿cómo confiar en el principal instrumento de representación democrática del ciudadano cuando sus carencias son la transparencia en la toma de decisiones, la libertad de expresión y la cohesión en base a la convicción? Las decisiones internas no están dirigidas al bien general, sino al bien particular del propio partido y, más en concreto, de su élite política, empequeñeciéndose la proporción entre militantes y/o afiliados en relación al número de ciudadanos. O los partidos políticos cambian su funcionamiento interno dejando espacio para distintas formas de participación política o se crean espacios sociales al margen de los partidos o, lo que sería peor, el populismo y el fascismo encontrarán hueco desprestigiando el valor de la Democracia y el papel fundamental de los partidos.

La Democracia requiere práctica y una formación adquirida con la experiencia del día a día; no se nace democrático: se hace; abandonar la praxis democrática tiene consecuencias graves que afectan al corazón del concepto de Ciudadano: como dice Adela Cortina, en una sociedad verdaderamente democrática la mayoría no se genera a través de manipular los sentimientos de los ciudadanos, sino ejerciendo la deliberación serena y razonada; los ciudadanos, además de elegir representantes, deben tomar parte activa a través de la deliberación, escuchando por qué se toman las decisiones, las leyes y decretos no pueden ser galimatías ajenas a la complicidad y comprensión ciudadana. No es una cuestión de blanco o negro, de todo o nada, es una cuestión de grados. Practicar la Democracia, ostentar la condición de Ciudadano con plenitud, exige formación, preparación y praxis. Hoy, la tecnología permite a los partidos e instituciones públicas ser más flexibles y transparentes que nunca (publicando sus cuentas, gastos y tomas de decisiones), engrandecer el espacio de los partidos sumando la participación de ciudadanos que tienen mucho que aportar fuera del corsé típico del militante, revisar la ley electoral para dar proximidad al cargo público. En una sociedad democrática es básica “la calidad” (grado de información, de racionalidad, de educación, ...) de los ciudadanos que, como votantes, deben elegir y valorar opciones. Ahora bien, todo resultará en vano si no cambia la cultura del partido político, convirtiéndose en un verdadero representante de la cultura democrática; la trascendencia que tiene la fortaleza democrática de las organizaciones políticas es mayor de la que podemos pensar, no sólo en su

representación social, no sólo en el papel del militante como reflejo del ciudadano, no sólo en la elección de los mejores líderes, sino también en la capacidad real de hacer Política, de proyectar ideas, de tener capacidad de actuar en aras del bien común y de realizar programas que no sean cortoplacistas. No sólo en los mensajes que propone sino en lo ejemplar de su conducta que, con frecuencia, tiene un efecto multiplicador evidente.

Nos hemos conformado en aceptar como máxima una mínima defensa de la Democracia; como decía Churchill con ironía, la democracia es el peor de los regímenes, descontando, claro es, a todos los demás. Así, de forma apática, nos conformamos como si la democracia fuera un mal menor, hemos perdido el enamoramiento del noviazgo, sin reflexionar que hay que cuidarla y trabajarla de forma paciente cada uno de los días. La democracia, como relación social, es mucho más, sólo que nos hemos quedado en el aburrimiento, la apatía, el desinterés, y las reglas básicas del reglamento, sin participar en el corazón del proceso democrático, entre otras cosas, porque no ha habido voluntad política para cuidar el “enamoramiento” para prevenir las consecuencias de desgaste de una relación entre ciudadanos y políticos, donde intervenían otros factores como el mercado, el dinero fácil, el ocio y tiempo libre, el hedonismo individual o la fácil demagogia electoralista en sustitución de la política.

Hemos pensado que el proceso ya estaba encarrilado, que era suficiente con tener representantes elegidos por las urnas, que ellos sabrían lo que habría que

hacer en cada caso, y así nosotros podríamos dedicarnos a nuestros trabajos, nuestras familias, nuestras aficiones. Democracia ha sido un reparto de “cada cual a lo suyo”, siendo los políticos los únicos dedicados a la cosa pública que para eso han sido elegidos. Les hemos entregado todo el poder a cambio de disponer de apatía, tranquilidad y desinterés; los políticos nos han devuelto un lenguaje que no entendemos, una profesionalización que nos aleja y una gestión opaca, oculta tras lo que se llama “clave de partido”. En definitiva, los políticos son expertos y los ciudadanos menores de edad incapaces de comprender la complejidad de los asuntos sociales.

Aprender a prevenir supone educación y aprendizaje cultural. Prevenimos enfermedades cuidando nuestra alimentación y nuestra salud; prevenimos accidentes de tráfico mejorando carreteras, la seguridad de los vehículos y la educación vial; la prevención constituye un signo de madurez social. Pero, ¿hacemos lo mismo con nuestra democracia? ¿Hemos aprendido en estos años a prevenir los virus que la atacan o sencillamente nos hemos dejado llevar, confiando en la legalidad del procedimiento, inhibiendo nuestra atención y dedicación?

Hace una década, Jesús Conill alertaba de uno de los retos más urgentes a realizar si no queríamos lamentarlo pronto: “rectificar los errores en la construcción y práctica de las democracias liberales de los llamados países desarrollados que, además sirven de modelo (elegido o impuesto) a los países en

desarrollo”. No sólo no hemos prevenido, ni corregido errores, ni atendido reflexiones y advertencias, sino que ha tenido que estallar una crisis económica de tal magnitud para que se destapara la incompetencia política e institucional que vivimos en estos momentos.

Es momento de poner en valor grandes reflexiones como la realizada por Gregorio Peces Barba. “sólo desde la democracia es posible el desarrollo integral de las personas, y un desarrollo normal de la propia ética privada”; los peligros, como advierte Peces Barba, han estado siempre ahí: las ideologías del enemigo sustancial, la falta de juego limpio y el poder invisible (la corrupción, la divinización del mercado y la economía). Y no nos hemos privado de pisar todos los charcos, hemos caído en todas y cada una de las trampas, de los vicios y debilidades, hemos sido incapaces de rearmarnos, prevenimos y dotarnos de fortaleza moral para defender nuestras conquistas sociales, pero sigue siendo la Democracia la forma más razonable y más sensata, defensora de la dignidad humana y de los derechos humanos. Sin ella, hubiera sido imposible los grandes avances de justicia social y autonomía de la ciudadanía moderna.

¿Qué es lo que no funciona en la Democracia Política?. No funcionan los cimientos de un sistema representativo: la confianza de los representados con sus representantes; y no funciona la puesta en práctica de las promesas electorales con su posterior aplicación. Pero tampoco funciona la mecánica,

el procedimiento electoral que distorsiona en los vericuetos legales la voluntad de los electores.

El mayor daño que se puede hacer a una Democracia Política, germen del nacimiento de una Democracia Participativa, es el desprestigio de la clase política: bien porque los políticos no son los verdaderos representantes de los ciudadanos por su falta de credibilidad, o bien, porque los políticos no están dispuestos a tomar las decisiones políticas que les corresponden con el único legítimo interés del bienestar social, sino que se dejan presionar por otros intereses individuales o corporativos. Ahí es donde se pone en riesgo la nobleza de la Política y el compromiso con su objetivo final. Esa es la situación actual que viven nuestras Democracias occidentales.

En mi opinión, existen en la actualidad tres serias y crecientes amenazas a la Democracia:

La ausencia de democracia en las decisiones supranacionales.

El nuevo orden internacional.

La ausencia de fines en el discurso de la Política, siendo fundamental la distancia entre representantes y representados y la incoherencia entre el programa electoral (compromiso) y la gestión política (acción).

SUPRANACIONALES:

Lo resume muy bien Andrés Ortega cuando plantea que los Estados están perdiendo poder verticalmente (hacia abajo, hacia las regiones y entes locales; hacia arriba, hacia las instituciones internacionales), a la vez que horizontalmente (hacia las empresas y el mercado). De hecho, estamos asistiendo a una pérdida de control democrático cada vez más grave, pues cada vez pesan más y tienen más poder grupos empresariales u organizaciones a cuyo frente no hay nadie elegido de forma democrática, y cuyas decisiones no se toman representando a la soberanía popular y al interés general. La izquierda a veces pierde las elecciones; la derecha a veces también, pero no pierde el poder.

Actualmente, la necesidad social y la complejidad de los problemas traspasan las fronteras nacionales y requieren que el discurso y el debate político sean globales. Pero aquí reside la contradicción: pese a la existencia de un poder económico supranacional, no existe una política global: la política sigue siendo nacional y local. Como manifiesta Ulrich Beck: “*la sociedad mundial sin Estado mundial significa una sociedad no organizada políticamente*”¹³.

La globalidad supone un nuevo nivel de organización, donde el Estado-

¹³ Beck, Ulrich. “¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización”. Paidós. 2004

nación se queda empobrecido perdiendo su capacidad de ser el centro de la vida social.

En estos momentos, no existe un poder político global, pero sí existe un poder económico multinacional. De ahí se derivan dos consecuencias negativas para la Democracia: la Política se subordina en sus fines al poder económico reflejado en el interés, normalmente, corporativo de unos pocos frente a la mayoría; en segundo lugar, las decisiones democráticas de los ciudadanos pierden fuerza y solidez frente a los tentáculos de presión de estos poderes económicos que se enfrentan abierta y descaradamente a las decisiones democráticas.

¿Hemos llegado al fin de la democracia del Estado-nación tal y como la conocemos?

La paradoja se produce cuando todos sabemos y reclamamos la imperiosa necesidad de una gobernanza mundial: ¡frente al mercado sin fronteras ni límites, frente a la globalización económica, necesitamos un poder político supranacional! Y la declaración está fenomenal, salvo que no estamos preparados para llevarla adelante. No es un problema técnico de regulación electoral, ni de organismos representativos, es un problema de voluntad política y social. No tenemos conciencia universal que delimite que la cultura, la religión, la lengua, el territorio son señas de una identidad comunitaria que nos realiza como personas con proyección histórica,

vinculados a un clima, un territorio y unas costumbres, pero sin la pretensión de imponer tales condiciones culturales. Por eso, con una visión, entre el miedo y el egoísmo, nos atrincheramos detrás de banderas, territorios y culturas para defender lo “propio” y lo “particular” por encima del interés universal. Ésta es una diferencia básica entre EEUU y la UE; los recelos entre unos y otros, la diversidad de culturas, el idioma, las diferencias norte-sur (que se reproducen en el interior de los países, generan tanto desequilibrio que impide que la solidaridad aflore como nexo común.

Si los partidos políticos quieren obtener votos, no hay nada mejor que buscar un enemigo externo, que realizar el victimismo, que reclamar la defensa de los intereses comunitarios, y que rivalizar con los de fuera, da igual quienes sean. Pero se consigue la cohesión social en busca a parámetros medibles y comprensibles, más vinculados al sentimiento que a la razón.

La eterna pelea entre comunitaristas y universalistas no ha encontrado todavía su punto medio, que permita la protección del individuo en su ámbito social, su necesidad de sentirse abrigado en una familia, un territorio, una cultura determinada, que le dé arraigo, profundidad histórica y cohesión social con la cada vez más urgente determinación de una Democracia supranacional que establezca decisiones de ámbito universal.

Lo universal nos resulta frío y lejano, porque aunque nos definimos iguales en derechos, defendemos lo que nos es cercano y reconocible sin detenernos a

medir las razones y argumentos. Y, paradójicamente, cuanto más crece la interculturalidad, la inmigración entre países, el mercado global, más buscamos nuestra identidad en partidos minoritarios que defiendan lo “nuestro” (porque la globalidad ha olvidado las pequeñas cosas: la proximidad), en equipos de fútbol donde defendemos colores que nos agrupan frente a otros, en religiones que nos reconocen como iguales en países extranjeros, ... Somos seres grupales, no universales.

La actual crisis financiera global no contribuye a universalizar decisiones, sino al contrario. El miedo hace que retrocedamos en conquistas universales, que cuestionemos conquistas políticas como Europa, a la que no hemos conseguido dotar de una comprensión “cultural” colectiva, sino que sigue anexionándose por cuestiones económicas y no por voluntad social.

Como señala Josep Ramoneda, “la querella entre liberales y comunitaristas ha determinado la modernidad y sigue siendo nuestra batalla ideológica”¹⁴.

Esto se debe en gran parte porque tenemos una gran carga emocional que rige nuestras acciones, muchas veces confrontándose con la razón. De hecho, cuando se busca la manipulación de los ciudadanos como electores o consumidores, se recurre a las emociones y a la autoestima como “pueblo”.

¹⁴ Ramoneda, Josep. “Contra la indiferencia”. Círculo de Lectores. 2010

EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL:

Después de la Segunda Guerra Mundial, el siglo XX vivió un periodo de equilibrio internacional basado en la desconfianza y la amenaza mutua. Finalizada esta época, no puede decirse que hayamos avanzado en la búsqueda de mejores valores sobre los que basar nuestro orden internacional; más bien, todo lo contrario.

Hemos pasado del “orden” de dos bloques en los que dividíamos al mundo a un “desorden” internacional donde “el todo vale” ha llegado a extremos tan limitados, humana y políticamente, como utilizar la guerra a modo de juego a nivel internacional.

El atentado del 11 de septiembre en Nueva York y las posteriores acciones bélicas de EEUU contra Afganistán e Irak han configurando un futuro desalentador e incierto. El nuevo orden internacional lleva mal camino: no son los valores del consenso, el diálogo, la solidaridad y la cooperación, la comprensión de las diferentes culturas, en definitiva, la tolerancia y el respecto activo como pilares activos de la Democracia los que se ponen en marcha; en el escenario internacional, aparece la “ley del más fuerte” como único régimen capaz de acallar “teóricamente” el terrorismo internacional. Los odios, las amenazas, los miedos, las venganzas, ..., es lo que está configurando las nuevas relaciones entre Estados y culturas.

Pero además de esto, que en sí mismo es muy grave, se produce soterradamente otra consecuencia de esta actitud: la fuerza bruta, la justificación de la guerra como necesidad (como ha ocurrido en el caso de la invasión de Irak), se sitúa por encima de las opiniones democráticas de la ciudadanía. Demasiados intereses en juego (económicos, políticos, personales, corporativos) en la construcción de esta nueva configuración internacional como para permitir que sea la voz de los ciudadanos quienes alteren los planes de unos pocos.

Afortunadamente, la llegada de Barak Obama a la Casa Blanca calmó las ansias imperialistas y frentistas de una gran potencia que tenía entre sus principales industrias la armamentística, por lo que resulta fácil combinar intereses económicos, poder político y orgullo nacional.

El tropiezo se produce con la crisis financiera. Los mercados y las bolsas son ahora la amenaza planetaria.

La sorprendente ceguera de las potencias desarrolladas, encabezadas por EEUU y Europa ha sido impresionante y digna de ser objeto de estudio de las escuelas diplomáticas y económicas. Nadie supo prever ni advertir los dos grandes acontecimientos con los que el siglo XXI ha emprendido su andadura: las revueltas árabes y los nuevos imperios económicos.

El día de antes a las sacudidas de las revueltas árabes, que se contagiaban como la pólvora de un país a otro, Europa seguía confiando en sus mismos interlocutores, recibiendo a los mismos embajadores, y manteniendo la relación vergonzosa con dictadores que prometían la estabilidad y seguridad internacional a cambio de someter a la pobreza y la esclavitud a sus pueblos. Túnez, Egipto, Libia han sido los paradigmas de la prepotencia y la ceguera europea, que fue incapaz de prevenir que los países árabes más próximos a sus fronteras eran polvorines a punto de estallar. Si la crisis económica hacía estragos en Europa, pisaba los cuellos árabes de quienes no tenían más agujeros en el cinturón.

Por otra parte, Europa ha estado durante años menospreciando el crecimiento silencioso del gran gigante Chino. No ha habido ni aranceles ni impuestos ni medidas sancionadores contra el trabajo infantil. Todo era válido en el comercio de unos productos de fácil entrada al mercado europeo porque eran baratos. No ha existido el comercio justo, sino el beneficio económico.

Europa ha dejado de ser en estos momentos el primer productor y el primer consumidor. China es una “joya” económica por explotar: un país enorme que necesita desarrollo y urbanismo, con una clase media por crear lo que garantiza muchos años de consumo, y sin derechos laborales que facilitan la producción. Acabamos de descubrir que la lógica de que Capitalismo y Democracia son dos conceptos que caminan unidos es falsa (tal y como

imaginábamos); el capitalismo económico ha encontrado fácil acomodo en una sociedad con ganas de prosperar, todavía poco reivindicativa, y con un sistema dictatorial férreo.

Europa ya no es el modelo a imitar. Al contrario, a la globalización económica que funciona sin fronteras, Europa le resulta incómoda y molesta.

Si rehiciéramos el mapa del mundo en función del peso actual en la economía global, Europa ya no ocuparía el centro del mapa.

LA AUSENCIA DE FINES EN EL DISCURSO DE LA POLÍTICA:

No creo que podamos afirmar que hemos construido el mejor de los mundos posibles. Los problemas que sufre la humanidad son complejos y crueles: cada vez más, y a pesar de los avances técnicos, no hemos conseguido eliminar el hambre del mundo cuando existe excedente alimentario; las guerras se suceden y se solapan destruyendo países, aniquilando generaciones e impidiendo lo más valioso: el derecho a la vida; la actual globalización económica y su consecuencia de “paro estructural” genera excluidos y supone una nueva forma de totalitarismo; los problemas medioambientales traspasan las fronteras nacionales y amenazan la supervivencia de nuestro planeta; la inseguridad y la violencia encuentran cobijo en mafias internacionales que trafican con la vida de millones de seres humanos,

incluidos niños; el dinero se ha convertido en el único símbolo que tiene “precio” y también “valor”; los valores colectivos y sociales se sienten abrumados y perdidos ante el éxito del individualismo egoísta que ofrece la receta mágica bajo el lema de “tanto tienes, tanto vales”.

Y ante todo eso, ¿dónde está la Política?

Quienes creemos en la Política como una noble actividad humana queremos que se recupere su papel y su acción como prioritarios, que sea capaz de establecer los controles y mecanismos correctores al fenómeno de la globalización, que deje de ser una actividad subsidiaria y sometida a la economía. Recuperar la Política como una actividad prioritaria significa, entre otras cosas, acabar con el proceso de reducción del hombre a una función económica y poner en valor un concepto clave en este proceso, la representación.

Frente a la Racionalidad Económica que rige en estos momentos, hemos de reivindicar una Racionalidad Humana (que es mucho más extensa que la Económica) y cuyas tareas inmediatas sean la dignificación del concepto de “PERSONA”: el ser humano no es una mercancía, es imprescindible recuperar un “discurso universal de mínimos” que abarque a todas las naciones del mundo sea cual sea su nivel de desarrollo. No pueden existir justificaciones de ningún tipo (ni religiosas, ni nacionalistas, ni

económicas...) que sustenten la flexibilidad en la aplicación de los Derechos Humanos.

El problema es que resulta difícil establecer un discurso único: por una parte, nos enfrentamos a la baja credibilidad de las instituciones políticas, al divorcio con sus representados los ciudadanos, y a unos instrumentos (los partidos políticos) cuyos engranajes no se han modificado ni avanzado conforme a la complejidad de la sociedad; por otra parte, la política, como hemos dicho, no puede ser ya nacional, sino global, y ahí encuentra la resistencia para establecer un discurso único, por eso, en una época de necesidad de ideas globales impera la ausencia de instituciones como la Internacional Socialista, desaparecida y silenciada porque le resulta imposible conjugar un mismo discurso viable para un mundo cada vez más desequilibrado entre sus naciones; en tercer lugar, la política no solamente se ejerce desde el partido político o por el político “profesional”, sino que existen organismos, asociaciones e instituciones que actúan representando a la sociedad civil en sus diversos roles, como por ejemplo los sindicatos, y vemos como, al igual que ocurre en los partidos políticos, sufren un descalabro en su credibilidad, una desafección creciente y una bajísima participación que empequeñece su capacidad de maniobra, por lo que tampoco hemos visto en esa época de crisis global, la actuación de sindicatos europeos de forma conjunta.

La sociedad civil ha perdido su interés y costumbre en la participación política, convirtiendo los instrumentos tradicionales en organizaciones caducas. Un ejemplo fue la aparición en España del 15-M. Tan sólo quince días antes se celebró el tradicional 1 de mayo, con los sindicatos como protagonistas haciendo un llamamiento general a los trabajadores en uno de los momentos más crudos y difíciles de esta crisis. La participación social fue escasísima. En cambio, quince días después, surge un movimiento espontáneo que consigue la mayor movilización social nunca vista desde las manifestaciones del 11 de marzo; lo que indica que sí existe indignación y preocupación, que el rumor social funciona, que la cerilla prende porque hay brasas encendidas, pero que la sociedad no se moviliza bajo unos instrumentos tradicionales, que no tienen por qué desaparecer pero sí reconvertirse en su ámbito de actuación y representación, para convivir con nuevas formas de organización social que representen a una generación joven que debe comenzar a manifestar sus inquietudes. Como dice José Félix Tezanos, “la democracia no es sólo cuestión de ideas, anhelos y propósitos, sino que es una forma de organización política, ... en la que se plantean exigencias democratizadoras y participativas por parte de los ciudadanos”.

Si la Democracia es evolución, tránsito, y está siempre incompleta, también los instrumentos que la representan deben estar sometidos permanentemente a evolución y adecuación a las exigencias de participación y a la

incorporación de nuevos métodos, Los padres/madres de la generación de mayo del 68 no entendían por qué protestaban unos jóvenes que disfrutaban de lo que ellos no habían conocido: la paz. Después de dos guerras mundiales, Europa vivía en paz y con un desarrollo creciente en su progreso económico y social. La pregunta ahora no es por qué luchan nuestros jóvenes y de qué protestan (las razones están encima de la mesa), sino si sabrán encontrar los dos instrumentos para seguir avanzando: los fines morales que justifiquen sus acciones y los instrumentos políticos que las encaucen. Los instrumentos actuales de participación están fallando pero los nuevos métodos aún no han centrado la forma de canalizar el descontento.

De momento, y mientras se configura un asociacionismo cívico complementario al que conocemos, los defensores de la Democracia Representativa tenemos una labor de autocrítica y renovación de nuestro principal instrumento: el partido político.

No es ninguna novedad resaltar que las democracias europeas están débiles de salud. Resulta complicado movilizar a los ciudadanos para que participen en campañas electorales, que se apasionen por la política, y que finalmente voten en las elecciones.

Cada vez aumenta más el partido de los silenciosos: la abstención. Lo que no quiere decir que los no votantes no estén interesados o no tengan opinión; la gran mayoría muestra una desafección creciente, voluntaria y consciente.

Muchos ingredientes pueden generar la desafección, pero sobre todo, en mi opinión, la sensación de inutilidad entre la correlación del voto y las decisiones políticas. Esta inutilidad tiene varias causas: la conversión de la política en un espectáculo mediático, la globalización del poder económico, la desconfianza y la corrupción como punto de entendimiento entre la política y el dinero.

Podemos recurrir a todos los razonamientos que tantas veces hacemos, no exentos de verdad: “todos los políticos no son iguales”, “esto demuestra que el sistema funciona”, “hay corruptos en todas partes”, “no es un hecho exclusivo de los políticos, pues afecta por igual a todas las esferas”, “es un problema de la condición humana”. Todo es cierto, pero a veces no es suficiente, porque no consuela, porque suena a mal menor, porque tenemos la impresión de que convivimos con la cloaca permanentemente; además, debe existir un elemento de formación, de exigencia, de preparación en los políticos que culmine con la exigencia de determinados valores que son los que la Política representa. Pero también debe existir la correlación del castigo y la sanción en las urnas; si la corrupción no es rechazada con el voto de los ciudadanos, quienes tienen el descaro de propiciarla y cometerla seguirán haciéndolo con total desvergüenza.

En primer lugar, los partidos políticos tienen la enorme responsabilidad de limitar, controlar, fiscalizar y no permitir que los corruptos encuentren cobijo en una organización. Hay que poner controles, fiscalizaciones y sanciones. Pero también mucha democracia interna. Lamentablemente, el sistema de partidos

que hemos creado se mueve como una maquinaria de “todos a una”, a defender a los nuestros aunque sean ladrones porque son de los nuestros. Si no hay democracia interna sana, crítica, decidida, y leal, las organizaciones acaban sin tener mecanismos reales de sanción porque es la misma organización la que acaba corrompida o buscando una financiación irregular.

En una democracia representativa, la participación ciudadana queda muy limitada, en la mayoría de los casos, a votar cada cuatro años. Una acción que, con el tiempo y la práctica, ha dejado de ser “emocionante”, pero su razón meritoria es la capacidad de elegir a los gobernantes y qué forma de gestión se desea. El problema surge cuando no hay cumplimiento de los compromisos, la demagogia política se instala en titulares de prensa, los intereses de partido se superponen a la razón general. Cada engaño electoral o cada cambio de posición parece no importar a los políticos, como si formara parte del juego contradecirse dependiendo de si uno está en el gobierno o en la oposición, o si está en la autonomía o en el municipio. Servir a los intereses de los ciudadanos se ha convertido en decir aquello que quieren escuchar aunque el político sepa que no lo va a cumplir, o que no se lo cree, o que cambiará de posición dependiendo de su estado. Se busca ganar el voto no con razones o convicciones, sino con asentimientos y aceptaciones de peticiones.

El ciudadano pide y el político promete. Prácticamente ya no existe diálogo ni tampoco exposición de razones. El político se ha convertido en un vendedor de

ilusión, dispuesto a “ofrecer felicidad”. El populismo, la demagogia, la carga de emociones, la búsqueda identitaria, la ocurrencia o la salida de tono, sustituyen al discurso político sobre razones, intereses y valores.

El problema se produce cuando llega la hora de la verdad, y hay que hacer gestión. Las acciones y decisiones políticas no son neutrales: ¿recortar o aumentar subvenciones y ayudas? ¿revisar pensiones? ¿privatizar servicios públicos? Entonces comienza la ruptura entre el votante y su representante, pues el primero se siente ignorado y no tiene acceso a toda la información que se le oculta. Se le trata como un menor de edad que no tiene capacidad para decidir.

¿La democracia representativa que actualmente vive Europa es la única forma posible? ¿Hemos desarrollado el máximo que el sistema nos permite? ¿Esta democracia es la hija de los valores ilustrados?

Quizás deberíamos detenernos un momento a recordar, volviendo la mente muchos años atrás, cuáles fueron los principios sobre los que surgió la Democracia Representativa como un sistema político y social, liberador, racional, crítico e igualitario. Decía Tocqueville que una “democracia es una forma de vida, y no un mero mecanismo formal”. La democracia designa ante todo una forma de sociedad, caracterizada por la nivelación de las condiciones, y no un régimen político. El orden democrático va más allá de la legalidad y del formalismo electoral. Como apunta Juan Manuel Ros, siguiendo las reflexiones de Tocqueville, “la razón de ser de la democracia consiste en la conjugación de

la igualdad y la libertad, es decir, en el ejercicio de la democracia como praxis cívico-política que corrija, eduque, oriente y convierta, en definitiva, a la democracia en una forma social de vida que contribuya al perfeccionamiento moral de los hombres”.

La concepción de la democracia como forma de vida supone ir más allá de un sistema de mayorías, supone aceptar la diferencia, el debate y respetar al que no obtiene la máxima representación. La democracia no debe suponer “imposición” del 51 frente al 49, ni la uniformidad de todos los criterios; la diferencia enriquece, nos hace completarnos y crecer.

¿Podríamos asegurar que en la actualidad nuestra democracia representativa es algo más que un régimen político, que va más allá del formalismo electoral, y que contribuye al perfeccionamiento moral de los hombres? ¿No será quizás el abandono de estas virtudes democráticas las que generan la desafección, el desencanto y el escepticismo actual?

Probablemente, la gran mayoría de los ciudadanos no sepan discernir qué les ocurre a nuestras democracias para que no nos sintamos vinculados a sus resultados. Quizás la gran mayoría no quieran participar activamente o no tengan ganas de complicarse la vida. Pero quizás también ocurra que hemos perdido la pedagogía política que permite el desarrollo de las cualidades del ser humano como ciudadano, más allá de su exigencia permanente de derechos orientados exclusivamente al consumo.

Lo cierto es que Tocqueville reivindicaba para la democracia una imprescindible “cultura democrática” que conlleva una serie de exigencias éticas y sociales, que corrijan el déficit cívico, como señala Enrique Herreras¹⁵.

La democracia no es un método perfecto, pero sí manifiestamente mejorable que puede desarrollarse desde sus mínimos, como un procedimiento electoral, a sus cuotas máximas, como un ejercicio cívico de participación y corresponsabilidad. Éste ha sido el permanente debate a lo largo de la historia sobre las cualidades de la democracia: a mayor participación ciudadana, mayor dificultad de control político. Cuánta mayor es la exigencia ciudadana, su participación y conocimiento de la realidad, su interés por la política, existirá menor manipulación.

Actualmente, nos hemos quedado con unas democracias que se sostienen sólo con el esqueleto de la formalidad electoral; por comodidad de los partidos políticos, por intromisión y control de las fuerzas económicas, por la sensación de manipulación desde el marketing electoral, hemos ido adelgazando tanto a nuestras democracias que las hemos llevado a una anorexia estructural, vomitando cualquier iniciativa que intenta engordarlas. ¿Dónde quedan las asociaciones cívicas, las reflexiones influyentes, los poderes ciudadanos?

¹⁵Herreras, Enrique. “La tragedia griega y los mitos democráticos”. Biblioteca Nueva. 2011.

Hemos roto el equilibrio que da vigor a la democracia; hemos sacrificado sus virtudes por su complejidad; hemos anulado las voces cívicas que hacen fuerte al sistema; nos hemos quedado sólo con el espíritu de la democracia, reivindicando “lo que pudo haber sido” pero nos negamos a que sea.

No obstante, las amenazas sobre la democracia no han cesado. Hay quienes piensan que todavía tienen demasiado poder y sería conveniente estrujarlas un poco más. Desde las opciones más conservadoras políticamente, que no liberales, se exige “poner límites a la democracia”. Reconozco que cuando leí las declaraciones, que transcribo líneas abajo, pensé que estaban equivocadas. ¿Cómo y por qué poner límites a la democracia? Si algo estaba en cuestión era justamente lo contrario: la democracia se encontraba limitada en su desarrollo por la voracidad de las fuerzas no democráticas que la aprisionaban.

Pero José María Aznar, desde la fundación Faes (Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales), vino a sacarme del error, desarrollando su teoría sobre los límites a la democracia. Dice así: “el poder político ha invadido terrenos que no deben ser de su competencia. Debemos restaurar el verdadero sentido de la democracia y sus límites”. En una defensa encendida sobre los valores cristianos de la familia, el matrimonio y la homosexualidad, Aznar confunde el poder del Estado con el desarrollo democrático, y reclama que la democracia sea acotada y limitada porque, en su opinión, “el poder político ha traspasado todos los límites razonables”. A su juicio, está pendiente “una tarea liberal para devolver al poder

a su lugar y para que la vida pública se apoye en un liberalismo de raíz ética cristiana”.

¿Qué significa entonces Democracia para José María Aznar? ¿Qué concepto de Democracia defiende el modelo conservador? ¿Aún les parece exagerado el actual sistema de representación democrático?

Si ha triunfado algún modelo en la actualidad, no ha sido el ideario de Tocqueville, sino más bien lo contrario. Nos hemos dejado llevar por el procedimentalismo, por las formas, obviando totalmente el fondo; es más, en muchas ocasiones, hemos disfrazado de formas democráticas, decisiones totalmente totalitarias, para influir sobre el fondo, es decir, sobre una libre decisión democrática basada en la participación.

Como bien advierte, Josep Ramoneda, “el Estado estorba. Pero los vacíos que deja el Estado los ocupa alguien”. Efectivamente, y ésta es la amenaza que actualmente, con la crisis del 2008, la revolución neocon pretende: el desprestigio de lo público, la devaluación y la pérdida de confianza en el Estado, la flaqueza de las instituciones representativas de la sociedad, es la estrategia que conlleva el debilitamiento del Estado que, sujeto a los vaivenes de la economía y las amenazas del mercado, se presenta ante los ciudadanos como un títere manipulado y manipulador, como la correa de transmisión de los poderes no democráticos. Ahora bien, ¿quién cubre el espacio político que no ejerce el Estado?

Ulrich Beck señala que nos movemos en dos diagnósticos contrapuestos: el peligro de pasotismo de los ciudadanos respecto a la democracia y la urgente necesidad de seguir evolucionando en democracia para conseguir mayor implicación, mayor participación y la fortaleza del propio sistema.

Lo cierto es que algo falla y es grave, porque estamos perdiendo nuestra confianza y satisfacción en el método político y social mejor que conocemos, y del que no hemos explorado todas sus cualidades y posibilidades. Sean cuales sean las motivaciones electorales de los ciudadanos, hay una realidad y es que existe un partido que no participa en las elecciones y cada vez es más numeroso: la abstención. Porque si los ciudadanos son los directamente afectados por la delgadez del sistema democrático, existe un primer perjudicado: los partidos políticos.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS:

Dice la Constitución española en su artículo 6: “Los partidos políticos expresan el pluralismo político, concurren a la formación y manifestación de la voluntad popular y son instrumento fundamental para la participación política. Su creación y el ejercicio de su actividad son libres dentro del respeto a la Constitución y a la ley. Su estructura interna y funcionamiento deberán ser democráticos”

Una magnífica declaración de principios de los padres fundadores de la Democracia Española, que situaron en el corazón del sistema a los partidos políticos como representantes legítimos de la voluntad ciudadana. Una declaración que no tiene desperdicio en ninguna de sus afirmaciones. Veamos cada frase con detalle:

- **Los partidos políticos expresan el pluralismo político:** Europa y, por supuesto, España, tienden a un bipartidismo similar al de EEUU que dificulta cada vez más las opciones políticas diversas. En España, la derecha conquistó el poder, no porque tuviera más votantes, sino porque sus votantes sólo tenían una fuerza política a la que votar, el PP, mientras que la izquierda dividía su voto. Este desigual resultado electoral ha provocado el camino inverso al deseado en democracia: en lugar de crecer las máximas opciones políticas que se identifiquen con los deseos y principios de los ciudadanos se ha aglutinado los votos buscando la mayor eficacia electoral en el resultado. No se decide buscando la representación más exacta de la ciudadanía, sino la eficacia más rentable electoralmente. Todos reconocemos hoy las dificultades de la ley electoral española que deja bajo mínimos a fuerzas como IU, recibiendo menos diputados que fuerzas nacionalistas pese a tener muchos más votos en el espacio nacional. El llamado “voto útil” representa la voz de los que deciden apoyar a una opción política sin creer firmemente en ella, como mal

menor, lo que luego produce desencanto porque el votante, después de las elecciones, exige a la opción política lo que en realidad no está en sus planteamientos. Este planteamiento no ocurre en la derecha cuya agrupación de votos se produce por otras motivaciones e intereses, que facilitan su identificación sin objeciones.

- **Concurren a la formación y manifestación de la voluntad popular:** lamentablemente nuestras democracias adormecidas adolecen de falta de conexión de los políticos con los ciudadanos, de apatía de la sociedad frente a la política y la pérdida de confianza en los partidos. Los ciudadanos huyen y se alejan de la actividad política, sintiéndose cada vez menos protagonistas de las decisiones que los partidos toman en “su nombre y por ellos”. ¿Cómo se representa la abstención, que es el voto de la indiferencia o en enfado, en los escaños políticos?
- **Su creación y el ejercicio de su actividad son libres:** Efectivamente, salvo que crear un partido político es una carrera de obstáculos. La política se ha convertido en un escenario mediático tan complejo, costoso y con unas reglas de juego tan complicadas que resulta prácticamente imposible el surgimiento de partidos políticos al margen de las grandes maquinarias. Las campañas electorales son carísimas, las dificultades de acceder a la ciudadanía son múltiples, la aceptación por parte de los medios de comunicación de outsiders fuera del tablero de juego son

mínimas, en definitiva, “crear un partido político” no es cuestión de voluntad, ni de aunar esfuerzos comunes y colectivos, ni de disponer de ideas y principios políticos, ni de cooperar responsablemente.

- **Su estructura interna y funcionamiento deberán ser democráticos:**

Los partidos han olvidado que el fin de la Democracia es la democracia misma: su desarrollo, su reglamento, su participación, la búsqueda del consenso. Y sólo actúan buscando un objetivo: ganar el poder sea como sea y a costa de lo que sea, haciendo de la máxima de Maquiavelo la única razón de su existencia. Es cierto que un partido político no es una ong, ni una asociación festiva o cultural, su finalidad es gobernar y gestionar la res pública; pero ¿puede ejercerse el fin con la plenitud democrática necesaria si la hemos aniquilado durante el proceso? ¿se puede ofrecer al ciudadano lo que se niega internamente a sus propios afiliados? Hace mucho tiempo que los partidos políticos no reflexionan sobre la importancia del medio moral, en términos éticos y democráticos, como advertía Kant. Sus medios son la estrategia, la demagogia, las verdades a medias, la publicidad y propaganda, la lealtad inquebrantable preferible a la valía, la inteligencia o la dedicación, anteponiendo el fin a cualquier paso en el camino. Los grupos de poder internos se forman por lobbies de presión, no por corrientes de opinión ideológicas, que colocan a sus propios miembros a cambio de apoyos para mantener el poder. Cada

partido defiende sus reglamentos internos como producto y reflejo de la democracia orgánica, bien sean primarias, elecciones directas, o la jerarquía y autoridad de la dirección, pero una democracia basada en reglamentos restrictivos, en una estructura fuertemente piramidal, y donde las decisiones no tienen posibilidad de ser debatidas por las bases sino simplemente acatadas “por el bien del partido”, es una democracia orgánica, reglamentista y de mínimos.

Nos hemos habituado a que cuando existe debate en el interior de un partido político hay “gallinero”, las discrepancias suelen ser “enfrentamientos”, las opiniones diversas son “disidencias” y las decisiones incomprensibles se toman en clave de partido. Mediáticamente se ha contribuido a que la imagen del partido ha de ser monolítica, uniforme y sin matices. Se anula la riqueza individual, el debate de ideas, la formación de la opinión, la autocrítica interna, la discrepancia, el proceso del razonamiento, la capacidad del consenso; en definitiva, se anula todo aquello que conforma la Democracia y que ha sido la base de creación de los partidos políticos.

La pregunta sería: ¿la misma democracia que ostentan los partidos políticos en su seno interno es la democracia que desean para los ciudadanos y la gestión de la res pública?

Evidentemente no. Pero a ello nos estamos conduciendo porque, a fuerza, de no practicar la democracia en el seno de la organización política, se desconoce cada vez más sus procedimientos, su cultura y sus resultados. La Democracia requiere práctica y una formación adquirida con la experiencia del día a día; no se nace democrático: se hace. Cuando los partidos políticos renuncian a potenciar en su seno la democracia interna con la clara excusa de hacerlo por “el bien del partido”, sus acciones posteriores de gestión de lo públicos reproducirán las mismas formas, en parte porque resultan fáciles y útiles y en parte porque ya no se sabe gestionar de otra manera. Y todo ello además se justificaría “por el bien del país”.

Para ello, al líder político no le interesa el ciudadano participativo, crítico, formado y con criterio, sino más bien, se va en busca del voto de la mayoría desinformada, apelando antes al sentimiento que a la razón, con mensajes simples y extremos, con medias verdades manipuladas.

Con estas circunstancias, observamos el alejamiento en la representación y conexión de la militancia de un partido con la ciudadanía. En primer lugar, porque lo que se decide internamente no está dirigido al bien general, sino al bien particular del propio partido y, más en concreto, de su élite política y cargos públicos; en segundo lugar, porque el número de militantes y/o afiliados es ínfimamente pequeño en comparación a la ciudadanía, así como la asistencia a

actos públicos, mítines o convenciones de los partidos. Los partidos exhiben y realizan actos públicos de cara a la galería cuando son simplemente de consumo interno, para animar a sus fieles, y para transmitir imagen de poder.

Si anteriormente he comentado que el primer perjudicado es el partido político, la reflexión viene en torno al papel del militante. ¿Qué se espera que realice un militante en una sede política? ¿Debatir, discutir, hablar de política, opinar, ser correa de transmisión de la sociedad, participar abiertamente en foros y órganos sociales, formarse políticamente, pegar carteles la noche electoral?

El militante es un “soldado” a servicio de la causa. No hay nada más importante que el partido político ni verdad más indiscutible. Su militancia se inició por razones políticas, principios y/o convicciones, sentimientos de pertenencia a unas ideas o valores, pero con el ejercicio de la militancia se ha desvirtuado en una cuestión de fe, convirtiendo a la base de los partidos políticos en agentes dispuestos a defender lo que sus líderes hagan o digan, de una forma cada vez más irracional (y un tanto “fanática”), puesto que si se sustituyen las ideas por propaganda, y los líderes políticos por jefes de partido (que no es lo mismo), la adhesión a un proyecto por cuestiones de convicción ideológica e incluso sentimentales se reconvierten o en puro interés o en irracionalidad.

No sólo el papel del militante ha ido perdiendo peso, voz y volumen en los partidos políticos; también ha ido devaluándose el papel fundamental del líder.

A base de elegir con criterios endogámicos y de luchas orgánicas, los partidos

no han elegido a los mejores en capacidad y más preparados para el puesto, sino a “los mejores para sus intereses”. Las decisiones sobre los liderazgos están muy alejadas de la opinión ciudadana.

Evidentemente, el partido político tiene toda la razón de exigir su decisión interna y su forma de hacerlo puesto que en ello se dejan su esfuerzo, su tiempo y su proyecto; lo que no pueden olvidar es que el partido político de una sociedad democrática tiene más obligaciones que las reglamentistas, porque, quiera o no quiera asumirlo, es el ejemplo de la sociedad a la que representa.

Éste es el elemento principal al que el partido político ha renunciado: a su cualidad de ser modelo del colectivo que representa. Algo que no debe tomarse como una virtud o como un valor, sino como una obligación de lo que el partido político democrático, tal y como lo describimos en nuestra Constitución, significa. Los demás edulcorantes sólo desvirtúan el corazón del sistema. Si los partidos políticos renuncian a sus espacios y procesos democráticos, la Democracia se debilita.

La trascendencia que tiene la fortaleza democrática de las organizaciones políticas es mayor de la que podemos pensar; no sólo en su representación social, no sólo en el papel del militante como transmisor y reflejo del ciudadano, no sólo en la elección de los mejores líderes, sino también en la capacidad real de hacer Política, de proyectar ideas, de tener capacidad de actuar en aras del bien común y de realizar programas que no sean cortoplacistas. Lo cierto es que

para conseguir el mayor número de votantes, incluso de ideologías diferentes u opiniones cambiantes, el partido se ha convertido en una esponja que todo lo absorbe, “en un atrapatodo”, y para ello debe camuflar la identificación ideológica, que sólo agitará ante sus fieles, cambiando las señas por sentimientos comunes e identificando las siglas del partido con el territorio.

No podemos olvidar el importante papel que tienen los medios de comunicación en la política. Hay una nueva forma masiva de conectar con los ciudadanos: el fenómeno de la televisión – quien no sale, no existe -. Como advierte Antonio Laguna, “el fin no sólo justifica que la comunicación deba ser eficaz cueste lo que cueste, sino que además lo exige: la comunicación política determina la propia forma de hacer política”.

Si hubiera voluntad de combatir la abstención, de devolver la credibilidad perdida a los políticos, de que el sistema de representación democrática fuera realmente la representación de los ciudadanos, y de que la Democracia se convirtiera en un proceso instrumental útil, y no languidciera porque su nombre sea utilizado en vano, deberíamos arriesgarnos a poner en marcha una serie de medidas que rejuvenecerían nuestro sistema democrático, haciéndolo menos previsible, más audaz y participativo. ¿Nos pondríamos de acuerdo en las siguientes objeciones o su exposición sólo motivará el rechazo y enfado de los partidos políticos? ¿Están los dirigentes de los partidos dispuestos a ceder terreno particular en aras del bien general?

1) El bipartidismo no alienta a la participación democrática. Y menos cuando las opciones son un reducidísimo menú, del que ni siquiera se ha podido elegir en la participación de los líderes. La reforma de la ley D'Hondt ayudaría a ponderar mejor otras opciones políticas. Es cierto que la mayoría de los ciudadanos tienden a elegir entre los dos partidos mayoritarios al considerarlos estables, sólidos y ganadores, pero saber convivir con un sistema pluripartidista es también un proceso pedagógico de aprendizaje que requiere entender la necesidad del consenso y la negociación.

2) Las organizaciones internas de los partidos políticos son endogámicas, poco democráticas y poco transparentes. Ahuyentan a los ciudadanos activos, formados, participativos, críticos, y no dispuestos a asumir lealtades sin razonamientos. Por ejemplo, las primarias constituyen un quebradero de cabeza porque aparece la división interna, pero en cambio suponen un interés para el ciudadano politizado.

3) Los mensajes simples y enlatados llegan al gran público, pero no contribuyen a la pedagogía y formación política. Sirven sólo para alentar extremismos, rencores y posiciones encontradas; pero cada vez más se premia la puesta en escena que los razonamientos y los programas políticos (que se hacen dispuestos a no cumplirse).

4) No existen grandes causas por las que luchar. La sociedad occidental ha llegado al final de su camino ideológico: la felicidad se encuentra en el consumo libre. Ha habido un cambio de valores que promueve la riqueza material como éxito social. La política empequeñece discutiendo de tácticas y gestiones, pero no de estrategias y principios. Las palabras se confunden hablando todos de lo mismo (libertad, igualdad y solidaridad) pero con significados diferentes.

5) La responsabilidad política se difumina al mismo tiempo que se aleja de la Ética. No existe el honor de la palabra dada, la responsabilidad de la dimisión de competencias, la importancia de la promesa electoral, o la impunidad ante la corrupción. Todo es justificable. Por lo que pierde toda credibilidad.

Firmemente defensora de la democracia representativa, el problema real no es conseguir que todo el mundo participe (imposible y a lo mejor no deseable para todos los afectados), sino que no se expulse del sistema político a aquellos ciudadanos que sí reclaman su participación, que tienen interés político, que siguen la actualidad y manifiestan su voluntad de deliberar en asuntos públicos, que les preocupa la colectividad, que no encuentran los cauces de reflexión y debate, que no buscan ser “cargo público” sino ciudadanos políticos concienciados, que encuentran en los partidos estructuras cerradas y áridas, nada

permeables (escuchar no quiere decir sonreír demagógicamente en campaña electoral).

En segundo lugar, al partido político le corresponde realizar su programa electoral, ofrecer su modelo de sociedad, sus propuestas alternativas, su visión de los problemas, porque quien quiere gobernar debe saber aunar los intereses contrapuestos y, sobre todo, priorizar. El programa electoral tiene una doble función: el contrato social con los ciudadanos y la “fidelización” a unos principios. La ciudadanía sabe reconocer qué líneas generales definen el corazón de un partido y lo distinguen de otro, por eso, el alejamiento del electorado se produce cuando existe un distanciamiento entre las acciones políticas y lo que definen los principios del partido. Esto es lo que ha ocurrido con el gobierno Zapatero a lo largo de esta crisis; además de la preocupación social y la angustiosa situación de crisis, el electorado progresista percibe con desazón que las medidas gubernamentales tomadas entran en contradicción con los principios programáticos del partido. De forma similar, la desconfianza con Rajoy se produce al observar la demagogia frente a la crisis de quien no quiere definir medidas para no equivocarse. El programa electoral supone el “compromiso”, la “definición de principios” y la capacidad de “liderazgo” del partido.

Un programa electoral no debe plantearse en función de las encuestas o de lo que “quiere” la ciudadanía. Escuchar a la gente es imprescindible para conocer y debatir la realidad, para confrontar y conciliar intereses, pero el programa ha de

basarse en las convicciones ideológicas, en las propuestas que se consideran eficaces y justas, en el modelo de sociedad.

Hay soluciones a la crisis de la Democracia representativa que cada vez nos hace más espectadores y menos participativos, más consumidores y menos ciudadanos. Pero para cambiar las reglas, la primera condición sería que todos aceptaran no jugar con las cartas marcadas. Y lamentablemente, en estos momentos, eso no parece posible.

La Democracia no ha llegado al final de lo que puede dar; más bien, todo lo contrario. Se ha estancado en una trampa de estructuras, de vacuidad, y de concentración endogámica del poder, que dificulta que la participación y el interés por la política se conviertan en la savia democrática.

Lo que no podemos es engañarnos pensando que la Democracia puede sobrevivir enclaustrada en nuestras convicciones internas o en nuestros reductos privados. No, la Democracia es un instrumento social, colectivo, de entendimiento entre opuestos. Su supervivencia no tiene posibilidad si prescindimos de ella en el ámbito más esencial para el que fue creado: la Política. Si Europa sigue conformándose con una Democracia de mínimos, de reglamentos y formas, de votaciones cada cuatro años, con la abstención como partido más votado pero sin representación en escaños, se equivoca.

No sólo no es suficiente, sino que es peligroso, porque alienta, en un primer estadio, la desafección y el desinterés; posteriormente, la indignación y el rechazo a lo político; para terminar con el hartazgo del ciudadano por la Democracia, como sistema que no le representa. De la indiferencia al totalitarismo: ¿cuántos pasos hay?

A todo ello hay que añadirle una restricción mayor. En el mundo globalizado, resulta difícil saber quién toma realmente las decisiones? ¿Quién tiene el poder? Siempre ha existido un equilibrio de poderes entre la Economía y la Política, que ha quedado desfigurado en perjuicio de la política. La evolución entre ambas disciplinas no ha sido lineal; mientras que el crecimiento del poder económico ha sido claramente exponencial, la política se ha quedado limitada a sus ámbitos tradicionales de representación.

Inicialmente fueron las multinacionales quienes ponían en jaque las decisiones de los poderes políticos representativos decidiendo dónde instalaban sus empresas y cuántos puestos de trabajo y riqueza local creaban. Desde el ayuntamiento hasta el Estado han debido doblegarse a las condiciones exigidas por la multinacional para instalar, y posteriormente mantener, su empresa en el municipio escogido; de hecho, dismantelar una fábrica de estas características supondría un grave perjuicio laboral en el municipio donde está instalada. Incluso estas circunstancias han supuesto tratos de favor y excepciones en

detrimento del planeamiento urbanístico, de los controles y del respeto por el medio.

Pero, con la globalización se ha producido un salto espectacular. Son dos causas las que han hecho aumentar el poder de estas empresas de forma exponencial: uno, la capacidad de sumar poderes entre empresas a través de fusiones o compras; dos, la capacidad de deslocalizar el trabajo, que ha permitido llevar las fábricas donde la mano de obra es más barata, sin desplazar para ello la inteligencia o la dirección.

La primera de las causas fue uno de los errores políticos a nivel europeo más graves: permitir la eliminación de la competencia. Paradójicamente, unas de las bazas del mercado consiste en la liberalización de las decisiones económicas permitiendo así mayor competencia y mayor oferta al consumidor; en cambio, en los últimos años, hemos visto cómo se ha permitido la fusión o compra de grandes multinacionales, creando monstruos empresariales imposibles de controlar. Cuando analizamos los productos que compramos en el mercado, la apariencia nos muestra una variedad ilimitada al consumidor, pero la realidad es que el origen del producto cada vez es más reducido. No existe tal competencia libre. Las grandes empresas cada vez son menos y más poderosas, controlando así el mercado, el valor de los productos, las ofertas, el marketing, la necesidad de consumo, y lo que es más grave, las condiciones de trabajo.

Pasear hoy en día por las calles comerciales de cualquier ciudad de Europa, desde la más cosmopolita hasta la más pequeña, es un paisaje repetitivo donde podemos encontrar los mismos escaparates, los mismos productos. La libertad del consumidor no está en la variedad de la oferta, sino en la facilidad de adquirir el producto.

La segunda causa de esta macroglobalización económica consiste en las exigencias de las empresas que buscan abaratar sus productos abaratando la mano de obra y las condiciones de implantación.

Mientras que la globalización sí ha beneficiado a la Economía, a la tecnología, a la transmisión de información y conocimiento, en la política no ha ido parejo este “boom” global que funciona con sus mecanismos tradicionales de representación del Estado. La política sigue siendo fundamentalmente nacional para combatir al poder de la multinacional, pero cada vez también más debilitada: tanto por las exigencias nacionales del resto de países del entorno, que obliga a mantener equilibrios como por el poder transferido en las sucesivas descentralizaciones.

Siendo así, ¿quién puede enfrentarse en un pulso de “tú a tú” con el poder económico globalizado?

En la actual crisis económica que vivimos podemos observar con claridad la dificultad del poder político del Estado para tomar decisiones de forma

autónoma que aminoren las consecuencias de esta crisis. El ritmo de decisiones políticas no las toma el Gobierno, sino que las marcan desde fuera con las presiones económicas del mercado y de los inversores.

El peligro mayor que puede sufrir la democracia es su “secuestro” por poderes invisibles fuera del ámbito democrático. Los ciudadanos responsables ven con preocupación que, pese a su decisión democrática, los gobiernos se encuentran, en la mayoría de las circunstancias difíciles, atados de pies y manos para llevar adelante su programa, sus compromisos y su ideario ideológico, porque la presión externa no democrática acalla a las instituciones políticas.

Éste es uno de los desajustes de la democracia: el voto ciudadano tiene un ámbito al que se le escapa el poder real de la toma de decisión, mientras que los poderes visibles políticos desdibujan sus posibilidades y capacidades de gestión.

Esto es lo que está ocurriendo actualmente en Europa a raíz de la crisis económica del año 2008. Vemos a los poderes políticos, a las autoridades democráticas más importantes representadas por los presidentes de gobiernos, sumidos en un desconcierto generalizado, sometidos a las presiones económicas, actuando a dictado de la voracidad del mercado incluso en contra de sus propios intereses e imagen electoral, como títeres llevados por, como dicen todos los analistas, “las exigencias del mercado”. No sabemos bien ponerle nombre y apellido al mercado, que se ha convertido en un ente todopoderoso con voz y cuerpo propio, pero vemos que va marcando el rumbo de las medidas políticas

que se toman, que afectan a toda la población y que resultan inmensamente impopulares.

El ejemplo más visible lo hemos visto en el gobierno socialista español de Rodríguez Zapatero. Actuando en contra de su programa electoral, actuando en contra de los principios de su propio partido y de lo que él mismo piensa, toma decisiones en beneficio del país, para combatir la crisis económica, sabiendo el alto grado de impopularidad que tienen, los recortes gravísimos que supone para el Estado de Bienestar, y que está jugándose el triunfo electoral en las urnas. El sacrificio que el mercado le exige es tan alto que pone en riesgo conscientemente el triunfo político de su partido.

¿Quién nos está gobernando entonces?

Es cierto que no es lo mismo la salida de la crisis por un gobierno socialista que por uno conservador pero las diferencias son mínimas en un estado de alerta como el que vivimos. España aplica las mismas medidas que el conjunto de Europa. Lo incisivo de los recortes, la privatización en mayor medida de los servicios públicos, el desmantelamiento del Estado, ya depende del concepto ideológico del gobierno en turno. Véase la gravedad aplicada en Gran Bretaña por Cameron que no actúa con bisturí sino con cirugía sin anestesia.

Como dice José Miguel Insulza, “nuestra democracia no es solamente la elección del gobierno, ni siquiera es el respeto a unos derechos básicos: es la posibilidad de una interacción permanente entre la Sociedad y el Estado”.

Efectivamente, la crisis económica ha puesto en jaque la fortaleza política y así hemos descubierto que también nuestras democracias están en crisis. Como señala Leonardo Morlino¹⁶, la **crisis de la democracia** es el conjunto de fenómenos de los mecanismos típicos del régimen democrático. Hay crisis democrática cuando surgen límites y condicionamientos a la expresión de los derechos políticos y civiles o cuando hay limitación de la competición política y de la posible participación porque se ha quebrado el compromiso democrático que está en su base. Pero también existen **crisis en la democracia**. Cuando las crisis se dan dentro del sistema, se debe a: en primer lugar, parálisis del funcionamiento o mal funcionamiento de algunas estructuras, mecanismos o procesos cruciales del régimen así como de las relaciones legislativo/ejecutivo o de otras estructuras propias de cada tipo de régimen, burocracia o magistratura; en segundo lugar, distanciamiento o mal funcionamiento de las relaciones entre la sociedad y los partidos o entre grupos, partidos y estructuras del régimen democrático, que se manifiestan en forma de demandas expresadas por la sociedad civil y que no se traducen o no pueden traducirse en decisiones tomadas por el régimen.

¹⁶ Morlino, Leonardo. “Democracia y democratizaciones”. Centro investigaciones sociológicas. CIS 2009.

La segunda crisis es menos grave y recuperable. Pero puede desembocar en la primera. Y ésta puede terminar en el fracaso o caída del régimen democrático.

Siguiendo con el análisis de Morlino, encontramos varias transiciones:

- 1) De la democracia al autoritarismo
- 2) De regímenes no democráticos a regímenes democráticos
- 3) De un tipo de democracia a otro
- 4) De una democracia de baja calidad a una de mayor calidad (casi inédita)
- 5) De democracia nacional a supranacional (total inédita)

Nuestro riesgo en estos momentos es pasar de la democracia al autoritarismo o a gobiernos populistas, cuando nuestra necesidad política demanda pasar de una democracia de baja calidad a una de mayor calidad para dar un salto a la transición inédita que contempla Morlino: una democracia supranacional.

Consideramos que una democracia de calidad es una “buena democracia” cuando “el ordenamiento institucional, mediante instituciones y mecanismos que funcionan correctamente, consigue la libertad y la igualdad de los ciudadanos”.

Esto tiene al menos cinco dimensiones: las dos primeras, que son procedimentales (reglas y contenido): el respeto a la ley y la responsabilidad o rendición de cuentas. Una tercera dimensión: el resultado o reciprocidad, o sea, la capacidad de respuesta que encuentra la satisfacción de los ciudadanos y de la sociedad. Y las otras son sustantivas: el pleno respeto de los derechos que se

pueden ampliar en la consecución de diversas libertades y la progresiva ampliación de una mayor igualdad política, social y económica.

Para Celso Almuíña, “probablemente el mejor baremo para medir la calidad de una democracia sea el grado de libertad (real) o, por contra, de mediatización (de sometimiento) de los medios de comunicación social. ¿Cómo conseguir que la información veraz y enriquecedora esté al servicio de los ciudadanos y no de algún lobby o grupo?”. Efectivamente, en esta batalla entre poderes (democráticos o no), la información como servicio social juega un papel fundamental y decisivo, pues se ve atenazada y amordazada en innumerables ocasiones por intereses mercantiles (inconfesables o no). En la misma línea, Diego Carcedo señala: “sin democracia no hay libertad de expresión, y sin libertad de expresión es imposible el buen funcionamiento de la democracia. Democracia y libertad de expresión son inseparables. La independencia es el gran problema que enfrenta actualmente la comunicación en los países democráticos”.

Ahora bien, puede ocurrir una nueva transición: de una democracia representativa a una democracia formalista. Es decir, podemos encontrarnos con democracias nacionales, que respeten su formalismo electoral y que garanticen la participación y libertad de sus ciudadanos, pero que no tenga poder real democrático. Una vez los ciudadanos han ejercido libre y participativamente su voto, han elegido su gobierno democrático, y mantiene todos sus reglamentos y

leyes que avalan el proceso y el resultado, ¿tiene ese gobierno democrático algún margen de maniobra y actuación para tomar decisiones o estará sometido a los mandatos externos, bien económicos o políticos, que se toman por poderes no democráticos o no reconocidos en su legitimidad por la ciudadanía?

Lo que está en juego en esta crisis global de nuestras estructuras políticas no es la verdadera esencia del voto individual democrático, no es la suma de los votos democráticos, sino el “concepto del poder democrático”. ¿Tenemos poder democrático suficiente para imponer acciones y decisiones?

Peligrosamente estamos bordeando una transición nueva: una legitimidad democrática nacional inservible por no disponer de espacio de actuación.

¿Estamos asistiendo a lo que pesimistamente anuncia Ulrich Beck? “Lo que tenemos por delante no es el final de la política, sino el final del final de la política”.

No lo creo. Estamos en un momento de grave crisis política, producida fundamentalmente por los dos elementos que hemos comentado, la falta de conexión entre ciudadanos y clase política y la ausencia de respuestas ante los problemas económicos, pero existe una demanda social de liderazgo, de que alguien alumbre el camino, de ideas nuevas que devuelvan la confianza y no de remiendos o parches que sólo visualizan la debilidad del político actual. Lo que la política necesita es ampliar su base social e internacionalizar su espacio de

actuación, algo que le resulta imposible en estos momentos por su cortedad de miras electorales: juega con unas reglas y en un campo que no sirve para ofrecer auténticas respuestas. Pero lo que los políticos no saben qué hacer, los ciudadanos están descubriéndolo, más por intuición y necesidad, que por razones y procedimientos. Eso es lo que ha ocurrido con las revueltas que recorren el mundo, que se iniciaron hace unos años en Francia, posteriormente en Gran Bretaña, luego en Portugal, la indignación más aguda de Grecia, el 15-M de España, hasta llegar a la manifestación mundial del 15 de octubre seguida por casi mil ciudades y millones de ciudadanos indignados protestando todos por una causa común: ¡Democracia Real ya!

¿Qué significa? ¿Volvemos al punto de partida de la Democracia ateniense?

Sinceramente pienso que el debate entre democracia representativa y participativa resulta estéril. Existen argumentos a favor y en contra de ambas de ellas, pero hay una realidad que sólo hace viable procedimentalmente a la democracia representativa. De ella, podemos destacar dos ventajas fundamentales, que no hemos de menospreciar: la protección a las minorías y el equilibrio entre la participación y la gobernabilidad, dos cualidades que si se aplican, producirá un gobierno representativo justo y equitativo.

Ahora bien, cuando el gobierno representativo no funciona, cuando pierde su función realmente representativa, se pierde también al mismo tiempo los valores que defienden los defensores de la democracia participativa: la vinculación con

las cuestiones públicas y expresar de una manera más pura los intereses individuales. Es decir, un gobierno representativo que funcione bien debe tener como orientación de su acción la brújula de las motivaciones de la Democracia Participativa; la utilización de los medios de consulta, la vinculación del electorado a las decisiones, la pedagogía política, la explicación de las razones, el compromiso con lo prometido, son correctivos a las deficiencias de funcionamiento de las instituciones representativas.

Decía Norberto Bobbio ¹⁷ que profundizar en democracia quiere decir “decidir más gente sobre más cosas”. Hemos avanzado pasos agigantados en el primer concepto: somos más los que decidimos democráticamente. Desde la primera democracia griega hasta la conquista de los derechos humanos, pasando por la abolición de la esclavitud o el voto igual de la mujer, hemos conquistado espacios irrenunciables que no podemos poner en riesgo debilitando a la política y desconfiando de la Democracia. El paso ahora consiste en que podamos conjuntamente decidir sobre más cosas: que podamos profundizar de verdad en la Democracia. Hemos crecido en extensión, debemos crecer ahora en calidad. Y para ello hemos de reforzar una Democracia Representativa con los mecanismos que validan la participación.

La ciudadanía democrática se inició como una forma de integración social voluntaria, otorgada como un derecho, pero cada vez más es menos voluntaria y

¹⁷ Bobbio, Norberto. “Derecha e izquierda”. Taurus. 1995.

se convierte en condición indispensable si queremos conseguir sociedades donde la diversidad sea posible, se garantice la convivencia y las decisiones estén tomadas por poderes políticos democráticos. Ya no es una cuestión de derechos, sino de obligación. ¡De responsabilidad!

Y estamos ante una nueva demanda de profundización de la Democracia. Ya no basta con votar a representantes, sino que los representantes deben “representarnos”, eso significa ser audaces, valientes, comprometidos y saber en todo momento con quiénes se ubican. El político no es un mediador de intereses democráticos frente a no democráticos, porque no hay conflicto entre poderes de origen desigual; el conflicto sólo se produce entre intereses y necesidades democráticas, porque no se puede negociar entre lo inmoral y lo moral, lo injusto y lo justo, la esclavitud y la libertad, la falta de derechos y los Derechos Humanos. Ésta es la protesta actual: la exigencia al político de que no negocie lo innegociable porque la Democracia no está en venta.

La profesionalización del político, como una persona sabedora y preparada para ejercer tal actividad, ha desvirtuado llegando al extremo de que el político actúa, habla y decide como si estuviera en posesión de la verdad, como si sólo él conociera las razones verdaderas que los demás ignoramos, como si fuera el único capacitado para saber qué es lo que más interesa aún yendo en contra de los intereses de sus representados. Como dice Bertrand Russell ¹⁸, “entre los

¹⁸ Rusell, Bertrand. “El poder (un nuevo análisis social)”. Editorial RBA. 2010.

deseos infinitos del hombre, los principales son los deseos de poder y de gloria. La democracia puede haberse hecho más fácil gracias a los progresos de la técnica, pero se ha hecho también más importante. El hombre que tiene a su disposición un vasto poder mecánico es probable que, si no se le fiscaliza, llegue a sentirse como un dios”.

Lo que nos conduce a la eterna polémica que enfrenta al político y al técnico o experto; ambos se necesitan pero han de delimitar sus poderes. Los economistas no pueden gobernar el mundo ni los tecnócratas representar al poder político democrático sin pasar por las urnas, pero tampoco los políticos deben decidir sobre cuestiones científicas o técnicas con criterios ideológicos.

Y así ocurre. El político se comporta como si supiera lo que es bueno o no para el conjunto de sus conciudadanos; reunido en parlamentos, en debates a veces incomprensibles y en discusiones estériles que no encuentran un punto de consenso o acuerdo, parecen hablar para oírse a ellos mismos.

El primer paso a superar es la brecha enorme (que no irreconciliable) entre políticos y representados, quizás sí sea una brecha irreconciliable con los actuales políticos y sus actuales formas de gobernar, pero ha de configurarse una nueva relación de confianza y nuevos procedimientos, porque lo que está realmente en juego es la validez de la Democracia en sí misma para resolver los problemas globales y el papel de la Ciudadanía.

Hoy más que nunca tenemos encima de la mesa el dilema que planteó Kant: la formación de una ciudadanía cosmopolita construida por la unión de naciones o por un Estado democrático mundial.

Éste es nuestro dilema moral y político.

EL DILEMA ECONÓMICO:

¿Hay felicidad en una crisis económica?

La mundialización ha entrado en una fase muy crítica.

El rechazo se siente cada vez más.

Se puede temer que tenga un impacto muy nefasto sobre la actividad económica y la estabilidad política de numerosos países”.

Profesor Klaus Schwab,

Fundador del Foro de Davos,

Reunión del Foro Económico Mundial, 1996.

“¿Cómo surgió en Economía esta idea de la inutilidad de la ética?”, esta pregunta la planteó Amartya Sen, Premio Nobel de Economía en 1998, en sus reflexiones sobre el sentido ético de la Economía. El profesor Sen recuerda que todos los estudiosos de la Economía, desde los griegos pasando por los eruditos medievales hasta los economistas de la edad moderna, tuvieron una gran consideración por el análisis ético. Pero, poco a poco, la Economía ha ido alejándose de los criterios éticos y adquiriendo una independencia que la ha aislado de decisiones políticas y/o morales.

La Economía simula ser una ciencia empírica, sin ninguna relación con las ciencias humanistas o sociales. Es más, ha adquirido un carácter dogmático imprimiendo cuestiones de fe a sus formulados. A ver quién se atreve actualmente a rebatir los postulados económicos o las recetas para salir de la crisis. Se ha establecido una división entre quienes, ingenuamente, debaten acerca del carácter ético y/o justo de determinadas decisiones y quienes, condescendentemente, actúan con plena sabiduría económica; los primeros son ignorantes y los segundos disponen de una verdad absoluta.

Resulta curiosa esta percepción de “infalibilidad” de la economía, más cuando nadie pudo prevenir las consecuencias desastrosas de la actual crisis financiera y económica que se cernía en Europa. Pero, ¿de verdad no se sabía el resultado nefasto que podría acarrear las decisiones económicas que se estaban tomando?

En la entrada del capítulo, he señalado una cita de Klaus Schwab realizada en 1996 advirtiendo de la crisis futura de la mundialización. Pero no era la única advertencia que se realizaba. Por citar a algunos autores que nos resultan próximos y de sobra conocidos; Joaquín Estefanía, en el libro *la nueva economía* (1998), se refiere a “la mundialización mutilada” producida por la nueva globalización como principal característica del postcapitalismo, que ha traído mayores cotas de bienestar en muchos lugares aunque deja al margen a amplias zonas del planeta como el continente africano, agravando con ello las diferencias, y deja “también una obligada cesión del poder de los ciudadanos, sin debate previo, sobre sus economías y sus capacidades de decisión, en beneficio de unas fuerzas indefinidas que atienden al genérico de mercados”¹⁹.

En el mismo sentido, Ignacio Ramonet y Noam Chomski señalan el profundo cambio que la globalización produce en el mundo de las finanzas, que “reúne las cuatro cualidades que hacen de él un modelo perfectamente adaptado al nuevo orden tecnológico: es inmaterial, inmediato, permanente y planetario ... Se intercambian instantáneamente, día y noche, datos de un extremo a otro de la tierra. Las principales Bolsas están vinculadas entre sí y funcionan en bucle. Sin interrupción”²⁰.

¹⁹ Estefanía, Joaquín. “La nueva economía global”. Debate. 1996

²⁰ Chomski, Noam y Ramonet, Ignacio. “Cómo nos venden la moto”. Icaria. 1995.

O Alain Touraine, en sus muchas reflexiones, señala en un artículo en El País “el retorno de lo político” (31 julio de 1995), “Los golden boys de Wall Street y de la City se convirtieron en los reyes de un mundo financiero abstracto, mientras disminuía el interés por la producción industrial, y los gobiernos, en vez de ser los agentes del orden y de la integración nacional o de la justicia social, se reducían a ser los defensores de la moneda nacional en una economía internacional desenfrenada”.

El propio informe correspondiente a 1996 sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) es contundente cuando denuncia que las diferencias han crecido de forma alarmante en la última década entre los países más ricos y más pobres; el PIB mundial ha pasado de 512 billones de pesetas en 1963 a alrededor de 3000 millones en 1993, multiplicándose la renta media por habitante por tres en todo el planeta, pero en cambio el reparto ha acrecentado las desigualdades, empobreciéndose más de mil millones de personas en el periodo comprendido entre 1980 y 1993.

Podríamos seguir realizando citas de libros, informes, documentos o reflexiones advirtiendo de la grave situación que la nueva estructura de la globalización económica sin reglas ni controles políticos estaba generando. Las advertencias estaban encima de la mesa, pero la ceguera también. Se puede haber sido necio por ignorancia, egoísmo o comodidad, pero, independientemente del motivo, el resultado conlleva una responsabilidad tremenda.

Durante las últimas décadas se han estructurado ciertos dogmas del liberalismo económico que se han aceptado unánimemente, tanto por la derecha como por la izquierda política, sin cuestionar su fiabilidad. Por ejemplo, que la economía es una ciencia empírica incuestionable, cuyo resultado es de una certeza absoluta; por ejemplo, $2+2=4$, obviando el reparto del producto, no es lo mismo $2+2$, que $3+1$ ó $4+0$, cuyos resultados dan lo mismo, pero cuya “distribución” es claramente diferente, tal y como advierte el informe de PNUD mencionado anteriormente. La distribución es un factor de decisión política, y no una decisión económica; segundo dogma que se nos ha hecho creer: que la política no tiene competencias sobre la economía, así se ha ido “jibarizando” el papel de la política creando un dios económico sin límites. El tercer dogma está basado en las decisiones morales que los agentes económicos toman al respecto, o más bien, en la amoralidad de las decisiones. Se ha establecido el criterio que toda acción económica está al mismo nivel, da igual que sea especulativa que productiva, sin medir las consecuencias de sus acciones y que el objetivo también es el mismo, enriquecerse. Así, se ha justificado que la única razón de un empresario es enriquecerse sin límite, a costa de lo que sea y como sea, sin considerar el beneficio social del papel de la empresa ni su responsabilidad corporativa ni su ética en las decisiones y acciones. Cualquier consecuencia, como despidos o fragilidad laboral, está asumida con normalidad porque pertenece a la razón económica de maximizar el interés privado por encima de cualquier otra decisión, llegando así a confundirse el papel de la productividad

con la propia especulación. Todo es maximización del interés privado sin ninguna otra lógica y la sociedad civil ha acabado, de forma resignada, encogiéndose los hombros aceptando que la situación es así sin posibilidad de modificarse. Como un dogma.

No es cierto. Las decisiones económicas, como toda actuación humana, no están exentas de valor; su moralidad reside tanto en el fondo de la toma de decisión como en las consecuencias. Suscribiendo las palabras de Javier Muguerza, uno de los marcos en los que debería inscribirse cualquier dimensión de la racionalidad práctica (económica, política, social, ...) es necesariamente en la racionalidad ética. Cualquier conducta o cualquier acción que pueda plantearse un individuo, ya sea agente económico o político, en aras de una maximización de los beneficios individuales o colectivos, será una opción moral. Pero, ¿dónde se perdió la conexión entre ética y economía, como decía Sen?

En mi opinión, cuando se aceptó y se generalizó el discurso de la Elección Racional y el Individualismo Metodológico como método de explicación racional del comportamiento humano, y, especialmente, cuando fue la propia izquierda quien lo asumió como inevitable incorporándolo en la base de sus discursos. En la década de los 80, se impone el método de la Elección Racional hasta llegar al extremo que se revisan pensamientos como el de Karl Marx bajo la metodología de la Elección Racional, equiparándola al carácter “analítico” o “científico”, de tal forma que se normativiza el comportamiento humano sólo y

exclusivamente por esos parámetros. Recordemos figuras como Jon Elster, para quien todas las instituciones, pautas de comportamiento y procesos sociales se pueden explicar en función de las acciones, creencias y deseos de los individuos.

Nos hemos visto atrapados por un discurso que ha reducido y simplificado toda acción humana. No ha habido sentimientos, ni deseos, ni emotividad, ni capacidad de acciones sociales o colectivas que no sean explicadas bajo el imperio analítico de un individualismo metodológico, que ha servido, en mi opinión, para atomizar a las personas, desgajar los componentes y motivaciones sociales, reprimir sentimientos y emociones humanas difícilmente clasificables en un prisma exclusivamente economicista, llevando al extremo dos lógicas de la Elección Racional: uno, que los agentes económicos se rigen por acciones racionales y, dos, que lo racional es maximizar el propio interés. Aquéllos que discutíamos el carácter analítico y económico de tal Racionalidad pecábamos de ingenuidad y se nos miraba con cierta condescendencia. Pero, ¿podríamos responder hoy que el sistema financiero y especulativo, causante de nuestra actual crisis y que ha actuado exclusivamente buscando su propio beneficio e interés, se ha comportado de forma racional? ¿Es ése el concepto de “Racional” que tenemos los seres humanos? ¿Es eso lo único que hemos aprendido después de siglos de pensamiento y convivencia social?

Hemos vivido tal avaricia de individualismo que nos hemos olvidado que vivimos en sociedad y que, incluso nuestras propias decisiones egoístas e

interesadas en busca de nuestro único interés, pueden resultarnos dañinas si con ello destrozamos el hábitat en el que vivimos.

Nuestra época dorada, los años en los que podíamos ser ricos de forma ilimitada y con ello felices (sin pensar ni siquiera en las consecuencias para nuestro planeta o para generaciones futuras), ha coincidido también (como no podía ser de otra manera) con el solapamiento del homo rationalis y el homo economicus, relacionándose tan estrechamente que nos ha impuesto una racionalidad restringida, demasiado estrecha como dice Nicholas Rescher, en el prefacio de su libro *La racionalidad. Una indagación sobre la naturaleza y la justificación de la razón*, “cuando uno se concentra en las preocupaciones de una disciplina particular, es fácil olvidar que la racionalidad es completa y multifacética ... Así, para el lógico, el principio y el fin de la racionalidad es evitar la inconsistencia. Para el economista, es la eficiencia en la consecución de los objetos elegidos. Y, para quien trabaja en teoría de la decisión, es el cálculo correcto de los costes y beneficios ... Sin embargo, la racionalidad es algo inclusivo y de largo alcance y no meramente un bien particular y delimitado que puede alcanzarse con los estrechos medios técnicos que se presentan dentro del terreno reducido de una disciplina particular”²¹. Y, en este punto, quiero sumarme a la romántica apreciación de Javier Muguerza, “el encanto que todavía conservan hoy los viejos psicólogos humanistas acaso no resida tanto en

²¹ Rescher, Nicholas. “La Racionalidad. Una indagación filosófica sobre la naturaleza la justificación de la razón”. Tecnos. 1993.

su insistencia en recordarnos que el hombre es algo más que una computadora cuanto en su insistencia en recordarnos que no se deja reducir al hombre económico”²².

Bajo este paradigma poderoso e indiscutible de la Elección Racional, hemos conseguido, en primer lugar, reducir toda acción racional a una acción económica; en segundo lugar, primar al individuo y su propio interés por encima de sus otras facetas humanas incluida la socialización y la convivencia colectiva; en tercer lugar, individualizar al individuo sin más diálogo con su exterior que el ofrecido por mass-medios como la televisión o la publicidad, que han conseguido uniformizar al individuo, crearle sus necesidades y convencerle de su egoísmo como única razón de existencia y felicidad; en cuarto lugar, el aislamiento de la propia sociedad que ya no reconoce principios universales como válidos en una negociación; en quinto lugar, la primacía absoluta e indiscutible de la Economía como ciencia infalible sin cuestionamiento ni político ni moral.

¿Qué racionalidad estratégica se ponía en marcha bajo este paradigma? Como bien definía Apel, “un consenso entre estrategias”, que resulta tremendamente pobre pero, al fin y al cabo, es un consenso. Salvo que el problema es que ha llegado un momento donde el desequilibrio de fuerzas de los estrategas es tal que ya no hace falta el consenso. ¿Con quién tiene que consensuar el capital

²² Muguera, Javier. “La razón sin esperanza”. Taurus.

especulativo? ¿Para qué molestarse quienes ven aumentar sus beneficios a costa del hambre de los países africanos? Si el crecimiento económico resulta aún imparable, y sus consecuencias son la división cada vez más extremada de la globalización económica debido a un injusto e ineficaz reparto, ¿qué beneficio obtiene la parte que maximiza e incrementa sus ganancias pactando o consensuando con los pobres que mueren de hambre. Al fin y al cabo, en “la jungla global” siempre habrá pobres.

Para que la globalización económica funcionara de la manera que lo ha hecho había que crear las condiciones no sólo económicas adecuadas, sino que era necesario restar poder a la política, quien ciegamente por comodidad dejó caer los brazos llegando a un suicidio de sus instrumentos de representación, y crear el imaginario colectivo que lo aceptara, asumiendo la inevitabilidad de esta situación para revestir las decisiones individuales vorazmente egoístas e injustas, porque no todas las compulsiones del capitalismo se pueden analizar bajo “preferencias y motivaciones” de los individuos, por ejemplo, el impulso a acumular capital no puede reducirse a propiedades individuales independientes de las estructuras sociales, sino que hubo que crear las estructuras sociales que permitieran tal locura. Como bien advertía Juan Torres²³, “los cambios en el orden monetario que han caracterizado a la economía mundial en los últimos treinta años no sólo están vinculados a modificaciones en la estructura

²³ Torres, Juan. “Toma el dinero y corre”. Icaria. 2005.

productiva o en la naturaleza de las relaciones y actividades financieras. Su aspecto más relevante es que han implicado un nuevo tipo de poder, una forma diferente de gobernar las relaciones económicas, la aparición de nuevos sujetos decisorios y de nuevos valores vinculados a él. Y, además, consecuencias no sólo económico-financieras sino puramente políticas, en tanto que cualquiera de las dimensiones del poder, como es la monetaria, condiciona la manera en que se plantean y resuelven todos y cada uno de los problemas sociales, que es lo que de forma más elemental se entiende por política”.

El cambio de valores era una parte necesaria más de toda la concepción económica, mientras que la política se movía lentamente en estas transformaciones de globalización económica porque no necesitaba pronunciarse, produciéndose al final la imposición de la lógica de que el mercado gobierna y el gobierno gestiona, en un equilibrio alterado de sus protagonistas.

Esa cortedad de miras de la política se produjo también en la construcción de la Unión Europea, primando en sus cimientos el debate económico sobre el político o social, lo que le obligó a callar ante los dos hechos económicos característicos de la globalización que han desmantelado el espíritu keynesiano del Estado de Bienestar y la construcción europea: la primacía de la economía especulativa sobre la productiva y la falta de distribución del crecimiento económico globalizado.

La ceguera europea (o el egoísmo de los Estado-nación) se inició asumiendo ciertas premisas como intocables: la sociedad será siempre capitalista y liberal, pues es la única forma de progreso, ya que el capitalismo es consustancial a la democracia, por lo que hemos llegado al fin de la historia, ¡ya no hay ideologías!, la obligación de todos los políticos (independientemente de su color) es gestionar un mercado intocable y todopoderoso, cuya sabiduría proviene de una ciencia económica objetiva e indiscutible, cuyas bajezas o perversiones son producto consustancial de la naturaleza humana como ocurre con la corrupción o la avaricia.

Esa ceguera se mantuvo durante los años en que Europa era una “isla” de riqueza y prosperidad inagotables, sin prever el crecimiento exponencial del gigante chino, que no ha necesitado (todavía) a la democracia como método de organización sociopolítica para conseguir un desarrollo económico imparable, o sin prever la angustia y el sufrimiento de los países árabes y norteafricanos que ha estallado en ruptura y revoluciones, sin que los embajadores y diplomáticos advirtieran de lo que se venía encima. Europa seguía sentando a su mesa a dictadores impresentables como Gadafi o Mubarak, convencidos de que eran aliados que evitaban con su mano dura la llegada de millones de inmigrantes a una Europa rica pero agarrotada.

De forma lógica, la economía globalizada se sirvió de uno de los nuevos instrumentos que ha modificado las relaciones sociales: la revolución de las

comunicaciones y de la informática. Un fenómeno que sirve también como plataforma de difusión y altavoz en estos momentos de crisis, así como de interconexión entre una nueva y joven ciudadanía que crece desencantada de la política rígida y encorsetada, escéptica ante el futuro y con el teclado entre sus dedos como prolongación de una nueva forma de cultura social.

Una vez más, la política se ha quedado “antigua”, obsoleta, sin saber introducir las nuevas herramientas de comunicación para abrir la participación y la reflexión, como medios de difundir conocimiento, de rendir cuentas, de publicar datos, e incluso de provocar nuevos espacios democráticos, en cambio vemos tímidos intentos de los políticos jugando con facebook o twitter, simulando hacer política con mensajes cortos, divertidos, directos, pero siempre bajo la misma lógica organizativa de transmitir slogans y no de participación y debate. Si la política falla, se debilita la democracia y conlleva la debilidad de la representación ciudadana, que se agudiza en una situación de crisis como dice Alain Touraine, “en la actualidad el peligro de que los dominados no puedan constituir nuevos movimientos sociales es agudo, puesto que se caracterizan por verse excluidos, por la carencia de empleo o de papeles”

Conocemos el diagnóstico, sabemos y compartimos la necesidad de que se regule esta situación de globalización desenfrenada sin reglas ni valores, pero fallan los dos instrumentos básicos: por un lado, la acción política que ve empequeñecido, hasta llegar al ridículo, el poder de sus Estados-nación, y, por

otra parte, la sociedad civil agonizante, desvinculada de la reflexión y el análisis, silenciada durante tiempo y desarticulada en su organización.

¿Es posible hablar de libertad y justicia en la era de la globalización?

Volviendo a la pregunta inicial de Amartya Sen con la que se inició este capítulo, ¿es ética o puede serlo la era de la globalización?

La pregunta se responde con otro interrogante: ¿son situaciones económicas inevitables las que fuerzan a un camino único o son decisiones políticas que responden a relaciones de poder? Es decir, inevitabilidad económica con subordinación de la política frente al carácter político del fenómeno económico. Lo que en apariencia observamos es que la política ha dejado caer los brazos, perdiendo su batalla frente a la imposición de los mercados, en cambio, para Jesús Conill o Vicenç Navarro, “no hay razón alguna para aceptar el determinismo económico (financiero) porque los mercados financieros no son tan omnipotentes ni autónomos como pueda parecer, sino que están mediatizados por instituciones y decisiones políticas”²⁴. Quizás sea cierto, pero desde que se inició la crisis en 2008 los ciudadanos nos levantamos todos los días escuchando que es imprescindible realizar tal o cual recorte como medida

²⁴ Debats, “Nuevas formas de Democracia Económica”, Institutió alfons el Magnànim. 2002

inevitable, que no hay otra posibilidad, que no hay plan B, que se acerca el fin del mundo; en cambio, a cada medida de ajuste siempre se puede ajustar más y nunca parece ser suficiente, por lo que va tomando cuerpo la protesta de quienes (también desde la economía) advierten que hay otra alternativa, que sí es posible reconducir la crisis con otras medidas económicas, que hay otras salidas, como bien ha venido defendiendo, entre otros muchos, Juan Torres²⁵.

Durante estos años de crisis, desde el 2008, las cosas no han hecho más que empeorar. El cenit se produjo en agosto de 2011, un mes agitado y lleno de sobresaltos. Agosto comenzó con la advertencia de que el mundo se asomaba a otra recesión debido a la incapacidad de los gobiernos europeos y de EEUU; se acababan de producir elecciones en Portugal debido a la dimisión del gobierno de Sócrates; las protestas ciudadanas llenaban las calles de Grecia, cuyas manifestaciones siguieron produciéndose durante meses posteriores (incluso después de la caída de Papandreu; Italia comenzó un durísimo plan de recortes que no culminó hasta la amenaza del rescate del país y la dimisión de Silvio Berlusconi en noviembre, con la formación de un gobierno de tecnócratas; vimos arder literalmente a Londres, la ciudad cosmopolita y elegante, incapaz de perder la compostura, envuelta en unas revueltas salvajes con noches violentas, saqueos y actos vandálicos, que nos recordaron los incidentes que Francia vivió hacía unos años. Unos fenómenos que se cuecen a fuego lento: ciudadanos de

²⁵ “Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España”. Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón. Editorial ATTAC. 2011.

segunda, recortes de Estado de Bienestar, paro y pobreza, exclusión y marginación, y un estallido donde al final toman la voz cantante los violentos. En EEUU, Obama sufre las embestidas del ultraconservador Tea Party, y la crisis económica puso también entre las cuerdas a la economía norteamericana, situándola al borde de la quiebra y del infarto de las bolsas. A finales de agosto, Francia desató la alarma de los inversores ante los rumores de una rebaja de la calificación de su deuda, viéndose Sarkozy obligado a reunir de urgencia a su gobierno para acelerar las medidas de ajuste y recorta el déficit.

Con todo lo ocurrido, el 18 de agosto del 2011, en una comida, encuentro o reunión, París y Berlín, o sea, Merkel y Sarkozy acuerdan retirar las ayudas a los países con déficit alto. Y, diez días después, España modificó el artículo 135 de su “sagrada” Constitución para salvar los muebles y dar confianza al mercado; lo que las demandas ciudadanas o la realidad social no habían conseguido antes, la demanda voraz de los mercados lo obtuvo en tan sólo veinticuatro horas poniendo de acuerdo (por primera y única vez) a los dos partidos mayoritarios. La fijación del déficit es una decisión aparentemente irremediable y necesaria que conlleva un grave sacrificio democrático.

Pero, todo el vértigo vivido el mes de agosto, ¿sirvió para algo? Iniciado el mes de septiembre, volvió a sonar la atronadora y amenazante voz del FMI advirtiendo del riesgo de una nueva recesión inminente; se impulsó un nuevo plan de drásticas medidas contra Grecia; Italia se situó en el punto de mira; se

inició las conversaciones de una Europa a dos velocidades. Cada vez nos quedan menos sacrificios que ofrecer, una ciudadanía más angustiada, unas administraciones más debilitadas y unos gobiernos menos creíbles.

Lo paradójico es que se pretende salir de la crisis con los mismos planteamientos, instrumentos y personajes con los que entramos en ella. La oleada del pensamiento conservador que construyó los orígenes de esta crisis sigue capitaneando la nave en busca de soluciones desde el mismo prisma, e incluso con los mismos protagonistas, véase el caso del nuevo Presidente del Banco Europeo Mario Draghi, pero además con la desfachatez de que la Democracia se ha convertido en un obstáculo para salir de la crisis.

Los gobiernos nacionales europeos están tomando decisiones contra su propia soberanía nacional en aras del bien del país y por exigencias del mercado (como ha ocurrido por ejemplo en España con la modificación de la Constitución Española en cinco días). En el mismo día se produjeron dos decisiones que deberían haber sido democráticas, pero que la situación crítica de Europa hacía peligrar un proceso democrático, tanto en su forma como en su fondo, porque no podíamos esperar ni un minuto o nos íbamos a la ruina. La primera de ellas: el referéndum de Grecia. Toda Europa ha vivido pendiente de un hilo durante cuarenta y ocho interminables horas pensando que los griegos iban a decidir sobre las medidas económicas a adoptar; lo que debería ser usual, se ha convertido en una anormalidad en esta situación. La democracia complica las

cosas, ya no sólo por la posible decisión que surgiera del referéndum, sino por el propio procedimiento, pues los mercados y las bolsas no pueden esperar dos meses a que se informe a los griegos de qué restricciones más les van a aplicar. Como consecuencia, los gobernantes democráticos se emplearon a fondo para que la democracia no transcurriera por las calles griegas. Después de bloquear una vez más un proceso político y ciudadano, recaemos nuevamente porque el peligro se cierne sobre Italia. Vivimos cada día como el último que vamos a vivir, tomando decisiones en bucle que no sirven para mejorar la situación; la pregunta es: qué hubiera ocurrido si esas decisiones no se hubieran tomado, ¿estaríamos caídos y hundidos o hay otra alternativa?

La segunda decisión se produce con el nombramiento del italiano Mario Draghi a la Presidencia del Banco Europeo. Se le describe como un hombre paciente, constante e inteligente cuya misión imposible es “Salvar a Europa”. Pero, ¿quién lo ha nombrado en Europa? ¿Quién y cómo se ha decidido que sea él el salvador? Yo no lo he decidido ni mis conciudadanos europeos, y me temo que tampoco mis representantes políticos ni nacionales ni eurodiputados, por lo que no ha habido capacidad democrática en uno de los nombramientos más importantes y decisivos. En cualquier contienda electoral, exigimos promesas, medidas, soluciones, cumplimientos, programas, compromisos, transparencia y responsabilidad, que, peor o mejor, los candidatos se esfuerzan en ofrecer para obtener nuestro voto. Aún así, la decepción sobre la política embarga a los

ciudadanos, pero, en cambio seguimos con los mismos vicios, estrategias y modos en aquellos instrumentos económicos que van a condicionar a nuestros gobernantes democráticos. Hablamos de democracia universal, de gobernanza europea, de la necesidad de más y mejor política, pero en cambio desconocemos el modo en que se eligen a quienes, de forma “oscuramente discreta”, ostentan mayor poder y decisión que nuestros gobernantes políticos.

¿Ha sido una elección por negociación, consenso, presión, juego de intereses, currículum? ¿O sencillamente se trata de estar en el momento oportuno y en el sitio adecuado? Más bien parece responder a la segunda pregunta si vemos el currículum de Draghi, quien no ha estado exento de decisiones comprometidas: ha sido miembro del comité de privatizaciones italiana que decidió sobre temas en los que obtuvo grandes beneficios Goldman Sachs; posteriormente a la obtención de estos beneficios, fue nombrado vicepresidente de Goldman Sachs, la consultora que maquilló las cuentas de Grecia frente a la UE; para después ser nombrado Director del Banco Italiano, que debería responder de su responsabilidad al frente de las finanzas italianas. ¿Cuánto ha tenido que ver Draghi con estas decisiones siendo uno de los pesos pesados de estos organismos?

En estas aparatosas y lejanas cumbres europeas donde el mundo se observa de otra manera, con una distancia privilegiada a la que pertenece un club de selectos miembros, lo difícil es entrar en el club, porque una vez dentro todo

parece funcionar como en un clan: por favores, amistades, presiones, intereses, y conocidos. Mucho más mundano y simple que lo que el cargo en sí merece. El escepticismo y enfado democrático de los ciudadanos se produce, con toda razón, cuando se comprueba la falibilidad de quienes están al frente de organismos económicos y financieros (a veces sin haber demostrado los méritos profesionales necesarios) con salarios y privilegios inimaginables para el conjunto de los mortales (véase lo ocurrido en el sistema financiero español con casos truculentos como el de la CAM) y que siguen al frente, aplicando las mismas viejas recetas que han provocado el estropicio. Después de comprobar que hay mucho de “humano” y poco de científico en las elecciones a presidir bancos y cajas, si Europa quiere cambiar su forma de gobernanza, deberá comenzar no sólo por los poderes políticos sino por los instrumentos que regirán su destino. Igual que la política necesita ser revisada y que entren vientos nuevos de mayor transparencia y democracia, los organismos económicos necesitan quitarse el lastre de quienes han hecho las mismas cuentas y cuentos que propiciaron este estropicio. Pero en economía todavía no se piden responsabilidades porque sigue asustándonos cambiar de rumbo.

Resulta paradójico que no se exijan responsabilidades a los agentes e instrumentos económicos. Tan inmersos estamos en salir de la crisis cómo sea y hacia dónde sea que olvidamos la necesaria reflexión de la Responsabilidad, fundamental para que el bucle no se vuelva a repetir. Pero nadie habla del

fracaso de la Economía, cuando en la mayor época de bienestar y progreso científico y social con la sobreabundancia de técnicas y alimentos, existe la incapacidad de dar a comer a los millones de personas que mueren de hambre.

Como plantea Jean Paul Fitoussi: “hasta qué punto es compatible esta expansión del mercado, este fundamentalismo del mercado, con la democracia tal y como la entendemos, que no es simplemente la capacidad de votar sino la de participar en las decisiones”. La globalización económica no sólo ha puesto en jaque a la democracia política, sino que ha barrido cualquier posibilidad de una democracia económica, sin que nadie haya tenido tiempo a reaccionar, llegando a anular a la democracia, incluso en su mínima expresión: la votación.

Los ciudadanos nos despertamos cada día con un nuevo sobresalto económico que advierte del fin de nuestros días (el fin ha llegado ya en varias ocasiones y siempre parecía que no podíamos caer más: pero seguimos cayendo). Hemos adoptado en nuestro lenguaje cotidiano expresiones que antes no estaban al alcance de nuestra comprensión o de nuestro interés, siguiendo con minuciosidad que ocurre con la Bolsa, con los fondos de pensiones, con la prima de riesgo, ... Y, hemos asumido la incompetencia de nuestros gobiernos para hacer frente a la crisis.

El problema real ya no es sólo de incompetencia sino de la inutilidad que vive la Democracia frente a la Economía. Nadie llora por los gobiernos que caen y son sustituidos por tecnócratas sin apoyo popular; lo hemos sufrido con Grecia e

Italia. Salvando las distancias entre Papandreu y Berlusconi, en el primer caso lamentamos profundamente su caída arrollado por los mercados puesto que su honorabilidad, honestidad y esfuerzo político no ha podido ponerse en duda, en el segundo caso las calles italianas (y muchas otras) se llenaron de alegría por haberse deshecho de un personaje antidemocrático y populista como Berlusconi. Horas antes de su caída, aún estábamos analizando el fenómeno de la “berlusconización” que vivía Italia y que parecía contagiarse a otros países europeos (por ejemplo, algunas zonas de España viven procesos similares). ¿Cómo era posible que la Democracia desarrollada y sólida de Europa permitiera fenómenos como éste en su propio corazón? ¿Qué ocurría con la ciudadanía italiana que seguía revalidando el poder del Cavallieri, pese a todos sus escándalos, inmoralidades y corruptelas? Esa descarada “legalización” de los privilegios tenía un apoyo potente: los medios de comunicación de la televisión comprados por el propio magnate. En otros casos más cercanos a nuestro país, vemos la utilización de las televisiones públicas autonómicas como medio de manipulación informativa y de consolidación burda e inmoral del poder establecido. Los tentáculos de Berlusconi parecían no tener límites ni oposición (ni política ni judicial) y su capacidad de compra llegaba a medios españoles como ha ocurrido con Antena 3 y Tele5, creando productos como “la princesa del pueblo” protagonizada por Belén Esteban, un personaje producto del marketing televisivo para transmitir una serie de valores como la individualización masiva del ciudadano, la banalización de la política y la res

pública, la confrontación entre la razón y la emoción más primaria, la radicalidad de los planteamientos y la utilización de recursos extraídos de un populismo de corte fascista, cuya intención, como ha apuntado en ocasiones Josep Ramoneda, “no consiste en dar la voz a las clases populares, sino de acallarlas y silenciarlas, representándolas a través de un representante banal, mediocre y populista”.

Pero el fenómeno mediático comunicativo en España ha ido más lejos; la peligrosa relación entre grupos económicos, políticos de la derecha y medios de comunicación ha conformado una Prensa Militante, cuyo objetivo ha sido derrocar gobiernos democráticos progresistas (no bajo la defensa de la libertad de expresión y el uso de la respetable línea editorial), desvirtuando la realidad, falseando noticias, reconstruyendo la historia y con insultos tan burdos que son irreproducibles en un comportamiento cotidiano mínimamente educado que no hubiéramos imaginado en un profesional del periodismo. La Prensa Militante ha roto cualquier equilibrio de fuerzas plurales comunicativas en un sistema democrático, tanto por el fondo de sus hechos como por la forma de sus actuaciones.

Efectivamente, analizábamos con preocupación como la representación democrática se veía amenazada por el desarrollo de un poder paralelo, el mediático, que estaba al servicio de poderes económicos. Todo entraba en la ruleta. Todo se compraba y se vendía. Todo tenía un interés y un beneficio. La

compra de los imperios mediáticos ha supuesto unas nuevas reglas en el juego político; como dice Toni Laguna: “los medios han dictado reglas que ningún partido, líder ni candidato pueden obviar. Los medios, por tanto, más que árbitros del proceso electoral, aparecen como parte protagonista del mismo, y tienen una capacidad evidente no sólo de interferir en las actitudes y comportamientos sociales; sino también de decidir sobre ellos”²⁶. Cuando el poder político y el económico se alían comprando medios de comunicación en beneficio propio o manipulando los medios públicos, la democracia se resiente; no existe libertad informativa si no se puede mantener la pluralidad de opiniones en un mercado condicionado al más fuerte (al que más tiene) y difícil resulta mantener la independencia periodística, la objetividad informativa e incluso la línea editorial de un medio puesto que también está condicionada.

Ahora, todo eso no tiene relevancia ni los análisis sostienen la validez del modelo, porque la crisis financiera ha sido capaz de lo que no podía la razón, la moral, la justicia, la política y la democracia ciudadana. La Economía que estamos viviendo ya no tiene ni siquiera amigos, no hay poderes reconocidos, no hay alianzas más allá de su propia supervivencia. El gran magnate, el todopoderoso, el rey de las televisiones, el más rico de Italia, el que ha usado la Democracia en su beneficio particular, el que no tiene ética ni principios, ha sido arrollado en cuestión de horas. Los poderes mediáticos, da igual a quien

²⁶ Laguna, Antonio. “Las claves del éxito político”. Península. 2010

respondan, se sienten inseguros y desconcertados, porque no tienen un nuevo dueño.

Nadie lloramos la caída de Berlusconi. Pero sí la preocupante caída de la Democracia, el imparable avance de una Economía sin amigos ni conocidos, cruel en todas sus manifestaciones, y que está demostrando no sólo la ineficacia e inutilidad de los gobiernos nacionales, de los políticos de cualquier signo, sino que está cuestionando la utilidad de la propia Democracia.

¿Qué restos quedarán de la Europa democrática, próspera, de derechos sociales?
¿Qué dirían en estos momentos los padres del pensamiento democrático como Montesquieu o Tocqueville que vislumbraban que el único futuro posible para la convivencia social era la Democracia?

A principios de los años 70, Daniel Bell, en su libro “El advenimiento de la sociedad post-industrial”, realizaba un lúcido estudio sobre las consecuencias de la especialización técnica, el importante rol de la ciencia, la tecnificación de las decisiones, la mayor burocratización del quehacer intelectual y un desplazamiento en los ejes de la estratificación social, siendo la propiedad desplazada por el conocimiento. Con estas características de la naciente sociedad post-industrial de los setenta, Daniel Bell se preguntaba quién decidirá en la sociedad: ¿los políticos o los tecnócratas?

No andaba desencaminado Bell al advertir el peligro que se cernía sobre los políticos (y por tanto, sobre la Democracia). Pero lo que no imaginó es que no serían los intelectuales científicos y los especialistas del conocimiento técnico los que usurparían la decisión del político, sino que sería la Economía, y no en manos de especialistas, sino en clave de interés de mercado quienes gobernarían la sociedad del siglo XXI.

No puede existir libertad y justicia en la era de la globalización si no existen decisiones democráticas. Y, en este sentido, hoy por hoy, en los tres años de crisis que estamos viviendo (y los que quedan por venir), se puede afirmar que no hay libertad ni justicia.

¿Estado de Bienestar con valores conservadores?

El Estado de Bienestar ha sido el sistema que mayor nivel de progreso (y para más gente) ha proporcionado en toda la historia conocida. Pero no surgió sólo por generación espontánea: fue el resultado de decisiones colectivas, de acuerdos políticos, de un modelo social de progreso compartido. El Estado de Bienestar es un modelo social que pone los recursos públicos y la economía al servicio de la ciudadanía, en una colaboración solidaria y cohesionada de redistribución de la riqueza colectiva, con esfuerzo y participación individual en el proyecto. Ha sido la puesta en práctica más importante y exitosa de la

Socialdemocracia. Y su gran éxito ha sido la consolidación de una extensa clase media.

Pero, desde hace unas décadas, las clases medias que disfrutaban de bienestar decidieron, en gran medida, ir rompiendo con su propio pasado, reivindicando su ascenso social como producto únicamente de su mérito personal, olvidando que son también el producto de la solidaridad colectiva del Estado de Bienestar, que son el resultado de la construcción de estructuras públicas, garantes de la igualdad de oportunidades: son el resultado de los sistemas de pensiones que permitieron que sus hijos pudieran desarrollarse autónomamente en vez de trabajar para mantener a sus padres; son el resultado de los servicios públicos de enseñanza que garantizaron el acceso al conocimiento en pie de igualdad; son el resultado de sistemas de salud universales que propiciaron seguridad ante la vida, permitiendo poder desarrollar su propio proyecto vital. En conclusión, las clases medias actuales son la demostración más contundente del triunfo del Estado del Bienestar.

Pero, ¿qué ha ocurrido? La desvinculación de las clases medias con el proyecto colectivo, ¿es fruto únicamente de una apatía generada por el bienestar? Sin duda, los factores son varios y uno de ellos es el exceso de confianza y la desmovilización que genera la seguridad vital y el hedonismo del bienestar. Pero también hay otro factor importante que se desarrolló hace unas décadas: la contrarrevolución de los valores neoliberales.

Los años 80 supusieron la llegada de la política neoliberal más conservadora encabezada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Su práctica económica y política tuvieron un sustento ideológico cultural que produjo un fenómeno paradójico: la gestión de un producto socialdemócrata, el Estado de Bienestar, con valores conservadores como el éxito individual, la máxima de la elección racional, el individualismo metodológico, y el egoísmo como único comportamiento de las personas. Pero el final de etapa no lo marcó el pensamiento conservador, sino la aceptación (por comodidad de las tácticas a corto plazo) de estos valores por parte de la socialdemocracia europea; la caída en la defensa de otra política, otros valores y otra cultura social por parte del pensamiento progresista conllevó que se fueran difuminando las diferencias hasta hacer casi imperceptible ambas posiciones. Es cierto que la gestión del Estado de Bienestar no es igual por parte de la política conservadora o la progresista y existen márgenes de actuación en la elaboración de presupuestos públicos que inciden con mayor o menor contundencia en aspectos sociales, pero el abrazo de los valores conservadores ha sido un lento suicidio de las políticas socialdemócratas que han ido perdiendo sus tradicionales apoyos electorales de los trabajadores y las clases medias, al ir reconvirtiéndose sus valores y motivaciones.

De la misma manera que hemos vivido la “época dorada” del pelotazo y de la especulación urbanística, también hemos vivido la “burbuja del individualismo”:

el exceso de un individualismo olvidando su pertenencia social, la labor en equipo, el resultado de la solidaridad colectiva, el espacio público, la política como parte importante del concepto de Ciudadanía, la importancia del Estado como regulador de los esfuerzos y de la justa distribución de la riqueza. El interés racional, el individualismo metodológico, genera una cortedad de miras, fruto de acciones estratégicas, que elimina las ideas y las teorías, que son resultado del pensamiento colectivo y de la reflexión sobre lo social.

Hemos olvidado a conjugar el “nosotros” por la supremacía de un “yo” excluyente, aislado y solitario.

La supremacía del individuo se debía haber construido bajo el prisma de la Racionalidad Moderna, de la autonomía de la persona, de la libertad como máximo exponente, de la conquista de derechos, del progreso moral personal; pero se construyó en confrontación con la sociedad, aislando al individuo de sus raíces sociales, despreciando a la colectividad, ninguneando la solidaridad, ridiculizando a la política, menguando al Estado.

Esto ha tenido consecuencias en la cohesión de la clase media. Nuestra sociedad contemporánea es compleja, ya no tiene clases nítidamente definidas como en la primera fase del capitalismo, sino estratos en los que resulta difícil la comparación entre la misma clase de trabajadores: funcionarios y parados, asalariados y precarios, directivos y empleados, intelectuales y manuales, incluso, entre nacionales e inmigrantes. En lugar de disponer de una sociedad

“dualizada” en clases, se ha ido estratificando en capas; ahora bien, la falta de pertenencia a un proyecto colectivo ha fragmentado la conexión entre los propios ciudadanos, compartiendo problemas o ideas, que, cada vez de forma más aislada, nos hemos encaminado hacia un corporativismo en sustitución de una identidad de clase. El corporativismo, al igual que el nacionalismo, tiene un componente fuertemente excluyente, de oposición al otro, de defensa de los intereses del grupo por encima de los intereses sociales.

En definitiva, el corporativismo ha funcionado con el mismo esquema y valores que el individualismo. La agrupación de muchos, la suma de individuos, no ha sido en busca del interés colectivo, sino de la presión grupal con un único recurso motivacional tan simple y egoísta como “¿qué hay de lo mío?”.

Lo que hace unas décadas nos hubiera ruborizado por impertinentes y egoístas se ha convertido en el único leit-motiv del individuo en cualquiera de su espacio vital desde la familia, al trabajo, a la colectividad o el asociacionismo. El individuo exige al colectivo su derecho, da igual que sea justo, conveniente como caprichoso; “porque tú lo vales” lema de la publicidad y del marketing más individualista de nuestra época, es la clara representación de que no existe posibilidad de compartir. La participación asociativa, política o sindical ya no es una actividad social sino un interés personal; el individuo ya no participa, sólo acude a los organismos si obtiene algo a cambio. No se espera reciprocidad, trabajo mutuo, ayuda colectiva, intereses compartidos.

Ese contagio del individualismo como estrategia y como final también se desarrolló en la política en su forma y en su fondo. El “¿qué hay de lo mío?” se convirtió en el eje central de cualquier discurso y programa político así como la justificación de una buena gestión, olvidándonos que la gestión política es el buen hacer de los recursos públicos y la justa redistribución de la riqueza colectiva.

Si nos fijamos en la estructura interna de nuestro país, la distribución de estados autonómicos supuso el desarrollo y progreso de las diferentes regiones, la igualación de recursos, la proximidad en la gestión, la eficacia en las infraestructuras, y algo muy significativo, la singularidad de los diversos aspectos culturales. Nadie puede negar el gran avance de las Autonomías, hasta que se fue cayendo en el embriagador perfume de la Elección Racional. La política autonómica se convirtió así en reinos de taifas de pequeños gobernantes que, de otra manera, no hubieran desempeñado jamás un puesto de representación política con todos los excesos que eso acarrea: el poder, el prestigio, el cargo, las prebendas, la autoridad, las decisiones del mando, el gobierno, el soborno, las adulaciones, y un largo etcétera. Para mantener la irracionalidad de ciertas gestiones, normalmente infructuosas y otras veces nefastas para las arcas públicas basadas en despilfarros y derroches con poca transparencia en la decisión y en la posterior actuación, se tuvo que apelar al sentimiento más que a la razón del ciudadano; para ello, y subidos al carro de la

defensa de lo propio por encima de cualquier otro motivo (aunque fuera claramente irracional o injusto), se construyó un pernicioso sentido de la identidad que en vez de reflejarse en la protección de lo colectivo, poniendo la mirada en las futuras generaciones y en la preservación de los valores sociales y culturales, se configuró de la manera más sencilla: por intereses mercantilistas. Así, la política fue construyendo un discurso muy “vendible” electoralmente pero con ingredientes muy peligrosos para la conformación social: el interés propio por encima de cualquier otro condicionante, la confrontación, la exclusión, la búsqueda de un enemigo externo.

¿Cómo se podía seguir manteniendo un proyecto común, si habíamos desarbolado los elementos y valores de lo Común?

Durante la última década, hemos visto desfilar a los presidentes autonómicos en los distintos Consejos de Estado con las propuestas de qué hay para mi tierra y para los míos, lamentando proyectos o infraestructuras vecinas porque no podían “venderse” como logros propios. Cada municipio ha levantado obras (a veces inasumibles) no en beneficio de mejores y más próximos servicios, sino con la avaricia de no ser menos que el de al lado, olvidándose de la posibilidad de racionalizar gastos, compartir servicios, optimizar recursos, ofrecer más y mejores cosas por el hecho de unir esfuerzos.

Los políticos han estado tan obsesionados con el corto plazo, la táctica fácil, ganar votos como sea, obtener beneficios propios sobre los sociales, la

identificación excluyente de los votantes, que se han olvidado de las reglas básicas de la Política: el diálogo, el consenso, el acuerdo, la negociación. Así, hemos comprobado con estupor que un mismo partido decía cosas diferentes en función del territorio en el que se encontraba, porque lo esencial no era la idea sino el lugar; la política se ha vuelto territorial en lugar de colectiva; si esto ocurría con los partidos nacionales, surgían pequeños partidos al calor de un “nacionalismo” desdibujado, interesado, reivindicativo de los localismos como principal seña de representación.

Esto ha funcionado en todos los niveles: ayuntamientos frente a ayuntamientos, unas comunidades autónomas enfrentadas a otras, o las propias naciones europeas.

La crisis económica ha arrollado con fenómenos que hace tan sólo dos años eran la principal preocupación de los políticos europeos: por ejemplo, la inmigración. La llegada masiva de inmigrantes constituía un serio problema que despertaba conflictos, reparto de recursos, integración cultural y social, leyes para bloquear la entrada de ciudadanos extranjeros, y un largo etcétera que hoy parece haberse esfumado. Europa no sabía cómo poner puertas a quienes buscaban las migajas de su riqueza. ¿Quién habla hoy del problema de la inmigración? ¿Dónde situaríamos ahora la conflictividad social que provocaban los inmigrantes entre la población nacional y que muchos políticos azuzaban para conseguir votos a riesgo de despertar sentimientos racistas y xenófobos?

¿Cómo vamos a reconstruir Europa en una gobernanza común si hemos roto todos los vínculos de cohesión de un proyecto común? No tenemos mimbres para hacer esa cesta, así que la tarea habrá que iniciarla por el principio. Porque los tentáculos de estos valores individualistas se han extendido con consecuencias perniciosas para los cimientos de la sociedad: hemos perdido el espacio público, se ha fragmentado la cohesión entre individuos, desconocemos el sentido de la “colectividad” y la política ha mimetizado el lenguaje individualista en su discurso. En definitiva, hemos desarrollado una sociedad asocial, una paradoja que ha eliminado la principal herramienta de subsistencia y progreso del individuo: su carácter social.

Pero el carácter social también tiene un espacio donde proyectarse y realizarse; necesita de una ubicación para ser visibles. Y, lamentablemente, tampoco el urbanismo, la polis, ha escapado de esta fragmentación en sus nuevas configuraciones.

Las ciudades han ido perdiendo en estas últimas décadas la primacía del espacio público como lugar de encuentro, de vivencias comunes, de conocimiento mutuo, de intercambio, de descubrimiento del “otro”. Si estudiamos la configuración de los barrios antiguos y nuevos de las ciudades, vemos que se ha ido eliminando las plazas, los jardines comunes, los bulevares de paseo, las calles comerciales, los bajos para negocios cotidianos y próximos, los colegios como corazón vital del barrio (los niños viajan en autobús cada día largos

kilómetros que dificultan sus amigos en el barrio, su expansión después de clase, la protección social de su ambiente natural); la calle, el espacio público, era el lugar de encuentro de conversaciones y la expansión social de la ciudadanía. Los nuevos barrios se configuran como una prolongación de la propia casa: jardines interiores, vallas que separan del exterior, calles sin aceras, sin lugares comunes de encuentro, sin infraestructuras públicas comunes ni deportivas ni culturales, sin bajos comerciales para cafeterías, negocios u ocio; no hay espacio para el juego de los niños porque las ciudades son hostiles, peligrosas, áridas. ¿Tampoco aquí había otra alternativa a la hora de construir el espacio público? ¿También la arquitectura tiene un pensamiento único? Durante las últimas décadas, se ha primado la construcción privada frente al suelo público y las infraestructuras colectivas porque al individuo se le ha convencido y educado para no necesitar nada más que lo que pueda retener dentro de las paredes de su hábitat privado.

No reivindico una vuelta al pasado sino una concepción diferente de la arquitectura pública. Los bancos para sentarse son instrumentos aislados entre ellos que impiden el acercamiento; los jardines comunes son de paso, entre avenidas de grande tráfico, imposibles para correr o leer o charlar; las plazas han sido sustituidas por rotondas para regular el tráfico pero absolutamente impenetrables. El ciudadano que quiere disfrutar de un paseo, una pequeña compra, un café, un descanso para tomar el sol, un columpio para su hijo, ha de

ir a buscarlo, desplazarse, programarlo en agenda, porque no es algo natural a su hábitat, porque se le ha arrebatado al ciudadano una parte esencial de su personalidad: su piel social.

Después de la sociedad post-industrial: ¿una sociedad sin democracia?

En la década de los setenta, pensadores como Alain Touraine (1973) señalaban la aparición de un tipo nuevo de sociedad, la sociedad postindustrial, que podrían clasificarse como sociedades “tecnocráticas”, o más bien, como las denominó Touraine, sociedades “programadas”.

La sociedad post-industrial no es una auténtica sociedad de consumo y tiempo libre, sino que está más movilizadora por el crecimiento económico que cualquier otro tipo de sociedad, pero este crecimiento es resultado de un conjunto de factores sociales, más que de la mera acumulación de capital. Es decir, lo novedoso es que el crecimiento depende mucho más directamente que antes del “conocimiento” y de “la capacidad de la sociedad para crear actividad”, existiendo menor autonomía en las decisiones económicas y mayor influencia en las políticas. Según Touraine, ya no existe una explotación económica, sino nuevas formas de dominación social: la forma de la integración social, de la manipulación cultural y de la orientación hacia el poder, es decir, nos

encontramos en una sociedad de aparatos, dominada por grandes organizaciones que son a la vez políticas y económicas, que introducen una nueva forma de alienación, “nuestra sociedad es una sociedad de alienación, no porque reduzca a la gente a la miseria o imponga coerciones policiacas, sino porque seduce, manipula e integra”. Y afirma: “la oposición se da menos entre el capital y el trabajo que entre los aparatos de decisión económica y política y quienes están sometidos a una participación dependiente”.

¿Quién ejerce por tanto el poder dominante? Según Touraine, la clase dominante son los tecnócratas, que pertenecen al sector privado o público, y están estrechamente conectados a los ambientes de decisión política; por tanto, el poder dominante es un poder tecno-burocrático.

Hasta aquí tenemos el análisis de Alain Touraine sobre la sociedad post-industrial, y a partir de aquí comenzamos una nueva etapa en la que los tecnócratas no solamente ejercen el poder con decisiones políticas o económicas, sino que han sustituido al poder democrático mediante un “golpe de estado” impuesto por la angustiada situación de una crisis generada por las acciones y decisiones del mismo círculo dominante.

Volvamos a lo sucedido en Grecia e Italia, cuyos gobiernos nacionales (con mayor o menor calidad democrática) han sido sustituidos en veinticuatro horas por “gestores”, sin decisión ni voto popular, sin conocimiento previo de su voluntad y compromiso de actuación, sin programa de gestión, sin ninguna

garantía de representación con sus compatriotas, con un completo cheque en blanco para aplicar cualquier medida por cruel que resulte, y que ha aniquilado por completo a la Democracia política y social.

Los tecnócratas han llegado, ya no sólo se conforman con ejercer el poder en un segundo plano, sino que ya lo ejercen directamente. Se trata de “gestionar”, pero ¿la gestión es incolora?, acaso ¿no tienen valores ni ideología los tecnócratas? ¿Sólo existe una única forma de actuar y gestionar? ¿nos encontramos de verdad ante la imposición del pensamiento único? Una de los nuevos dogmas con las que hemos de comulgar es que el tecnócrata es neutro, aséptico, no piensa ni opina, ni tiene valores, ni sufre, ni siente empatías. Simplemente gestiona.

Esto ocurre además en un momento crítico donde todos los políticos, medios de comunicación, intelectuales o empresarios hablan de la necesidad de “Más Europa”. Pero, ¿cómo podemos crear más Europa si eliminamos gobiernos democráticos? Una de las razones por las que todos los gobiernos nacionales, independientemente de su ideología, estén siendo fulminados en esta crisis, es porque no se hace Política, sino que se aplican las recetas económicas que mandan los organismos económicos de la UE (los tecnócratas que diría Touraine). Las recetas tienen el mismo color y provienen del mismo origen. Desde el inicio de la crisis, no son los políticos quienes deciden sino que simplemente han gestionado lo que poderes económicos no democráticos vienen dictando. Ahora, se ha dado un paso más: para tener gobiernos “títeres” se

sustituyen directamente. Pero ¿quién da por válidos los currículums de los gobiernos tecnócratas? ¿quién supervisa sus acciones? ¿ante quiénes dan cuenta estos gobiernos? ¿qué programa de gobierno llevan, a qué electorado deben responder? ¿dónde se encuentra la separación de poderes? Sorprendentemente, todos los partidos (desde la izquierda a la derecha más ultra) han aprobado en Grecia la constitución del nuevo gobierno. Si todo resulta tan “eficaz”, mucho me temo, que la nueva propuesta sea eliminar los costes innecesarios de un proceso electoral: campaña, mítines, debates, diputados, Resulta más rápido, eficaz, directo e indoloro un gobierno de tecnócratas, que, curiosamente muchos eran los mismos “tecnócratas” del origen y producto de la crisis e incluso partícipes de organismos relevantes como Goldman Sachs.

Cuando nadie lamenta ni llora la pérdida de gobiernos democráticos, se debe a que la mayor parte de responsabilidad de la pérdida de credibilidad se la han ganado a pulso los políticos: la falta de credibilidad, la corrupción, la demagogia, las mentiras, la falta de valentía y compromiso, la profesionalización del cargo orgánico. Sobre todo es que la política ya no la realizan “los mejores y más preparados para ello”, como nos recordaría Platón, sino sencillamente aquéllos que muestran más resistencia para sobrevivir. Es injusta la generalización como injusto para la Democracia ha sido que los partidos políticos no corrigieran sus defectos y excesos.

Pero mucho me temo que los tecnócratas sí son humanos y tienen muchos intereses en las decisiones que toman, forman parte de una élite de la que estamos excluidos, y sus decisiones y actuaciones traerán consecuencias que además no estarán exentas de polémicas y valoraciones. En cambio, a lo que no responden es a una elección democrática.

Con esta toma de decisión, se cae otro dilema de nuestras reflexiones contemporáneas. El 15-M, los movimientos ciudadanos a nivel internacional, protestan en la calle contra los mercados (a los que aún no le hemos puesto la cara y la responsabilidad de los tecnócratas), exigiendo “Más Democracia Real”, mientras que estamos ante el mayor ataque de los poderes no democráticos. Después de esta crisis, habrá que preguntarse qué ha quedado de la Democracia (quizás sólo podamos estudiarla en los libros de texto).

Lo cierto es que la realidad cambiante de nuestros días está cuestionando nuestros análisis. Volviendo nuevamente a las reflexiones de Alain Touraine ²⁷, quizás deberíamos desembarazarnos de los antiguos métodos que hemos utilizado para explicar la realidad: necesitamos un nuevo paradigma cultural “capaz de nombrar los nuevos actores y los nuevos conflictos, las representaciones del yo y de las colectividades que descubre la nueva mirada que hace aparecer ante nuestros ojos un paisaje nuevo”.

²⁷. Touraine, Alain. “Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy”. Editorial Paidós. Barcelona, 2005.

EPÍLOGO:

Y ahora, ¿hacia dónde debemos caminar?

*Si Europa estuviera unida un solo día
no habría límites
para la felicidad, la prosperidad y la gloria
de las que podrían disfrutar sus habitantes.*

Wiston Churchill

En su discurso de 1942 promulgó la constitución
de los Estados Unidos de Europa

Para los que hemos sido europeístas convencidos y utópicos, que buscábamos la construcción de una comunidad universal con derechos básicos de ciudadanía, que caminábamos hacia Europa buscando la utopía de un proyecto común, cohesionado, solidario y, sobre todo, modélico como punta de iceberg para la evolución de un mundo mejor, nos encontramos actualmente perdidos y desorientados ante la suma de intereses nacionales que no encuentran la forma de avanzar con un paso común.

Hace tiempo que venimos advirtiendo que la construcción europea no era sólo económica, que por el camino nos habíamos dejado el alma de una Europa ciudadana, que no existía sentimiento de identidad ni estructuras federalistas que cohesionaran una Unión de Estados, que estaba fracasando el proyecto político que diera solidez y cimientos a la casa común. No sólo el pegamento que nos unía podía ser una moneda llamada euro: ¿acaso no debía haber algo más? Ése algo más que tan orgullosamente hemos defendido, que ha sido el motor de paz y progreso económico, social y cultural durante años, que constituye nuestra cultura europea se ha llamado Estado de Bienestar. No podemos comprender Europa sin unos derechos básicos, mínimos y universales que son los que han dado “razón de ser” a un proyecto que iba más allá de la unificación de la moneda.

¿Dónde estamos ahora? Nos hemos perdido en mitad de una crisis financiera y especulativa, en un pulso entre el Mercado y la Política, entre los Estados y los especuladores, entre el “sálvese quien pueda” o el futuro de Europa.

La inmediatez con la que la crisis nos golpea cada día impide que se tomen medidas con alcance a medio y largo plazo que permitan reconstruir la situación. Como señala Felipe González, en estos momentos de crisis, si no existiera la Unión Europea, los líderes políticos estarían intentando construir un espacio común que nos hiciera más fuertes y eficaces para afrontarla, “la paradoja es que disponemos del instrumento y nos alejamos de él, cada vez más cargados de euroescepticismo ciudadano y en un repliegue extraño hacia lo nacional o intergubernamental”²⁸.

Pero como advierte Iñaki Gabilondo, “si perder el norte es peligroso en cualquier circunstancia, más lo es cuando, como ahora, se viven cambios incesantes y vertiginosos”²⁹. Efectivamente, como señalaba en su discurso, vivimos en un planeta que ya no tiene puertas ni ventanas, inmersos en una globalización que permite la circulación de todos los vientos en todas las direcciones, provocando remolinos y desestabilizando nuestras estructuras “y lo que quedaba de nuestras certezas”.

²⁸ González, Felipe “Mi idea de Europa” RBA. 2010

²⁹ Discurso de investidura como Doctor Honoris Causa de Iñaki Gabilondo en la Universitat de València el 3 de febrero del 2012.

Lo cierto es que Europa tiene un deber urgente a realizar que está en boca de todos, que se le espera como la solución política a la crisis económica actual, que se ha convertido en la varita mágica: **la gobernanza global**.

Pero, ¿sabemos cómo hacerla?

No seré yo quien me atreva a reformular la tarea que debe suponer el eje central de las políticas europeas del siglo XXI, tan sólo apuntaré algunos de los problemas (no todos) de sobra conocido pero que circulan en el imaginario ciudadano y que provocan un sinfín de paradojas: queremos que Europa nos gobierne pero no dejamos de sentirla como un ente extraño dispuesto a amargarnos la vida; exigimos a nuestros gobiernos nacionales que nos saquen de la crisis cuando las competencias esenciales ya no están en sus manos; decrece nuestra confianza en los instrumentos supranacionales cuando nos resultan imprescindibles para combatir la crisis; existe una fuerte crisis de representatividad de las instituciones políticas al tiempo que se arrincona a la Democracia en aras de la urgente y eficaz respuesta económica.

1) ¿Quién tiene el poder?

La crisis actual ha puesto en evidencia quién ostenta el poder en un mundo globalizado, quedando claramente perjudicada la Política. Se habla de gobernanza, de decisiones políticas y de controlar los mercados, pero no estamos preparados para ello. En primer lugar, falla el liderazgo

político europeo; las decisiones se toman desde Alemania a quien se le exige que construya una “Alemania europea” y no una “Europa alemana”, dejando al margen sus propios intereses nacionales, pero no podemos dejar de ver a Ángela Merkel como la dirigente nacional de un país, el más potente de la Unión Europea, pero una nación más del conjunto europeo, detrás de la cual aparece siempre la sombra del Presidente francés Sarkozy. La Unión Europea ha sido incapaz de disponer de un Presidente Europeo con las competencias y reconocimiento político-social equivalentes a las de un Presidente nacional. No tenemos líder como tampoco tenemos, en segundo lugar, estructuras federales capaces de ejercer la gobernanza europea.

La Unión Europea no se ha construido sobre la base de unos “Estados Unidos de Europa” con un fuerte componente federalista y unas competencias nítidas, sino que el Parlamento europeo ha reproducido, en más de una ocasión, los debates de intereses nacionales por encima de los puntos comunes. Es cierto que se ha trabajado mucho en las instituciones europeas, pero no están resultando suficientemente ágiles, ni eficaces, ni próximas, ni conocidas, ni representativas de las voces ciudadanas. Disponer de los instrumentos pero que no sirvan por su excesiva burocratización, lentitud o falta de liderazgo en un momento como el actual equivale a la carencia de los instrumentos adecuados. La Unión

Europea necesita revisar su funcionamiento orgánico, sus instituciones y su liderazgo, que han sido puestos en cuestionamiento por esta crisis.

De la misma forma que no disponemos de un liderazgo común europeo, reconocido e indiscutible por los países miembros, se ha fallado en la coordinación de políticas comunes de primera necesidad.

Nadie negará la gran actividad legisladora de la Unión Europea que actualmente está presente en cualquier acontecimiento, mandato o producto de nuestra vida cotidiana, pero en cambio, han quedado al descubierto las políticas comunes imprescindibles que deberían haber sido el primer vocabulario de la Política Europea: una fiscalidad común que responda al nuevo orden financiero global y a una nueva redistribución europea de los derechos del Estado de Bienestar.

2) ¿Qué hacemos con los Estados Nación?

La política nacional está quedando desnaturalizada por la centrifugación de competencias que se producen hacia arriba y hacia abajo, entre la Unión Europea y las Comunidades Autónomas.

Seguimos votando en clave nacional y exigiendo unas competencias que ya no corresponden al grado de representatividad real de nuestros gobernantes. Se ha mal utilizado el Estado de las Autonomías para crear sistemas de derechos diferentes y diferenciados; las competencias y los

recursos acaban solapándose, incluso a veces contraprogramándose por intereses partidistas, en vez de optimizarse. La organización nacional se ha convertido en una maraña de leyes que se superponen, se excluyen o se complementan pero que dificultan cada vez más la comprensión ciudadana ante sus derechos y deberes. De nuevo, los intereses partidistas y la demagogia política se han impuesto al buen hacer de la gestión y la distribución de competencias; las instituciones públicas democráticas han servido como instrumentos de promoción y propaganda de las siglas de partido, por encima del interés común, e incluso como arma arrojada contra el adversario político. La descentralización de competencias se ha utilizado como plataformas de partido abusando de los recursos públicos, del endeudamiento, de la colocación de afines y del control de los votos democráticos.

Por otra parte, necesitamos la gobernanza europea pero la miramos con recelo cuando el margen de maniobra de nuestros gobernantes nacionales es pequeñísimo comparado con el papel que esperamos de ellos.

Así pues, ¿cuál es el papel actual de un Presidente de gobierno en medio de esta crisis y con la urgente necesidad de una gobernanza global? ¿Hay que redefinir sus competencias? ¿Debe caminar hacia mayor cesión de su soberanía o es necesario recuperar competencias que configuren un mayor federalismo? ¿Qué alcance tiene el poder democrático de nuestros votos

sobre un líder nacional cuyo programa y gestión están condicionados por factores externos?

3) ¿Está en peligro la Democracia?

El peligro mayor que puede sufrir la democracia es su “secuestro” por poderes fuera del ámbito democrático.

Estamos comprobando cómo los gobiernos democráticos se ven atados de pies y manos para llevar adelante su programa, sus compromisos y su ideario ideológico; sufrimos la presión de poderes no democráticos, que escapan al control de los gobiernos; el descrédito de la política y sus representantes es una de las flaquezas de un sistema democrático que no responde a lo que los ciudadanos esperan; la democracia se ve debilitada por quienes utilizan sus formas y sistema para auparse al poder y corromperlo. Pero, si todas esas debilidades ya son preocupantes, acabamos de darnos de bruces con la realidad más descarnada: la sustitución de gobiernos por equipos de tecnócratas sin ningún tipo de representación democrática ni de rendición de cuentas, con la única legitimidad de que “nos saquen de la crisis” y con el cheque en blanco de que “hagan lo que sea necesario”.

La herida de muerte se produce cuando estos problemas pasan a ser secundarios en el orden moral y político porque tenemos otros problemas

más urgentes. Cedemos libertad y soberanía democrática a cambio de que resuelvan la crisis económica.

Éste es uno de los desajustes de la democracia: el voto ciudadano tiene un ámbito real al que se le escapa el poder real de la toma de decisión, mientras que los poderes visibles políticos desdibujan sus posibilidades y capacidades de gestión.

Necesitamos un gobierno global y lo queremos democrático pero no disponemos de los instrumentos, de los representantes, de las instituciones y, sobre todo, de la voluntad política para hacerla factible. A lo mejor, tiene razón Jutta Limbach cuando plantea en su artículo “Una democracia a escala mundial” que una democracia a escala planetaria sólo es aplicable como principio regulador.

De momento, nuestro objetivo está en no retroceder más en nuestra escala nacional e impulsar una democracia europea capaz de regular el desorden económico. ¿Está fuera de nuestra capacidad y alcance tal objetivo?

Por otra parte, los verdaderos representantes de los ciudadanos son los partidos políticos. Pero éstos no se están comportando a la altura de lo que se espera de ellos; han ido perdiendo la confianza de sus electores, creando estructuras cada vez más endogámicas, sustituyendo los fines por

intereses exclusivamente personalistas (ni siquiera partidistas, pues dentro de cada organización funcionan los lobbies de poder).

Hoy más que nunca, la fuerza democrática se encuentra, una vez más, en la relación y confianza entre representantes y representados. Los movimientos y asociaciones, los “indignados”, los desencantados, los preocupados, los ciudadanos en su conjunto necesitan a los partidos políticos como su altavoz; de la misma forma que los partidos políticos no conseguirán imponerse en esta jungla de globalización si no son los representantes de los millones de ciudadanos.

Estamos condenados a entendernos pues mutuamente nos alimentamos. El éxito lo obtendrá el partido político que sea permeable, capaz de modificar sus estructuras, de cambiar su cultura interna, de democratizar sus cauces de participación, de entender la reflexión y el debate como un aporte vitamínico y no como un escollo para sus intereses.

4) ¿Cómo construir una ciudadanía europea?

Necesitamos liderazgo europeo reconocido y democrático, instituciones representativas, gobernanza europea, proyectos cohesionados y comunes, ... pero cada pieza que montemos en el puzle deberemos pegarla bien, con solidez, para que todo encaje y nada se superponga o caiga a mitad del proceso.

Necesitamos un pegamento que cohesione, identifique, comprenda, defienda, comparta y participe del proceso de construcción de una gobernanza europea.

Necesitamos la pedagogía que nos enseñe a caminar conjuntamente, a encontrar los puntos en común por encima de las divergencias, que las diferencias culturales y lingüísticas sean variedad y riqueza pero no enfrentamientos y exclusiones, debemos aprender a respetarnos y entendernos, a sentirnos copartícipes democráticamente del mismo proceso de construcción.

En definitiva, necesitamos una ciudadanía europea.

La ciudadanía no es la suma de los habitantes de Europa, no es el número de empadronamiento o de identificación, no es el peso proporcional de cada nación, no son los intereses enfrentados, no es la política egoísta de la elección racional. Hay mucho camino que debemos desandar en un proyecto europeo que se olvidó que tenía que explicar cómo, por qué y para qué se construye Europa. Un camino que se construyó sin la argamasa ética que evitara que no se hundiera con las primeras lluvias.

Pero la ciudadanía se construye cimentándola en derechos. Y éstos son los que corren peligro de supervivencia. Ciudadanía y Democracia son dos conceptos entrelazados, que no se pueden conjugar por separado; a mayor

desarrollo de los poderes, derechos y responsabilidades de la ciudadanía, mayor capacidad democrática de un país. La crisis está cegando el futuro y alimentando los egoísmos cortoplacistas.

La mayor referencia histórica de Europa en la construcción del mundo actual que conocemos ha sido la exportación de valores democráticos. Su mayor producto ha sido la Democracia. Se ha expandido el modelo político y social de las Democracias europeas, sus constituciones, su legislación, sus derechos laborales, su equilibrio entre Mercado y Estado, su protección y garantía del bienestar, ... ¿qué ética defenderá Europa después de la crisis?

Sin ciudadanía europea no crearemos un proyecto común.

Sin un proyecto común no crearemos Europa.

Sin Europa no construiremos un gobierno global.

BIBLIOGRAFÍA

- Blackman, Andrew. “Un socialismo para el siglo XXI”. Hacer 2007.
- Beck, Ulrich. “¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización”. Paidós. 2004
- Bell, Daniel. “Las contradicciones culturales del capitalismo”. Alianza. 2005.
- Bilbeny, Norbert. “Filosofía política”. UOC. 2008.
- Bobbio, Norberto. “Derecha e izquierda”. Taurus. 1995.
- “La época de los derechos”. Sistema
- Camps. Victoria. “Concepciones de la ética”. CSIC. 1992.
- Conill, Jesús. “El enigma del animal fantástico”. Tecnos. 1991
- “Horizontes de economía Ética”, Editorial Tecnos. 2004
 - “Ética hermenéutica. Crítica de la facticidad”. Tecnos. 2006
- Cortina (Adela), Conill (Jesús), García Marzá (Domingo), Domingo (Agustín). “Ética de la empresa”. Madrid. 1994
- Cortina, Adela. “Ética comunicativa y democracia”. Editorial Crítica. 1993
- “Ciudadanos del mundo”. Alianza Madrid. 1997
 - “Hasta un pueblo de demonios”. Taurus. 1998
 - “Ética sin moral”. Tecnos. 2000
 - “Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI”. Nobel. 2007
- Cotarelo, Ramón. “Los partidos políticos”. Sistema. 1995.
- Chomski, Noam y Ramonet, Ignacio. “Cómo nos venden la moto”. Icaria. 1995.
- Dahl, Robert. “La democracia y sus críticos”. Paidós. 1992
- “La democracia económica”. Hacer. 2002.
- Debats, “Nuevas formas de Democracia Económica”, Institutió Alfons el Magnànim. 2002
- Rodríguez Genovés, Fernando. “Los términos de un debate”

- Cortina, Adela. “Ciudadanía cosmopolita: de los derechos a las responsabilidades”
- Pettit, Philippe. “Republicanismo y redistribución”.
- Walzer, Michael. “Pluralismo y socialdemocracia”.
- Sen, Amartya. “¿Tiene sentido económico la ética de los negocios?”

Debats, “Imaginario democrático”. Institutió Alfons el Magnànim. 2010.

- Herreras, Enrique. “Imaginario en Atenas”.
- Gracia Calandín, Javier. “Imaginario social moderno en Charles Taylor”.
- García Marzá, Domingo. “El poder de la sociedad civil”
- Arenas Dolz, Francisco. “¿Imaginario democrático o democracias imaginarias?”
- Gozávez, Vicente. “La educación de la opinión pública en las democracias liberales”.
- Muñoz Ferriol, Amparo. “Contribución popperiana al imaginario colectivo”.
- Ros, Juan Manuel. “El homo democraticus en el imaginario postmoderno”.

De la Dehesa, Guillermo. “Comprender la globalización”. Alianza Editorial. 2000.

Doce visiones de una política de progreso. Acento Editorial. 1998.

Echenique González, Guillermo. “Reflexiones desde la izquierda”. Michelena. 1999.

Ehrenberg, Johan. “Mi querido socialismo”. Icaria. 2001.

Elster, Jon. “Uvas amargas. Sobre la subversión de la racionalidad”. Península. 1988.

- “Rational choice”. Basil Blackwell Ltd. 1986

Estefanía, Joaquín. “La nueva economía global”. Debate. 1996.

- “Aquí no puede ocurrir”. Taurus. 2000.

Galbraith, John Kenneth. “La cultura de la satisfacción”. Emece editores. 1992.

- “La economía del fraude”. Crítica. 2004.

García Marzá, Domingo. “Teoría de la democracia”. Editorial Trotta 1993.

Giddens, A. “Más allá de la izquierda y la derecha”. Cátedra. 1996.

- “La democracia y sus críticos”. Paidós. 1996

González, Felipe “Mi idea de Europa” RBA. 2010

- Guerra, Alfonso. “La democracia herida”. Espasa. 1997.
- Guerra, Alfonso / Soares, Mario / Rocard, Michel. “Una nueva política social y económica para Europa” 1997.
- Habermas, Jürgen. “Historia y crítica de la opinión pública”. Gustavo Gili. 2004.
- “Conciencia moral y acción comunicativa”. Península. 1985.
 - “La necesidad de revisión de la izquierda”. Tecnos. 2002
- Held, David. “Modelos de democracia”. Plaza y Janés. 1992.
- Herreras, Enrique. “La tragedia griega y los mitos democráticos”. Biblioteca Nueva. 2011.
- Innerarity, Daniel. “El nuevo espacio público”. Espasa Hoy, 2006.
- “La democracia del conocimiento”. Paidós, 2011.
- Jacques, Martin. “¿Tercera vía o neoliberalismo?” 2000.
- Judt, Tony. “Algo va mal”. Taurus. 2010.
- Kymlicka, William. “Ciudadanía multicultural”. Paidós. 1996.
- Krugman, Paul. “La era de las expectativas limitadas”. Ariel. 1994.
- Lafontaine, Oskar. “El corazón late a la izquierda”. Paidós Ibérica. 2000.
- Laguna, Antonio. “Las claves del éxito político”. Península. 2010
- Lipovetski, Gilles. “La era del vacío”. Anagrama. 1986.
- “Ensayos sobre el individualismo”. Alianza. 1987.
- Lozano, Irene. “Lecciones para el inconformista aturdido en tres horas y cuarto por un ensayista inexperto y sin papeles”. Debate. 2009.
- MacIntyre, A. “Tras la virtud”. Crítica. 1987.
- “Justicia y racionalidad”. Ediciones Internacionales Universitarias.
- Máiz, Ramón. “Teorías políticas contemporáneas”. Tirant lo Blanch. 2001.
- Morlino, Leonardo. “Democracia y democratizaciones”. Centro investigaciones sociológicas. CIS 2009.
- Muñoz de Bustillo, Rafael. “Crisis y futuro del estado de bienestar”. Alianza Universidad. 1993.
- Muguerza, Javier. “La razón sin esperanza”. Taurus.

- Ortega y Gasset, J. “La rebelión de las masas”. Alianza Editorial. 1994.
- Peces-Barba, Gregorio. “La democracia en España”. Temas de hoy. 1996.
- Pettit, Philippe. “Republicanism”. Editorial Paidós. 1999.
- Pinilla, Rafael. “Más allá del bienestar”. Icaria. 2006.
- Platón. “La República”. Alianza. 1991.
- Ramoneda, Josep. “Después de la pasión política”. Círculo de Lectores. 2000.
- “Contra la indiferencia”. Círculo de Lectores. 2010
- Rawls, John. “El derecho de gentes”. Paidós. 2001.
- Rescher, Nicholas. “La Racionalidad. Una indagación filosófica sobre la naturaleza la justificación de la razón”. Tecnos. 1993.
- Rodríguez Genovés, Fernando. “La democracia liberal y sus adversarios: los términos de un debate», *Debats*, Institución Alfonso el Magnánimo, 2002.
- Rusell, Bertrand. “El poder (un nuevo análisis social)”. Editorial RBA. 2010.
- Sartori. G. “Teoría de la democracia”. Alianza. 1998.
- “La sociedad multiétnica. Taurus 2003.
- Seoane (Julio), Mougán (Juan Carlos) y Lago (Juan Carlos). “La democracia como un estilo de vida”. Editorial S. XXI. 2009.
- Seminario Permanente de ética económica y empresarial. “¿Es rentable la ética en el nuevo orden mundial?” 2008.
- Sen, Amartya. “Bienestar, justicia y mercado”. Pensamiento contemporáneo.
- “Desarrollo y libertad”. Planeta. 2000
- Soros, Georges. “La crisis del capitalismo global”. Editorial Debate. 1999.
- “Tiempos inciertos”. Debate 2006.
- Stiglitz, J. “El malestar en la globalización”. Taurus. 2002.
- Taylor, Charles. “Imaginario sociales modernos”. Paidós. 2006.
- Tezanos, José Félix. “La democratización del trabajo”. Sistema. 1987.
- “Clase, estatus y poder en las sociedades emergentes”. Quinto foro sobre tendencias sociales. Sistema. 2002.

- “La democracia incompleta. El futuro de la democracia postliberal” Editorial Sistema.

Torres, Juan. “Toma el dinero y corre”. Icaria. 2005.

- “Desigualdad y crisis económica”. Sistema.
- “Hay alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España”. Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón. Editorial ATTAC. 2011.

Touraine, Alain. “¿Cómo salir del liberalismo?” Paidós. 1999.

- “Carta a Lionel Jospin”. Tándem. 1997.
- “Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy”. Paidós, Barcelona 2005.

Van Parijs, Philippe / Vanderborght, Yannick. “La renta básica”. Paidós. 2006.